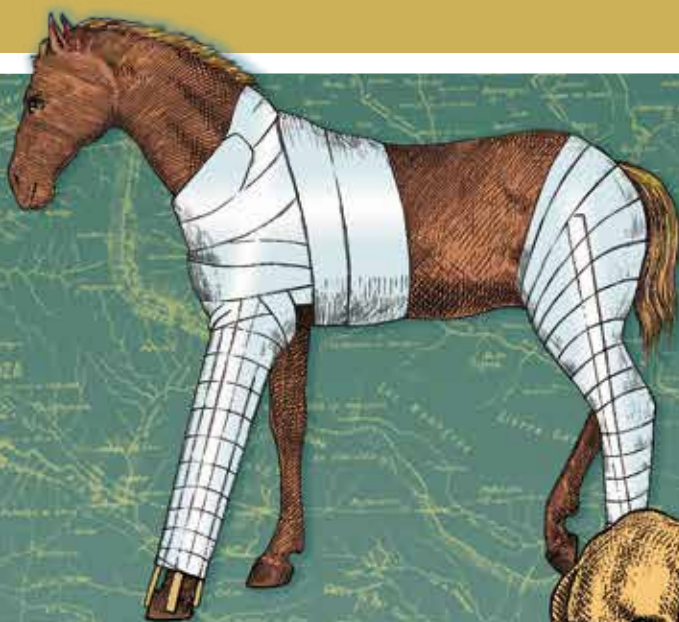


Mis memorias

*Andanzas de un veterinario rural
(1818–1896)*

Francisco Foz



La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
<https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3322>



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- **BY (Reconocimiento):** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **NC (No comercial):** La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- **ND (Sin obras derivadas):** La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.



*Mis
memorias*

*Andanzas de un veterinario rural
(1818–1896)*

Francisco Foz

*Mis
memorias*

*Andanzas de un veterinario rural
(1818–1896)*

Francisco Foz



Institución «Fernando el Católico» (CSIC)

Excma. Diputación de Zaragoza

Zaragoza 2013

PRIMERA EDICIÓN, 2013

Publicación número 3244
de la Institución «Fernando el Católico»,
Organismo autónomo de la Excm. Diputación de Zaragoza,
plaza de España, 2, 50071 Zaragoza (España)
tels. [34] 976 288 878 / 976 288 879
fax [34] 976 288 869
ifc@dpz.es
<http://ifc.dpz.es>

Edición al cuidado de
Rosa M.ª Castañer Martín

DISEÑO GRÁFICO
Victor Lahuerta

MAQUETACIÓN
Ebro Composición, S. L.

IMPRESIÓN
Litocian, S. L.

ENCUADERNACIÓN
Raga, S. A.

ISBN 978-84-9911-237-4

D.L. Z 1155-2013

© de los textos, los autores

© del diseño gráfico, Víctor Lahuerta. Zaragoza, 2013

© de la presente edición, Institución «Fernando el Católico». Zaragoza, 2013

Impreso en España – Unión Europea / Printed in Spain – European Union



Índice

Presentación Carlos Forcadell	9
Pequeña historia del redescubrimiento del manuscrito Mario Foz Sala y Pilar Foz Tena	17
Algunas huellas más de Francisco Foz María Fuster Foz	21
Notas lingüísticas Rosa M. ^a Castañer Martín y José M. ^a Enguita Utrilla	23
Criterios de transcripción Eugènia Foz Serrà y Xavier Foz Sala	41
<i>Mis memorias</i> Edición del texto	43



Presentación

No es infrecuente encontrar algunas evidencias de la realidad histórica, más nuevas e iluminadoras en muchos casos, en imágenes o testimonios aparentemente lejanos, tangentes, marginales a las convenciones del relato histórico, que nos permiten descubrir secretos o desconocidos vínculos que llevan al mejor conocimiento del pasado. Incluso grandes pensadores e historiadores han propuesto y practicado como método eficaz este intento de «capturar la historia entre sus cristalizaciones menos evidentes» (W. Benjamin), entendiendo que si contemplamos el pasado, como el presente, o la memoria, como un abanico, la verdad residiría más en sus pliegues ocultos que en la visibilidad de sus varillas.

Este es el efecto, y el significado, de textos como el de Francisco Foz, bajoaragonés de Fórnoles (1818-1896), sobrino del escritor y hombre público que llegó a ser su paisano Braulio Foz (1791), reconocido catedrático de la Universidad de Zaragoza, Decano de su Facultad de Letras, autor de la «Vida de Pedro Saputo». Es precisamente el hecho de que Francisco no fuera un actor histórico principal lo que dota de un extraordinario interés a su relato autobiográ-

fico, escrito al final de sus días y del siglo XIX sin ningún intencionado propósito de cultivar, construir o embellecer, una imagen pública de la que carecía, fuera de su familia y de sus amistades.

Buena prueba de que este relato autobiográfico no fue concebido como una justificación para su tiempo o para su posteridad, es el hecho de que haya debido esperar hasta hoy para ser editado y darse a conocer gracias al interés de sus biznietos, Mario Foz Sala y Pilar Foz Tena, que han dado vida al manuscrito olvidado de su bisabuelo, cuidadosamente transcrito por sus tataranietos Eugenia y Xavier, y al conocimiento que del mismo tuvieron Rosa Castañer y Jose María Enguita por causa de sus pesquisas filológicas a la búsqueda de características léxicas y sintácticas en zonas de frontera, como lo es Fórnoles, la pequeña patria de Andrés Piquer y Braulio Foz. De todo ello nos informan detalladamente las notas preliminares que siguen, imprescindibles para establecer la historia de esta escritura de un hombre que escapó al peso de la tradición local y al destino de un pequeño campesino pluriactivo cursando tardíamente los estudios de Veterinaria en Zaragoza y practicando la profesión por diversos pueblos turolenses y zaragozanos.

Es un relato de carácter más bien privado, cuyo eje se puede encontrar en la necesidad de plasmar una experiencia individual orientada desde el orgullo personal por haber sabido conquistar esforzadamente un estatus de veterinario rural, a partir de una experiencia temprana, casi infantil, del pastoreo de ganado, y por haber podido dar carreras de Veterinaria y Medicina a sus hijos. Es la escritura de una memoria personal elaborada para sí mismo y para sus familiares más próximos, y aquí radica la razón de que sea más inocente que la de otros recuerdos testimoniales de más intención y cálculo, muy representativa, veraz, que describe con minucioso realismo la trayectoria de un individuo muy consciente de haberse hecho a sí mismo, sorteando con imaginación y esfuerzo las determinaciones sociales y culturales propias de su origen y condición.

En los albores de su memoria personal se encuentra, como escenario principal e ineludible, la guerra civil carlista que comenzó a vivir día a día desde sus 15 años (1833) y durante su primera juventud en esa esquina del Maestrazgo turolense que era Fórnoles, una experiencia capital para su formación y su biografía. Nos ofrece un

testimonio extraordinariamente realista de la vida cotidiana y comunitaria en un pueblo que entonces contaba entre 500 y 600 vecinos, quienes, a los soldados de las partidas carlistas que vivían sobre el terreno, debían «mantenerlos, calzarlos y vestirlos» incluso «dándoles camisetas, alpargatas y otras cosas. Y si no se les daba se lo tomaban ellos a la mayor fuerza... Para mudarse algunas veces de camiseta acudían a las casas de los liberales, que ellos llamaban negros, para que les dieran camisetas», vecinos desafectos a la causa que la parroquia carlista dejaba bien identificados por la cruz de betún negro que marcaban en las puertas de sus casas.

Francisco Foz observa la fidelidad a la doctrina de los carlistas de su pueblo, que les lleva a no reconocer el Convenio de Vergara y a proseguir la barrera de resistencia armada del caudillo Cabrera contra Espartero hasta 1840. Pero no todos eran voluntarios, como fue, muy destacadamente, su propio caso personal, que aceleró su matrimonio con una joven de 14 años para eludir, como casado, su incorporación forzosa a la partida y a ese ejército compuesto por mozos y viudos. La sinceridad de su recuerdo desborda su descripción realista y menuda del escenario carlista para llegar a la intimidad personal, al reconocer que, dada su juventud, su esposa, aún niña, tardó «en comprender el amor» y las obligaciones del matrimonio, hasta que lo convirtió en padre a la edad de 21 años.

Junto con testimonios de este tipo, tan valiosos como infrecuentes, introduce, desde la altura de sus casi ochenta años, análisis y valoraciones más usuales, producto tanto de su observación como de posteriores lecturas, subrayando la baja extracción social de los carlistas de su pueblo, por lo general «de familias mal acomodadas», su continuidad con los realistas del Trienio Constitucional (1820-23), la utilidad de los fueros vascos «para ellos», pero «perjudiciales para los demás españoles», la consideración de que los fueros de Aragón «tienen muchas cosas buenas, pero esto no quita para que haya algunas bastante malas...», algo alejado del fuerismo más entusiasta de su tío Braulio... Su recuerdo se hace eco del papel de la oralidad como comunicación social, sesenta años antes, para transmitir, narrar y hablar, las circunstancias de las muertes de los jefes militares carlistas Carnicer y Quílez, las hazañas y leyendas de Cabrera, personaje a quien su memoria posterior dedica no menos de 12 páginas, sin olvidar evocar su encuentro personal en Fórnoles, ni el catalán en el

que se expresaba el general atrincherado en Morella. Francisco Foz es un buen y distanciado observador de «los desastres de la guerra»; también nos transmite una eficaz descripción de la política liberal, en la inmediata posguerra, del desalojo de masías y lugares alejados, una política de «reconcentración» de campesinos en los núcleos urbanos que será practicada posteriormente por Weiler en la manigua cubana, así como por la Guardia Civil y el ejército franquistas en la represión del maquis en el Maestrazgo y el Bajo Aragón a finales de los años cuarenta del pasado siglo.

Francisco Foz también acierta a revivir el mundo perdido del ejercicio de la profesión de veterinario rural en la segunda mitad del siglo XIX, capítulo destacado de sus recuerdos en la medida en que lo considera, como a su familia, el componente más importante de su identidad personal. Pero antes, entre el final de la guerra y el comienzo de sus estudios en la capital aragonesa, hacia 1844, también nos lega, más inadvertidamente, al hilo de coser todas las etapas de su biografía, una buena descripción del paisaje social que, durante décadas y siglos, fue el más característico del medio rural del interior peninsular, al recordar su condición, entre simultánea y sucesiva, de agricultor, tendero, vendedor ambulante de telas, recaudador municipal de impuestos, guardia del monte, tratante de ganado y caballerías, posadero, comisionado del Ayuntamiento que invierte 38 horas en ir andando a la capital turolense, etc.

Foz no es Dickens, como el Bajo Aragón no es Mánchester, pero con la veracidad y espontaneidad de su relato se adelanta, sin pretenderlo, al costumbrismo que está prendiendo a fines del XIX. Braulio Foz publica las, muy revalorizadas hoy, andanzas de Pedro Saputo en 1844, el mismo año en el que su sobrino decide, contra la oposición de su esposa y ante la inicial desconfianza de su tío, trasladarse a estudiar a Zaragoza; fue el plan de educación de Pidal de 1845 el que estableció estudios de Veterinaria, y esa carrera de tres años, o la de maestro de niños, es la que le aconsejó elegir su tío, «que algo hizo por mí» (como pagarle finalmente los gastos de expedición del título). La escritura memorial de Francisco Foz va siempre muy pegada a la realidad material de la existencia y de la vida cotidiana, y hasta cabría especular con el modelo que le pudo suponer la afamada y anticipadamente realista, para su tiempo, novela del tío Braulio, que es de suponer leería y conocería con orgullo familiar.

La ficción novelada de Pedro Saputo se sostenía en la realidad de hechos sucedidos; el relato autobiográfico de su sobrino pretende ajustarse a los hechos reales que recuerda. Quizá su presunta empatía con las «andanzas» oscenses de Pedro Saputo, y el trato próximo con su autor, le sirviera de estímulo para relatar las propias, turolenses y zaragozanas, en el XIX, en las que tampoco faltaba cierta astucia y picaresca.

Nuestro hombre estudia en Zaragoza, pues, pero también trabaja, pasando por una tienda en la calle Mayor, un estanco en la calle de San Pablo que atiende su mujer, una peluquería en la de Escuelas Pías, la copia y venta de apuntes de clase, una posada en Campo Sepulcro, en la que, sin que le duelan prendas por contarlo, alquilaba habitaciones a prostitutas con la condición de que no entraran varones en ellas, y siempre un huerto, cuyos productos lleva su hija Petra a don Braulio..., todo un manual de cómo ganarse la vida en la Zaragoza de mediados del siglo XIX.

Sus recuerdos enhebran ocasionalmente instantáneas históricas sobre la revolución de 1854, describen la rabia con que los milicianos nacionales desarmados inutilizan y tiran las armas al suelo en 1856, el impacto, muy fuerte en la sociedad aragonesa y española, de la guerra de África de 1860, el de la sublevación carlista de San Carlos de la Rápita, la revolución democrática de 1868, en la que parece delatarse, tras el 73, como partidario de Castelar.

Pero su tema prioritario es el recuerdo y narración del ejercicio de la profesión, que comienza, con su título en la alforja, peregrinando «a caballo en las alpargatas» para ofrecer sus servicios por los pueblos, estableciéndose inicialmente en Obón, donde se reúnen el Ayuntamiento y el mayor contribuyente para proveer la plaza, compensada con 26 cahíces de trigo, casa y huerto..., y recorriendo un camino recordado y descrito con detalle que le llevará a Montalbán y a Codo, hasta finalizar en Belchite. Nunca olvida los aspectos materiales de la existencia, la situación de su economía doméstica, los problemas del cobro de las igualas... Conforme se va estabilizando su situación, saca tiempo para leer, y no olvida registrar el orgullo de que un informe suyo obtuviera una medalla de plata en un concurso nacional sobre enfermedades comunes de los animales en cada provincia, e incluso el de llegar a imprimir algún otro escrito de su especialidad.

Hacia 1892, con 74 años, se jubila y se traslada a Zaragoza, «dedicado ahora a comer, beber, dormir y pasear», donde poco después comenzará a escribir estas páginas, más atento ahora, cumplida su historia de vida, repasados y escritos sus recuerdos, a observar y opinar, con cierto criterio, sobre la realidad política y social del momento: guerra en Cuba y Filipinas; necesidad de renovación de monárquicos y republicanos; la sorprendente persistencia del carlismo, «partido que merece ser elogiado por la constancia en mantener sus opiniones»; el misterio del hundimiento del buque Reina Regente con 412 tripulantes, entre Tánger y Cádiz, de fuerte impacto en aquel entonces en la opinión pública nacional; la crisis agraria; los comienzos de las demandas organizadas de los trabajadores...; o bien a regresar al Fórnoles de su infancia, recogiendo datos sobre su historia, tradiciones y hombres ilustres en el apéndice misceláneo de las últimas páginas de su escritura; pero sin olvidar nunca que vive con su mujer en casa de su hija Basilia, asistidos y sostenidos por sus hijos, Vicente, que les pasa 11 reales diarios, y Lázaro, médico en Barcelona, que contribuye a su mantenimiento con 31 reales diarios, sin dejar de tener presentes, al final como al principio, esas condiciones materiales de su existencia que determinaron la dureza de la vida de un campesino aragonés nacido a principios del siglo XIX, y la del camino que recorrió a lo largo de la centuria, algo que ha podido llamar la atención a sus actuales descendientes.

Conviene subrayar que en la historia de vida de Francisco Foz las identidades principales son la familiar, incluyendo los plurales esfuerzos por ganarse la vida y poder mantener a sus miembros; la profesional, muy destacadamente, y la local de Fórnoles, sin que las identidades religiosas, políticas, nacionales o territoriales, a las que tanta importancia damos hoy, también los historiadores cuando miramos al pasado, tengan presencia visible ni le merezcan mayor consideración: lo que él, como las inmensas mayorías, ayer y hoy, consideraba claves de su biografía, no pasaba por ellas.

La biografía constituye un género histórico en auge, por la capacidad que tiene la reconstrucción de vidas individuales para abordar, con nuevos modos y resultados, el conocimiento del pasado y de los temas históricos más relevantes. Francisco Foz, desaparecido en la historia, como la mayor parte de los individuos, emerge hoy en nuestro conocimiento gracias a esta edición de su relato autobiográfico,

como un «héroe», un actor, muy secundario en comparación con los grandes hombres que nos han dejado memorias y diarios, o han sido objeto de atentas biografías, pero cuyos escritos no iluminan menos, ni peor, ese pasado perdido que nos da a conocer. Y merece ser añadido a quienes nos han proporcionado una lección imperecedera, la de la libertad del yo y del sujeto para romper las determinaciones sociales y culturales, superando, él, el peso de la historia y de la tradición, como nosotros las explicaciones históricas más tópicas o deterministas. Textos como el de Francisco Foz recuperan vidas robadas al pasado, perdidas y silenciadas por la historia oficial, a las que es difícil llegar; al buscar sentido y coherencia a su propia vida, se lo proporcionan no menos a su tiempo y a sus contemporáneos, y contribuyen a recuperar, para ayer y para hoy, la confianza en el hombre y en la libertad del individuo.

Zaragoza, septiembre de 2013

Carlos Forcadell Álvarez



Pequeña historia del redescubrimiento del manuscrito

Soy Mario Foz Sala, nacido en Barcelona en 1929, médico, como mi padre Roberto, mi abuelo paterno Lázaro, mi tío Amadeo Foz y dos de sus hijos, Amadeo y Roberto. Mi padre, brillante estudiante y excelente médico, fue el último de los hijos de mis abuelos y el único que había nacido en Barcelona, ciudad a la que se habían trasladado mis abuelos y sus hijos. Mi padre, por desgracia, murió muy joven, en 1941, víctima de una septicemia estreptocócica, cuando acababa de cumplir los 40 años de edad. En el momento de su muerte, yo estaba a punto de cumplir 12 años y mi único hermano Xavier contaba solo cuatro. Nuestra madre decidió que debíamos abandonar el espacioso piso de la calle Princesa que la familia Foz había ocupado durante decenios y que nos trasladáramos a otro de dimensiones y costes más reducidos.

El citado piso de la calle Princesa 20 está situado en el barrio antiguo de Barcelona (*Ciutat Vella*), y en él se instalaron nuestros abuelos Foz-Bello pocos años después de que se trasladaran a Barcelona a finales del siglo XIX. En este piso fallecieron nuestro abuelo Lázaro y mi padre, nacimos mi hermano Xavier y yo, y fue consultorio médico de

mi tío Amadeo y después de mi padre. En esta vivienda, como es lógico, se acumuló a través de los años, una biblioteca familiar. Cuando en 1941 abandonamos el piso de la calle Princesa, la mayor parte de los libros se conservaron y fueron trasladados al nuevo domicilio.

Recuerdo que esta fue la primera ocasión en que tuve entre mis manos el manuscrito de las memorias de nuestro bisabuelo Francisco Foz. Era un libro encuadernado, en cuyo lomo, como única inscripción, figuraba el texto «Mis memorias. F. Foz». Consta de 232 páginas manuscritas de muy difícil lectura. Mi madre me explicó que contenían las memorias de mi bisabuelo, pero ni entonces ni más adelante me hizo constar que las hubiera leído ni que lo hubiera hecho mi padre. Es curioso constatar que nadie de nuestra familia tuviera noticia de la existencia de estas memorias.

Es muy probable que nuestro abuelo Lázaro, que falleció en 1922 a los 66 años de edad, las leyera porque se trataba de las memorias de su padre, pero si lo hizo no nos consta que transmitiera a sus hijos la existencia del libro y el interés de su contenido. Por mi parte tuve el manuscrito en mis manos cada vez que cambié de domicilio o de despacho profesional a lo largo de mi vida, pero he de confesar que nunca tomé la decisión de hacer el esfuerzo necesario para intentar leer las memorias del bisabuelo.

El redescubrimiento del manuscrito se fraguó hace un par de años en una de las frecuentes conversaciones sobre recuerdos familiares que he mantenido con mi prima Pilar Foz. Ella en los últimos años ha desplegado un creciente interés en tener más información sobre la genealogía común, y este interés ha sido compartido por alguno de sus hijos. En una de estas frecuentes conversaciones que mantuvimos, y en las que intercambiábamos recuerdos, documentos o fotografías, le dije: «Voy a dejarte un libro que seguro que te va a interesar mucho. Espero que tengas más interés y capacidad que yo para intentar leerlo..., aunque creo que tendremos necesidad de que alguien nos ayude como transcriptor». Entregué el manuscrito a Pilar y aquí empieza otra fase de esta pequeña historia que prefiero que cuente ella misma...

Efectivamente. Cuando tuve en mis manos el manuscrito de las memorias de mi bisabuelo, intenté leerlo. Solamente lo pude conseguir con algunos fragmentos que me despertaron un gran interés.

Me pareció una especie de novela picaresca, pero que reflejaba la dura vida de mi antepasado. Inmediatamente pensé en la transcripción; lo consulté con mi primo Mario, que sugirió que quizá lo podría hacer su hermano Xavier junto con su hija Eugènia. Y así fue.

El resultado impresionó a toda la familia. Había valido la pena.

Hay cosas que me interesaron especialmente: una vida realmente dura; grandes caminatas en sus desplazamientos, la decisión –a sus 34 años– de estudiar la carrera de Veterinaria, las relaciones no siempre fáciles con su tío Braulio Foz y la situación que le tocó vivir debido a las guerras. Su estilo sencillo...

De todo lo que explicaba, recuerdo que en el despacho de mi padre estaba en un marco en la pared la medalla de plata que le otorgó la Academia Central de Veterinaria y de la que se sentía tan orgulloso.

Mientras íbamos redescubriendo el escrito, Rosa Castañer, de la Universidad de Zaragoza, entró en contacto con nosotros. Se interesaba por la obra y vida de Vicente Foz, hijo menor del autor de las memorias y hermano de mi abuelo Lázaro. Le informamos de la existencia del manuscrito y pudimos proporcionarle alguno de los datos que buscaba. A partir de ese momento hemos mantenido contactos con ella, coordinados por mi hija María Fuster Foz, y han tenido un resultado muy feliz para nuestra familia con esta publicación.

Damos las gracias a Rosa Castañer y a la Institución «Fernando el Católico».

Mario Foz Sala
Pilar Foz Tena

R. 760

TRATADO DEL DIAGNÓSTICO

Ó SEA CONOCIMIENTO DE LAS

ENFERMEDADES DE LOS ANIMALES

DOMÉSTICOS

POR

D. FRANCISCO FOZ

Profesor veterinario establecido, Inspector de carnes,
premiado con medalla de plata en el concurso público de 1863,
y Académico honorario de la
extinguida Academia Central de Veterinaria, etc.

OBRA PUBLICADA

EN

«LA MEDICINA VETERINARIA.»



Primera edición



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE F. GARCÍA,
calle Mayor, núm. 119.

1887



Algunas huellas más de Francisco Foz

Mientras leía las memorias de mi tatarabuelo me iba interesando cada vez más el personaje y decidí buscar más información sobre su vida.

Para empezar nos faltaba su segundo apellido. Encontrarlo fue más fácil de lo que pensaba, lo localicé gracias al proyecto «Censos en Aragón»: en el censo de 1890 figura en Belchite un veterinario llamado Francisco Foz Guardia. Precisamente en la época en que tuvo conflictos allí para cobrar las igualas.

El cobro debía de ser un asunto espinoso porque en el número 248 de 20 de junio de 1864 de la revista *La veterinaria española* aparece mencionado en un artículo que trata sobre una polémica relativa a las tarifas aplicables en la práctica veterinaria. Según algunas fuentes, colaboraba en ocasiones con dicha revista.

Y en cuanto a publicaciones, se ha conservado un ejemplar de su libro *Tratado del diagnóstico ó sea conocimiento de las enfermedades de los animales domésticos* publicado en 1887. Está disponible en la Biblioteca de la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Zaragoza.

También es citado por Leoncio Francisco Gallego en su *Diccionario manual de medicina veterinaria práctica* (Madrid, 1872). En este caso se trata de «la pomada anticarbuncosa que preconizó el veterinario Francisco Foz (establecido en Montalvan, Teruel), y que por los hermosos triunfos que ha conseguido en la práctica merece ser presentada con todos los detalles y consideraciones».

Una mención más a Francisco la encontramos en el testamento de su tío Braulio Foz escrito en 1865: «Cuarto: Deja de gracia especial a sus sobrinos carnales Francisco, Pascuala, Nicolás y Catalina Foz dos mil reales vellón en metálico y un cubierto de plata, entendiéndose a cada uno y por una sola vez». Treinta años después costea la placa conmemorativa que todavía se encuentra en la fachada de la casa natal de su tío y reprocha a sus otros familiares su «miserable mezquindad» por no querer participar en los gastos.

María Fuster Foz



Notas lingüísticas

Introducción

Las *Memorias* de Francisco Foz constituyen un relato fiel de los acontecimientos más significativos de la agitada España del siglo XIX, de modo más preciso desde 1818, año en el que el autor nació, hasta 1896, poco después de concluir la primera guerra del Rif, en el norte de África, y cuando el país ya hacía frente a los graves sucesos que concluirían con la independencia de Cuba y Filipinas. No faltan en este relato, tan personal y tan lleno de sinceridad, las referencias a las guerras carlistas que sacudieron entre 1833 y 1840 –con secuelas posteriores– las tierras bajoaragonesas; poseen, por ello, gran valor para reconstruir ese episodio trágico de la historia regional. Pero lo que más sorprende al lector actual es el discurrir de una vida, la de Francisco Foz, azarosa y llena de sacrificios, en un contexto social que no facilitaba precisamente el logro de las aspiraciones personales. Las peripecias de Francisco Foz, llevadas al terreno de la literatura de creación, podrían haber constituido el argumento de una novela capaz de conmover a los lectores. Pero hubieran perdido el realis-

mo que les confiere la autobiografía, género narrativo que no exige una escritura atenazada por las normas ni una organización coherente de los hechos anotados y que, de modo paralelo, favorece la espontaneidad expresiva y la inclusión de apreciaciones subjetivas. Las *Memorias* de Francisco Foz presentan estas últimas características, lo que no es obstáculo para que el autor transmita sus pensamientos a los lectores de manera clara y contundente.

Destaca Pilar Foz Tena en las páginas precedentes que, cuando leyó las *Memorias* de su abuelo, le llamaron la atención especialmente la dureza de la vida que en ellas describe y el estilo sencillo con que están escritas. También a nosotros nos sorprendieron –y nos atrajeron– estos mismos aspectos cuando, por casualidades del destino, llegaron a nuestras manos, primero de manera parcial, a través de unas pocas páginas –aquellas en las que había alguna referencia a Vicente Foz y Ponz, uno de los hijos de Francisco, cuya biografía nos interesaba– y después cuando tuvimos el placer de leerlas en su totalidad. Precisamente sobre ese estilo sencillo y sobre algunos aspectos lingüísticos que nos parecen relevantes en el texto editado versan las breves notas que a continuación ofrecemos.

Composición y escritura

Parece evidente que cuando Francisco Foz escribe sus *Memorias* –durante los años 1895 y 1896, coincidiendo con su estancia en Zaragoza– no lo hace solo para plasmar sus experiencias y vivencias de manera íntima, sino con el objetivo de publicarlas, propósito que pasados más de cien años se ha visto por fin cumplido. La obra tiene un título (*Mis memorias*), una *captatio benevolentiae* («Suplico a mis lectores tengan indulgencia conmigo», p. 46) y un prefacio en el que el autor se dirige a los posibles receptores de su obra: «No esperéis, mis amados lectores, encontrar en esta pobre historia hechos míos que llamen la atención del público» (p. 47). Advierte también que, para poder facilitar los estudios de estas *Memorias*, divide su contenido en seis épocas (p. 48), a partir de las cuales va numerando los capítulos que corresponden a cada una de ellas, dieciséis en total, más un apéndice. Ofrece asimismo un detallado y perfectamente elaborado índice final. A lo largo de la narración no olvida a sus futuros destinatarios, a los que hace referencia explícita en distintos momentos: «¿Pero les parece a mis lectores que

con su muerte terminaron los desastres por él causados? (p. 67); «¿Pero os parece, lectores míos, que dispuso fueran fusilados? Nada de eso» (p. 85).

Francisco Foz reconoce que en su escritura habrán de deslizarse algunas deficiencias formales, las cuales justifica por la escasa formación que recibió en su infancia, ya que únicamente había ido a la escuela desde los 6 hasta los 10 años en que la dejó para trabajar como pastor. A lo largo de su relato advertimos, sin embargo, que la sorprendente decisión que lo llevó a los 36 años a dejar su pueblo natal para estudiar Veterinaria en Zaragoza, fue acompañada de un serio esfuerzo que estuvo precedido de las lecciones que recibió del maestro de primera enseñanza de Fórnoles, localidad donde nació, para poder ocuparse de la contabilidad del negocio de sus suegros, de manera que ya entonces mejoró su formación en lectura, escritura y principios de aritmética. Con esta base pudo cursar Veterinaria, si bien al acabar la carrera continuó estudiando, de modo que redactó diversos artículos relacionados con su profesión e, incluso, se presentó en 1868 al concurso de la Academia Central de Veterinaria en el que –como él mismo explica con orgullo– recibió la medalla de plata y el título de Académico honorario por una memoria sobre las enfermedades más comunes que sufrían los animales en la provincia de Teruel. Además, en los ratos libres de que podía disponer –que presumimos no serían muchos, dada la incansable actividad que llevaba a cabo para sacar a su familia adelante– siguió leyendo, no solo libros relacionados con su especialidad, sino también otros de tema político o religioso, además de novelas y periódicos, todo ello porque «buena falta me hacía por la escasa instrucción que recibí de joven» (p. 150). Si indudablemente llegó a ser un buen veterinario, también es verdad que consiguió expresarse por escrito de una manera aceptable, por más que en las *Memorias* se aprecien discrepancias –respecto a la norma actual– en el uso de tildes (*dia*, *equivocacion*, *pais*, *ningun*, *diciendolé*, *reconociendolé*) y, aunque predomina el empleo correcto, de mayúsculas (*morella*, *quilez*, *maestrazgo*, *veterinaria*); se observan también algunas separaciones anómalas de palabras (*por que* «porque», *con migo*, *álo* «a lo», *enla* «en la»), especialmente en las secuencias *dela*, *delo*, *delos*, inducidas por la forma contracta *del*, además de diversas variantes gráficas (*ha* por *a*, forma que alterna con *á*, que parece la preferida por el autor para la preposición, puesto

que se advierten numerosos ejemplos en los que ha borrado la *h*-; é «he», *acha* «hacha», *egercito*, *dige*, *mugeres*, *ajitacion*), más frecuentes si nos fijamos en el intercambio entre las grafías *b* y *v* (*estube*, *fabor*, *tubo*, *ivan*, *llamava*, *pribaciones*, *vetun*, *sirbio*, *obejas*)¹. Pero en esta época el caso de Francisco Foz no es excepcional: en el dance de Mainar, manuscrito por Fermín Muñoz en 1909, no es raro encontrar registros como *á*, *Asuncion*, *dán*, *valbuciente*, *fabores*, *encojo* o *dirije*; comentario que podemos extender al borrador de un *Diccionario de la lengua española en su variedad aragonesa* que Gregorio García Arista debió de recopilar –con algunas aportaciones distintas de la del autor– entre 1925 y 1932, en el cual se anotan asimismo testimonios de esa naturaleza (*disposicion*, *tendra*, *rio*, *ó*, *akupar*, *desbezar*, *esclusiva*, *toballa*, *vervales*). Distinta consideración merece por la cuidada presentación formal –sin duda los destinatarios exigían tal esmero– el *Prontuario del buen hablista* que Vicente Foz, hijo de Francisco, publicó en 1903 en la zaragozana Tipografía de M. Escar.

Reflejos del catalán

Recordemos que Fórnoles, patria chica de Francisco Foz, es una localidad situada –según palabras del propio autor al inicio de su relato– «en un rincón de la desamparada provincia de Teruel» (p. 49) o –como indica hacia el final del mismo– «en la olvidada y desatendida provincia de Teruel» (p. 179), concretamente en la comarca del Matarraña y dentro del área de dominio lingüístico catalán². Apenas encontraremos elementos catalanes en sus *Memorias* ni indicios que revelen su conciencia lingüística. Podemos recordar, sin embargo, la opinión que, en 1862, su afamado tío Braulio exponía en un artículo titulado *De la lengua catalana*: «No sé hablar el catalán, pero lo entiendo perfectamente, porque en mi tierra (la que lla-

1 En el trazo de Francisco Foz no siempre es fácil reconocer si se trata de *b* o de *v*, pero en muchas ocasiones la confusión es evidente.

2 Vid. M. A. Martín Zorraquino *et al.*, *Estudio sociolingüístico de la franja oriental de Aragón. Anexos*, Zaragoza, Departamento de Lingüística General e Hispánica, 1995, p. 10; y M. A. Martín Zorraquino y M. R. Fort Cañellas, «La frontera catalano-aragonesa», en M. Alvar, *Manual de dialectología española. El español de España*, Barcelona, Ariel Lingüística, 1996, pp. 293-304.

mamos Baja de Aragón) hay pueblos donde se confunden todas [las lenguas] que se han hablado en España, dominando empero la lemosina con un dialecto casi de ella en cada pueblo»³. En Fórnoles viviría Francisco Foz hasta su marcha a Zaragoza para estudiar Veterinaria, tras lo cual recorrería distintos pueblos aragoneses en el ejercicio de su profesión.

Escasísimo es el componente catalán que se cuele en esta obra; podríamos comentar quizá el uso de las preposiciones *a* y *en*, al que luego nos referiremos, y varias palabras que casi siempre surgen de manera indirecta, en boca de otros, aunque nuestro autor sin duda conoce esta lengua, puesto que en algún momento reproduce, en estilo directo incluso, unas palabras dichas en catalán:

Y entre muchas palabras que nos dijo antes de salir de la habitación, nos dijo las siguientes en su lenguaje catalán: «Mireu, paisans, que si no compliu bé lo que us mano, us afusellaré, perquè a mi tant se me'n dona afusellar un home com un gos»; secuencia, que traducida al castellano quiere decir: «Mirad, paisanos, que si no cumplís bien lo que os mando, os fusilaré, porque a mí lo mismo me da fusilar a un hombre que a un perro» (p. 87).

Poco más podemos señalar: cuando expresa su opinión negativa sobre los fueros, y se refiere a los catalanes, afirma que «los fueros de Cataluña, ya he manifestado que no son favorables más que al *hereu*⁴, como ellos llaman, sirviendo en perjuicio de la demás familia» (p. 69); dice de Ramón Cabrera, destacado líder carlista, que «al principio los catalanes le llamaban el *capellonet*, que quiere decir «el capellanico», otros le llamaban el *cureta*» (p. 81)⁵. O cuando se refiere a Tomás Peñarroya, uno de los jefes de las partidas carlistas, que

3 Tal como indicábamos en «Entre dos siglos: lengua y regionalismo» (en *Entre dos siglos. Literatura y aragonésismo*. Ed. de J. C. Mainer y J. M. Enguita, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2002, pp. 171-173), con datos tomados del libro de H. Moret, *Indagacions sobre llengua i literatura catalanes a l'Aragó*, Calaceite, Associació Cultural del Matarranya-Institut d'Estudis del Baix Cinca, 1998, p. 28.

4 Es decir, el «heredero» (cf. A. M. Alcover y F. de B. Moll, *Diccionari català-valencià-balear* <dcvb.iecat.net>, en adelante *DCVB*).

5 El sufijo diminutivo *-ete* (con variantes *-et*, *-é*, *-er*), *-eta* es propio del aragonés y del catalán; se extiende por buena parte de la provincia de Huesca y por las áreas de habla catalana de las tres provincias aragonesas; el sufijo *-ico* es hoy característico del castellano hablado en Aragón (cf. J. M. Enguita, «Notas sobre los diminutivos en el espacio geográfico aragonés», *AFA*, XXXIV-XXXV, 1984, pp. 229-250).

era apodado *el Groc*⁶, (p. 107); utiliza asimismo el adverbio *prou* «bastante» cuando hace referencia a un dicho catalán («lo del casamiento de Cervera que ni sobró ni faltó, pero hubo *prou*», p. 139)⁷. Describe también la indumentaria propia de los campesinos, distinta de la de los habitantes de las ciudades: «con el traje de calzón, un pañuelo rodeado a la cabeza y alpargatas *posadas a lo miñón*, que es el traje que usan los labriegos en mi país» (p. 120), descripción en la que destacan el participio *posadas* y el sustantivo *miñón*⁸.

Impronta aragonesa

Un puñado de aragonesismos se desliza por las páginas de las *Memorias*, entre ellos *viudedad* (p. 70), figura jurídica propia del derecho aragonés, reconocida como tal en el diccionario académico en cuanto «usufructo de aquellos bienes del caudal conyugal que, durante su viudez, goza el consorte sobreviviente», contra la que argumenta Foz, porque si fallece uno de los cónyuges que forman la familia «mientras vive el que queda, es dueño del disfrute de los intereses que constituían el matrimonio» (p. 70). Sin embargo, como es lógico suponer, la mayor parte de los dialectalismos encontrados guardan relación con el medio rural: *masía* («pero no hubo más remedio que obedecer, cerrando todas las *masías* y pueblos pequeños», p. 108),

6 *Groc* significa «amarillo» en catalán (cf. *DCVB*).

7 El adverbio *prou* «bastante» es propio de aragonés y catalán. El *DDEAR* (M. L. Arnal, R. M. Castañer, J. M. Enguita y V. Lagüéns, *Diccionario diferencial del español de Aragón*, en elaboración) lo localiza en la provincia de Huesca y en las áreas orientales de Zaragoza y Teruel.

8 En el *DDEAR* constan 40 registros de *miñonera* como un «tipo de alpargata de suela de cáñamo y cuya parte superior está hecha con unas cintas negras, típicas del traje regional de baturro». Será un derivado de *miñón* que, según el *DRAE* (<www.rae.es>), es «soldado de tropa ligera destinado a la persecución de ladrones y contrabandistas, o a la custodia de los bosques» e «individuo perteneciente a la milicia foral de las provincias de Álava y Vizcaya»; la voz *miñón* deriva a su vez del catalán *minyó* «muchacho» y «nombre de los miembros de una tropa que había en Valencia destinada a la persecución de malhechores y a guardar los bosques» (vid. *DCVB*). Precisamente se conocía al grupo de 100 hombres de absoluta confianza que seguían a Cabrera y su Estado Mayor por el Maestrazgo como *Regimiento de Miñones de Cabrera* (vid. <www.rutadecabrera.com/ramon_cabrera/el_ejercito>); se caracterizaban por llevar un alto sombrero y unas alpargatas al estilo de las que hoy perviven en el traje regional aragonés. Se observa, además, el uso del verbo *posar* «poner» usual en el catalán y en las hablas del Aragón oriental (*DCVB*; R. Andolz, *Diccionario aragonés*, Zaragoza, Mira Editores, 1992, 4.ª ed.).

*masada*⁹ («sería él fusilado y le incendiarían la *masada*», p. 108) y *masovero*¹⁰ («el *masovero* iba también con los soldados», p. 109); *trigo morcacho*¹¹ («consistiendo su dotación en 15 cahíces de *trigo morcacho*», p. 135), *tría*¹² («con la vista muy próxima al suelo por si podíamos dar con la huella de los animales y la *tría* del camino», p. 160), *paridera*¹³ («y una *paridera* para encerrar ganado», p. 99) o *recrío*¹⁴ («por lo que arrendé las cuadras y el pajar para el *recrío* de cerdos», p. 129).

Como aragonesismos podemos mencionar además la expresión *a estralazos*¹⁵ («pues de lo contrario iba a romper la puerta *a estralazos*», p. 62), el participio *radidos*¹⁶ («comían sus carnes, dejando los esqueletos mal *radidos* y los huesos dando vueltas», p. 92) o el

-
- 9 *Masada* consta en el *DRAE* sin ningún tipo de marca y con remisión a *masía*, sustantivo que tampoco tiene restricción geográfica, aunque es definido como «casa de labor, con finca agrícola y ganadera, típica del territorio que ocupaba el antiguo reino de Aragón». De ambas voces hemos anotado numerosos registros en el *DDEAR*, especialmente en el este de Teruel.
 - 10 «Habitante de una *masada*», voz que el *DRAE* localiza en Teruel y para la que en el *DDEAR* constan registros de la provincia de Huesca, del norte de Zaragoza y del este de Teruel.
 - 11 *Morcacho* es aragonesismo oficial como equivalente de *morcajo* «mezcla de trigo y centeno» (*DRAE*) y está recogido por el *DDEAR* tanto con esta acepción como con la de «centeno» en las provincias de Zaragoza y Teruel.
 - 12 «Rodada de un camino», acepción que el *DRAE* localiza en Albacete y Aragón y que el *DDEAR* documenta por toda la región aragonesa.
 - 13 Figura en el *DRAE* sin marca como «sitio en que pare el ganado»; en Aragón es habitual su empleo para referirse a un «corral con parte cubierta donde se guarda el ganado en el campo», tal como muestra el *DDEAR*.
 - 14 «Acción y efecto de alimentar y cebar animales para su desarrollo», sentido con el que se conoce al menos en Huesca, este de Teruel y oeste de Zaragoza (*vid. DDEAR*). No figura este sustantivo masculino en el *DRAE* donde, sin embargo, sí que constan, sin marca alguna, el verbo *recrilar* «fomentar, a fuerza de pasto y pienso, el desarrollo de potros u otros animales criados en región distinta», cuya definición no corresponde con exactitud a la que posee el sustantivo anotado en el texto, y el femenino *recría* «acción y efecto de criar».
 - 15 Con un sustantivo derivado de *estral*, variante de *destral* «hacha pequeña que se maneja por lo general con una sola mano», reconocida como aragonesa por el *Diccionario académico*. El *DDEAR* recoge en algunos puntos de Huesca y del este de Zaragoza *estralazo* como «golpe dado con la estral, hachazo». El sustantivo *estral* se documenta en este *Diccionario* por toda la geografía aragonesa.
 - 16 El verbo *rader* «quitar poco a poco con los dientes a un hueso la carne que se ha quedado pegada, roer» es localizado en todo Aragón por el *DDEAR*.

verbo *tardear*¹⁷ («allí ya no tenía que madrugar ni *tardear* si no era por mi voluntad», p. 171); y no es general en español la palabra *abastar*¹⁸ («la dotación no era muy larga, por lo que ya no *abastaba* a satisfacer mis necesidades», p. 145).

Llama asimismo la atención al lector actual el uso reiterativo del adverbio *regularmente* con el sentido de «probablemente»¹⁹: «aquí fue *regularmente* donde se eclipsó mi buena estrella», p. 54; «Entre tanto, Cabrera *regularmente* continuaría tan tranquilo», p. 85; «su fallecimiento, *regularmente* causado por los abusos del uso de las bebidas», p. 113; «se dirigió a Calanda, *regularmente* con algún fin relacionado con su desgracia», p. 147. También el empleo del adjetivo *regular* difiere del que hoy es común en español, ya que significa «aceptable» («Razón por la que nos gastamos sobre 3000 reales en levantarla dos pisos y reformar la obra vieja. Por lo que quedó una casa *regular*», p. 117; «entre la paga de teniente que hoy tiene y el importe de la libreta de igualas y beneficencia, reúne un sueldo bastante *regular*», p. 156; «Las visitas no eran muchas, porque, aunque es pueblo de 1200 habitantes y hay un número *regular* de caballerías, es pueblo muy sano», p. 141).

Otros rasgos lingüísticos

El léxico: entre las relaciones cotidianas y la formación académica

1. Abundan, conforme a su origen rural y a las relaciones que Francisco Foz hubo de mantener en las variadas actividades que desempeñó, entre ellas el ejercicio profesional, las voces populares: *alegrón*

17 El *DRAE* define *tardear* como «detenerse más de la cuenta en hacer algo por mera complacencia, entretenimiento o recreo del espíritu», sentido distinto a los registrados en nuestra región por el *DDEAR*: «apurar mucho la tarde del día, por trabajo, diversión u otros motivos», «retirarse a casa tarde, ya entrada la noche».

18 En el *DRAE* aparece como desusada y de uso dialectal, mientras que el *DDEAR* aporta dos registros, uno de ellos en el este de Teruel.

19 El empleo no se ajusta a la definición académica («comúnmente, ordinariamente, naturalmente o conforme reglas»). M. Moliner incluye en el *Diccionario de uso del español* (edición en CD-ROM, Madrid, Gredos, 2003, 2.^a ed.) la acepción «probable o presumiblemente» (*Regularmente, no vendrá hasta el jueves*) con la indicación de que se usa, al menos, en Aragón.

(«El *alegrón* que yo recibí en aquel momento fue tan grande...», p. 139), *chanchullo* («comprendí los *chanchullos* que hacen los hombres para encumbrarse y enriquecerse», p. 141), *calaverada* («a mi consulta contestó que no intentara tal *calaverada*», p. 119), *regalona* («nos dábamos una vida algún tanto *regalona*», p. 142), *cotarro* («Entre ellos, los señores abogados mencionados, que eran los que dirigían todo el *cotarro*», p. 166), *revolcón* («Con lo que los dichos señores Navales llevaron el *revolcón* del siglo», p. 168) o *cariacontecidos* («qué tristes y *cariacontecidos* se encontraban», p. 105), todas ellas marcadas como coloquiales en el *Diccionario* académico, indicación de uso que no se señala en otras palabras que también parecen propias de un registro informal, como *arramblar* («llegaban a media noche [...] y *arramblaban* las mejores coles que encontraban», p. 143) o *rechiflas* («al entrar en Madrid se le recibió por el pueblo con alborotos, silbidos y *rechiflas*», p. 192).

Constan en las *Memorias*, lógicamente, otras muchas palabras que han quedado anticuadas, entre ellas *raya* «frontera»²⁰ («Población que, por estar enclavada en la *raya* de Cataluña y Aragón», p. 86), *parciales* «partidarios»²¹ («Espartero y sus *parciales*, al ver la marcha de los acontecimientos», p. 131) o *principiar* «comenzar»²² («Tiempo oportuno para *principiar* a ir a la escuela», p. 51; «con lo que *principiaron* a levantar una iglesia y casa para albergarse el ermitaño y los fieles que acudiesen a visitarla», p. 194). Se registran también algunos nombres de oficios o actividades ya desaparecidos, como *ordinario* en cuanto «arriero o carretero que habitualmente conducía personas, géneros u otras cosas de un pueblo a otro»²³ («Con un *ordinario* de Codoñera emprendimos el viaje, que hicimos con toda felicidad», p. 134), *peatón* «valijero o correo de a pie encargado de la conducción de la correspondencia

20 Sin marca alguna en el *DRAE*; la voz se incorpora a los repertorios académicos desde *Autoridades*. En catalán se conoce *ratlla*, con variante antigua y dialectal *ralla* (DCVB).

21 *Parcial* se registra en el *Diccionario* académico sin restricción de uso como «que sigue el partido de alguien, o está siempre de su parte» (4.^a acep.).

22 Tampoco este verbo tiene marca de anticuado en el *DRAE*, donde se define como «comenzar, dar principio a algo».

23 Aceptación 11.^a del *DRAE*, caracterizada como desusada.

entre pueblos cercanos»²⁴ o *bagajero*, que sería el encargado de transportar las *bagajerías*²⁵ («Constantemente estábamos de servicio de *bagajerías* y *peatones* para conducir pliegos de un pueblo a otro», p. 98; «los paisanos teníamos que estar constantemente prestando servicios a los guerreros: tal que *bagajerías*, llevar pliegos», p. 56; «Pero no hubo necesidad de hacer la cena, porque ya nos la tenían preparada para nosotros y para los *bagajeros*», p. 139); nótese que la responsabilidad de los *peatones* era llevar de un lugar a otro los documentos oficiales a los que se hace referencia con la palabra *pliego*²⁶; habrá que añadir en esta lista el término *sirviente* («Porque en casa no se podía disponer de medios para poder tener un *sirviente* para que ayudara al cultivo de los intereses que teníamos», p. 56), cuyo uso ha decaído en nuestros días hasta el punto de que, desde esta entrada el DRAE remite a *servidor* «persona que sirve como criado». Llama asimismo la atención la frecuente utilización del sustantivo *utilidades*, en plural, como «beneficios»²⁷ («resultando que tan apenas las *utilidades* recompensaban los gastos que se ofrecían», p. 116; «con esta industria y las *utilidades* que nos dejaban dos estudiantes», p. 126; «algunas *utilidades* perderían los españoles con la pérdida de Cuba», p. 174).

Pasemos brevemente a la fraseología. Utiliza Francisco Foz un buen número de expresiones, en ocasiones recreadas formalmente, mediante las cuales dota al texto de las *Memorias* de una gran viveza: cuando su tío Braulio le indica que no sirve para estudiar y que diga a sus padres que lo pongan de pastor, nuestro protagonista comenta que «aquí fue regularmente donde se eclipsó *mi buena estrella*» (p. 54), suponiendo además que a sus padres les agradaría la noticia porque, de esta manera, ayudaría al mantenimiento de la casa «por

24 Según la acep. 2.^a del DRAE.

25 Se incluye en el *Diccionario* académico *bagajero* «conductor del bagaje militar», pero no el sustantivo *bagajería*.

26 «Carta, oficio o documento de cualquier clase que cerrado se envía de una parte a otra», según la acep. 5.^a del DRAE, que no corresponde al uso habitual en la actualidad.

27 Se define *utilidad* en el DRAE como «provecho, conveniencia, interés o fruto que se saca de algo». Analizando los registros de *utilidades* en el CORDE y el CREA (*vid.* <www.rae.es>) puede observarse su progresiva especialización en contextos puramente económicos, en los que la utiliza Foz y hoy sigue vigente.

aquello de que *donde no hay sangre no se necesitan venas*» (p. 54). Ante los problemas económicos que le acucian, manifiesta su voluntad de buscar una solución con un «*aquí te quiero, escopeta*» (p. 117) y rechaza el ofrecimiento que de un puesto de trabajo le hace su tío porque «*por un quitame allá esas pajas*» podría sufrir las consecuencias de una cesantía (p. 119). Expresa su resignación con un «*cuando no hay otra cosa, migas son buenas*» (p. 139), aunque no le era difícil adaptarse a una situación favorable porque «como se decía que *la buena vida a padre y madre olvida*, me acostumbré luego a ella sin que me costase mucho trabajo» (p. 172). Si las cosas van mal todavía pueden empeorar «por aquello de que a *la casa empeñada nunca le va la buena añada*» (p. 116), pero también enseña la sabiduría popular que deben aceptarse como son, porque de otro modo se corre el riesgo de recibir lo que no se desea en una cantidad mayor, y es que «*el que no quiere caldo, taza y media*» (p. 100) y, además, siempre es posible soportar una situación insufrible porque «*Dios daba el trabajo y la medicina*» (p. 55).

Se refiere Foz a la frustración por algo no conseguido mediante la expresión «*a la luna de Valencia*» (p. 165); describe el término de su carrera –cuando ya se le acababan los fondos– como «lo del *casamiento de Cervera*, que ni sobró ni faltó, pero hubo prou» (p. 139)²⁸. En otro momento, cuestiones relativas al cobro de sus iguales convertirán a uno de los vecinos más ricos de Belchite en el «*capitán Araña*, que embarcó a la gente quedándose él en tierra» (p. 168)²⁹, hecho que le hace dudar de jueces y personal de los juzgados, cuya avaricia ilimitada llegaba hasta el punto de que «cuando caía un negocio en sus manos y comprendían que los beligerantes tenían medios para solventar los gastos, se *agarraban hasta las paredes* como los gatos, dejándolos *sin plumas y carareando*» (p. 114).

Emplea en sentido literal determinadas expresiones que han desarrollado otras acepciones figuradas: así, por ejemplo, se refiere a la

28 Modifica nuestro autor la forma y el sentido del dicho catalán «Ésser com el casament de Cervera, que ni en faltà ni en sobrà ni n'hi hagué prou», que se utiliza para indicar que una cosa es escasa (*vid. DCVB*, s. v. *Cervera*).

29 Prometió que haría efectivo dicho pago cuando ya lo hubieran efectuado los demás vecinos del pueblo, aunque finalmente no cumplió dicha promesa.

resistencia de un edificio frente a los bombardeos, por estar el techo fabricado de piedra cantería, con la explicación de que «es lo que se llama a prueba de bomba» (p. 102); y al describir el sitio de Zaragoza tras el pronunciamiento del general O'Donnell, comenta que «nos cogían *entre dos fuegos*, como se acostumbra a decir» (p. 132), porque su casa se encontraba en el Campo del Sepulcro, fuera de la ciudad y dentro de la línea de las fuerzas sitiadoras. Asimismo, da ocasionalmente detalladas explicaciones sobre el origen de alguna frase hecha: al ser sentenciado a muerte el general Ortega, principal protagonista del levantamiento carlista de 1860, distintas personas intentaron evitar su fusilamiento, pero él nunca tuvo esperanzas y decía «No puede ser»; de aquí —explica Foz— sale el dicho popular para expresar la dificultad de llevar a cabo una cosa: «*No puede ser, que dijo Ortega*» (p. 147).

Su sentido del humor se manifiesta, además, en comparaciones del tipo «los *cazadores* son como las *mujeres en el horno*, que acostumbra a mentir mucho al contar proezas» (p. 142), o en la descripción de las largas caminatas motivadas por el desempeño de su trabajo: «me dirigí a Zaragoza en la misma forma en que había ido. Esto es, a *caballo en las alpargatas*» (p. 134); «visitaba con alguna frecuencia el pueblo de La Puebla de Albortón, a tres horas de distancia de Belchite, lo que también lo hacía muchas veces *montado en los zapatos o alpargatas*» (p. 164), circunstancia para la que utiliza igualmente la expresión latinizante *pedibus andando* («emprendí el viaje a Zaragoza, *pedibus andando*, como yo acostumbraba», p. 120).

2. Pero Francisco Foz conoce y maneja asimismo un léxico culto, adquirido como consecuencia de las lecturas sobre diversos temas con las que intentó acrecentar sus conocimientos y, lógicamente, de su formación académica y del subsiguiente ejercicio de su profesión, que entrañaba ya entonces una inevitable carga burocrática. Por todas estas razones, en las páginas de las *Memorias* van surgiendo términos como *inhospitalaria* («más tarde perdió la vida en la *inhospitalaria* isla de Santa Elena», p. 66), *prosélitos* («D. Carlos [...] hizo muchos *prosélitos*, por efecto de la cuestión de los fueros», p. 69), *indeleble* («Con este caso sangriento, puso un borrón *indeleble* que nunca se borraría», p. 82), *arcanos* («Pues si mi ruina no procede de esto, ¿qué causa reconoce? *Arcanos* son estos que solo a la divina providencia le están reservados el conocer», p. 117), *anatematizan-*

do («Los anarquistas quieren la mancomunidad de intereses y que nadie coma sin trabajar, *anatematizando* la holganza y el despilfarro», p. 175). Utiliza algunos tecnicismos propios de la ciencia veterinaria: *escapulohumeral external* («apareció un tumor algo voluminoso en la región *escapulohumeral external*», p. 162), *infarto ganglionario* y *pústula* («Porque el tumor no era más que un *infarto ganglionario* consecutivo a una *pústula* maligna», p. 163). E introduce vocabulario relativo a la administración, ampliamente desarrollada ya en esa época: *cesantía* («Los efectos de las *cesantías* solo los sienten los subalternos de baja esfera», p. 187), *vacar*³⁰ («A la sazón *vacó* la plaza de veterinario de Montalbán», p. 145), *empleomanía*³¹ («El presupuesto de la plaga de la *empleomanía* también importa muchos millones», p. 176), *conferencia*³² («Entretanto, don Carlos tuvo *conferencias* con los liberales sobre el negocio de la sucesión a la corona», p. 67), *gabela*³³ («sus habitantes tienen que atender al pago de todas las *gabellas* que les imponen los gobiernos», p. 182), *igual* e *igualar*³⁴ («conviniendo en que hasta San Miguel él llevaría dos terceras partes de todo lo que producían las *iguales*», p. 161; «cuando se hacen los contratos de las *iguales* de los profesores de la ciencia de curar», p. 165; «Con estas engañosas palabras y añadiendo que yo ya no valía para la visita por ser viejo, pudieron reunir 190 vecinos de los 500 que yo tenía *igualados*», p. 165), *verificar*, verbo que Foz siempre utiliza –y en un buen número de ocasiones– con el sentido de «realizar»³⁵ («hice esfuerzos sobrehumanos para llegar al pueblo, lo que pude *verificar*», p. 161;

30 Se registra en el DRAE este verbo intransitivo con la siguiente definición: «dicho de un empleo, de un cargo o de una dignidad: quedar sin persona que lo desempeñe o posea» (acep. 2.^a).

31 «Afán con que se codicia un empleo público retribuido» según definición académica.

32 En el sentido de «plática entre dos o más personas para tratar de algún punto o negocio» (DRAE).

33 «Tributo, impuesto o contribución que se paga al Estado» o «carga, servidumbre, gravamen» (aceps. 1.^a y 2.^a del DRAE).

34 *Iguala* figura en el *Diccionario* académico como «convenio entre médico y cliente por el que aquel presta a este sus servicios mediante una cantidad fija anual en metálico o en especie» (acep. 4.^a), convenio que, en las *Memorias*, se refiere al estipulado con el veterinario. En el DRAE el verbo *igualar* consta únicamente con una definición más amplia: «hacer ajuste o convenirse con pacto sobre algo».

35 Que corresponde a la segunda acepción del DRAE, en tanto que la primera es «comprobar o examinar la verdad de algo».

«fueron a salir por la puerta del Portillo, lo que no pudieron *verificar* porque la encontraron cerrada», p. 96), *noticiar*³⁶ («Ya se pueden figurar mis lectores el gran alegrón que yo recibiría al *noticiarme* el resultado de mi memoria», p. 151), *revalidarse*³⁷ («Pero por entonces no pude *revalidarme* por carecer de 1600 reales que necesitaba para el título», p. 132). Algunas de estas voces han quedado desusadas, bien porque han sido sustituidas por otras, bien porque ha desaparecido el concepto al que se referían.

Apuntes de morfología

Situados en el terreno de la morfología, es digno de mención el tratamiento *señor* que Francisco Foz utiliza para referirse a sus progenitores, a sus tíos y también a personajes de estatus social elevado («Mi pobre *señor* padre», p. 49; «mi *señora* madre», p. 49; «mi *señor* tío Braulio», p. 54; «dicho *señor* director», p. 124; «al *señor* administrador», p. 126; «*Sres.* médicos D. Jerónimo Balduque y D. Pedro Esteban», p. 145; «las *señoras mujeres* que han desempeñado la más alta magistratura de la nación», p. 67); consta asimismo en las *Memoorias* la proclisis del sustantivo *tía* ante nombres propios que designan a personas de edad avanzada, construcción aún viva en el medio rural³⁸ («una mujer llamada *tía* Torra», p. 74; «la *tía* Moisona», p. 186); y en una ocasión Francisco Foz utiliza la frase hecha *mi otra mitad* (p. 61), de marcado carácter informal, con la que alude a su esposa. Como curiosidad, mencionaremos asimismo el anglicismo *milord*, «tratamiento aplicado a los lores o representantes de la nobleza inglesa» según la definición del *Diccionario* académico («encarándose conmigo me dijo que adónde iba con aquel traje, que parecía un *milord*», p. 121).

Destaca igualmente la aparición, si bien de manera residual, del artículo determinado ante designaciones de países (*la España*, p. 146; *la Argelia*, p. 152) y también ante nombre propio de persona («El

36 En el sentido de «dar noticia o hacer saber algo» (DRAE).

37 Uso pronominal en cuanto «recibirse o ser aprobado en una facultad ante tribunal superior» (DRAE, 2.ª acep.).

38 En algunos lugares, según el DRAE, «tratamiento que se da a la persona casada o entrada ya en edad».

segundo, o sea *el Braulio*», p. 50), empleo este último bien conservado en Aragón y habitual en catalán.

Podemos comentar, por otra parte, la presencia de usos anómalos de los pronombres personales átonos –raros en el área aragonesa, que se mantiene fiel a la etimología–, con ejemplos de léismo de persona («El hermano del Rey que *le* seguía era don Carlos», p. 67) e, incluso, algunos de laísmo («*la* pudiera suceder», p. 53; «*la* mandó cortar una oreja», p. 79; «diciéndola», p. 82). Es reseñable asimismo el empleo de los relativos, que ofrece varias peculiaridades: con cierta frecuencia, por ejemplo, se utiliza un sustantivo precedido de *cuyo* sin sentido posesivo, en lugar del relativo complejo *el cual*³⁹ («Me mandó estudiarse la fábula [...]. *Cuya* fábula principiaba...», p. 54; «El señor Azuara también volvió a ver al mulo [...]. *Cuyo* señor Azuara estaba en un error», p. 163), forma que en otras ocasiones es sustituida por *el que* («se llenaron de barro las habitaciones [...]. *El que* después de haberse secado», p. 101; «cultivo de los intereses que teníamos; *los que* no se podían cultivar bien», p. 56; «fui a casa de don Eduardo Naval [...]. *El que* me contestó», p. 168). Fruto de la inmediatez comunicativa es, por otra parte, la ausencia de las necesarias preposiciones que preceden al relativo cuando funciona como complemento circunstancial dentro de su oración («del país *que* él hacía sus correrías», p. 76; «posada *que* acudían», p. 129; «Gandesa era uno de los pueblos *que* había guarnición», p. 86; «una fiebre [...], *la que* entre otras muchas personas falleció mi padre», p. 56).

Abundan también los ejemplos en los que el sustantivo *necesidad* se complementa con una perífrasis formada por el infinitivo *haber* unido a otro infinitivo mediante la preposición *de*, construcción

39 La *Gramática* académica considera incorrectas las construcciones en las que el sustantivo al que modifica *cuyo* reitera el antecedente (*vid.* Real Academia Española-Asociación de Academias Americanas, *Nueva gramática de la lengua española*, 2 vols., Madrid, Espasa Libros, 2009, p. 1589). En su lugar, el relativo *cual* se usa precedido de artículo en el español actual, como también se observa en las Memorias («les aconteció una grave enfermedad *de la cual* murieron los dos en muy pocos días», p. 147), aunque constan igualmente ejemplos sin artículo («Pero comprendo que adolezco de un defecto, *cual* es el de no hacerles muchos cariños», p. 58; «acudieron a un medio muy contrario a la buena moral, *cual* fue el hacer presa a su madre», p. 82) que, incluso, en alguna ocasión equivalen al adverbio relativo *como* («quería que sus alumnos dieran las lecciones *cual* él deseaba», p. 54).

modal de obligación en la que podría prescindirse del auxiliar, puesto que su valor ya es aportado por dicho sustantivo: «se ven en la *necesidad de haber de buscarse* la vida» (p. 69); «nos vimos en la *necesidad de haber de vender* algunos campos» (p. 117); «me veré en la triste *necesidad de haber de ir* a ganar» (p. 117); «viéndome en la *necesidad de haber de buscar* otros medios para ayuda de los gastos» (p. 126). Añadiremos, además, que por interferencia del catalán podría explicarse el empleo que de las preposiciones *a* y *en* se observa en algunos enunciados: «encerrados *a* la cárcel» (p. 60); «estaba *a* la calle de Dormer» (p. 128)⁴⁰.

La construcción del discurso

Dentro de este apartado cabe referirse, en primer lugar, a la notoria ausencia de la conjunción *que* en las proposiciones sustantivas dependientes de verbos como *creer*, *parecer*, *ser*, *suceder* o *ver* («*creo estaba* mal fundada su pretensión», p. 67; «*parece hubiera sido* muy fácil su exterminio», p. 75; «*Es fácil sea* también debido a la buena índole que siempre han demostrado», p. 58; «Muy bien *puede suceder no lo podamos conseguir* hasta la terminación de aquella desastrosa guerra», p. 192; «*veía se le venía* encima la jefatura de todas las facciones», p. 83). Pero resulta más llamativa, sin duda, la aparición de determinados recursos sintácticos mediante los cuales Francisco Foz da coherencia a su exposición. Ciertamente es que la sintaxis de las *Memorias* no presenta en apariencia gran complejidad, organizada con frecuencia en oraciones simples separadas por un punto. El autor se esfuerza, desde esta presentación formal, en engarzar los distintos juicios oracionales dentro de un mismo pensamiento, aunque algunos de ellos deberían haber sido expresados con autonomía propia, por tanto desprovistos de marcadores discursivos, y en otros casos podría haberse señalado la dependencia lógica de unos juicios con otros mediante la simple coma: «Fórnoles, mi pueblo natal, como está situado en una altura y a tres cuartos de hora de la carretera que dirige de Alcañiz a Morella, quedó enclavado en el acordnamiento que pusieron los carlistas frente al de Espartero. *Al que* le alojaron en batallones de tropa, que apenas cabían en pie. *Porque* en

40 Para los usos de las preposiciones *en* y *a* en esta lengua, *vid.* DCVB, s. vv.

aquella época apenas contaba 600 habitantes. *Por lo* que regularmente fue uno de los más castigados en las últimas [...] de la guerra civil», p. 98). Como acabamos de señalar, son los marcadores discursivos los que van dilatando la cohesión de esos juicios que, en bastantes ocasiones, podrían haberse formulado de manera independiente. Entre dichos marcadores discursivos cabe citar, por su reiterada aparición, los pronombres relativos («Por medio de oposición obtuvo la cátedra de dicha ciencia en la Universidad de Zaragoza. *La que* al principio no pudo aceptar», p. 50), a veces acompañados del antecedente o de otro sustantivo que lo representa («que se sirviese aceptar una pequeña pensión de su bolsillo particular [...]. *Pensión que* cobró mientras vivió», p. 78; «De esto resultaba que los tenían que mantener, sostener y guardar los habitantes de aquel país. *Sufrimientos que* parecían insufribles» p. 55) y los gerundios («Esto costaba muy fuertes castigos a los niños. Y más en aquellos tiempos que se castigaban sin compasión. *Dándoles* fuertes zurras a culo descubierto» p. 51).

Deben destacarse asimismo las construcciones introducidas por el participio *referente* seguido de la preposición *a* («*Referente a* las nociones históricas del actual siglo, solo me refiero a los hechos más notables», p. 48) y los participios absolutos seguidos por la conjunción *que* («Sobre 40 días de asiduos trabajos me costó el escribirla y pasarla en limpio. *Terminada que fue*, la remití con pliego cerrado y firmado por mí a la mencionada Academia», p. 151). Además, se registran algunas locuciones conjuntivas en cuyo empleo se observan ciertas diferencias formales respecto al español actual: por ejemplo, las adversativas *no obstante (de)* y *sin embargo (de)* más complemento nominal («*No obstante* su amenaza, por entonces no la pudo conseguir», p. 86; «no obstante de ello, los padres no pueden heredar», p. 70; «*Sin embargo de* este fracaso, no desistió en su intento», p. 86;) o la modal *como así*, con énfasis expresivo («para que en lo sucesivo le obedecieran todo lo que mandase, *como así* sucedió» p. 84).

Final


Concluimos ya estas breves notas lingüísticas acerca del valioso texto autobiográfico en el que Francisco Foz narra su peripecia vital y da cuenta de los acontecimientos históricos más relevantes que tuvieron lugar en la España del siglo XIX, especialmente del desarrollo de las

guerras carlistas en las comarcas del Bajo Aragón, Matarraña y Maestrazgo. Se refleja en las *Memorias* la personalidad del autor, caracterizada por un extraordinario afán de superación si recordamos la escasa formación que había recibido en su juventud, y su empeño, tras haber superado los 30 años, en labrarse un futuro como veterinario, para lo que tuvo que afanarse en el estudio a la vez que se esforzaba en sacar a su familia adelante.

Desde un punto de vista lingüístico, el manuscrito de las *Memorias* presenta algunas deficiencias formales y, por otra parte, su sintaxis no es muy elaborada. En el vocabulario conviven elementos cultos con otros populares; aparecen –como es lógico– palabras que hoy nos resultan anticuadas; y se registran unos pocos catalanismos y un puñado de aragonesismos, vivos todavía en nuestra región. Destaca asimismo la presencia constante de expresiones, dichos y frases hechas que confieren al texto viveza, frescura y un alto grado de espontaneidad.

Si en una primera lectura las *Memorias* nos cautivaron por el contenido y, a la vez, atrajeron nuestra atención desde un punto de vista lingüístico, debemos reconocer que conforme volvíamos al texto desde nuestros conocimientos filológicos, encontrábamos más y más rasgos en la expresión de Francisco Foz merecedores de ser comentados. En estas pocas páginas damos cuenta de algunos de ellos –los que hemos considerado más significativos– con el propósito de que el lector pueda acercarse de manera más provechosa a este curioso e interesante texto que la Institución «Fernando el Católico» ha querido recuperar, acertadamente, más de un siglo después de que fuera redactado.

Rosa M.^a Castañer Martín
José M.^a Enguita Utrilla



Criterios de transcripción

Los criterios que se han seguido en la transcripción del manuscrito han sido –además de respetar íntegramente los datos proporcionados por el autor, aun en los casos en los que se advertía alguna inexactitud histórica– facilitar la lectura del texto y conservar su estilo. Así pues, los transcriptores acordaron respetar la sintaxis del relato, en numerosas ocasiones ciertamente complicada, a fin de no alterar en absoluto el estilo narrativo de nuestro antepasado, salvo en el caso de algún retoque en puntuación, y han llevado a cabo las correcciones ortográficas necesarias.

Los tres puntos entre corchetes indican que los transcriptores no han podido descifrar la palabra; se usan también los corchetes para introducir modificaciones en el texto original con las que se corrige algún error evidente. La cursiva se utiliza para marcar las palabras que, dada su ilegibilidad, no es seguro que se correspondan con lo que el autor quería decir.

Eugènia Foz Serrà
Xavier Foz Sala

*Mis
memorias*

Edición del texto

42

Mei memorias
ó
sea biografía de D. Francisco Jozz
escrita por sí mismo, con sus peque-
ñas nociones de historia de España
en el presente siglo. Especialmente
sobre la guerra civil de 1833 al 1840
en el bajo Aragón, Maestranza de Alca-
zella y parte de Cataluña.

Año 1874.

Francisco Jozz

Advertencia. En estas memorias, regularmente se
observarán algunas inexactitudes en los sucesos y un
par de faltas de ortografía. Decíase lo primero, á que
para escribir las, no he tenido á la vista ningún li-
bro ni apuntes, ni he consultado con ninguna persona.
Lo segundo á mis recuerdos. Yo seguí á la es-
cuela de educación que recibí en mi juventud. Después que
cuando contraje matrimonio á la edad de 18 años, tan ape-
nados solía leer. Así es que si algo he aprendido en mi
edad adulta, ha sido á costa de mi opinión, de los otros y tra



Mis memorias

O sea biografía de don Francisco Foz escrita por sí mismo, con unas pequeñas nociones de historia de España en el presente siglo, especialmente sobre la guerra de 1833 al 1840 en el Bajo Aragón, Maestrazgo de Morella y parte de Cataluña.

Año 1895

Francisco Foz

Advertencia

En estas memorias regularmente se observarán algunas inexactitudes en los sucesos y muchas faltas de ortografía. Debido lo primero a que para escribirlas no he tenido a la vista ningún libro ni apuntes ni he consultado con ninguna persona, todo es debido a mis recuerdos. Y lo segundo, a la escasa educación que recibí en mi juventud. Así es que cuando contraí matrimonio a la edad de 18 años tan ape-

nas sabía leer. Así es que, si algo he aprendido en mi edad adulta, ha sido a costa de mi afición, desvelos y trabajos. Por lo que suplico a mis lectores tengan indulgencia conmigo.

Por no incurrir en ninguna inexactitud manifiesto que tan solo sobre don Andrés Piquer y fray Josef Bosque he consultado sus biografías.



Prefacio

No esperéis, mis amados lectores, encontrar en esta pobre historia hechos míos que llamen la atención del público, como sucede en las novelas e historias de hombres célebres por sus luchas y travesuras, y que están escritas para instruir y deleitar al hombre. Tal que hechos de grandes guerreros, salteadores de caminos, heroicidades sucedidas en los mares, hechos sobrehumanos sucedidos por cuestiones amorosas que tanto dominan a la humanidad, cohechos e infracciones de leyes en los asuntos políticos, etc. Aquí, respecto a mí, no encontraréis más que hechos que caben dentro de la buena moral. Si bien algunas travesurillas y variación de pensamientos, con objeto de contrarrestar la escasez de mi fortuna para poder atender a mis necesidades y las de mi familia. Cuyos cabildeos, si bien no me han proporcionado un bienestar cómodo, al menos me han deparado los medios suficientes para poder dirigir y educar mi familia, concediéndoles medios de vida adecuados a su clase; y especialmente a dos hijos, que a uno le he costado la carrera de Medicina y al otro la de Veterinaria. Pero que por no estar conforme con ella este último por envidia de la de su hermano que le parecía mejor, hoy sigue la ca-

rrera eclesiástica, y que Dios mediante la concluirá en el año 1896. (La ha abandonado y se ha casado).

Referente a las nociones históricas del actual siglo, solo me refiero a los hechos más notables, descritos a grandes rasgos y especialmente a los de Aragón, Cataluña y Valencia.

Para poder facilitar los estudios de estas *Memorias*, lo he dividido en seis épocas. La 1.^a comprende desde mi nacimiento hasta que contraí matrimonio y comprende 18 años. La 2.^a, desde los 18 años hasta la terminación de la guerra civil, en el año 40, sostenida entre liberales y carlistas, habiendo durado 7 años, la que costó muchas vidas y haciendas, solo por la ambición de unos cuantos políticos y fanáticos. La 3.^a comprende desde el año 40 hasta el 54, fecha en que emprendí a estudiar la carrera de Veterinaria. La 4.^a comprende desde el año 54 hasta el 57, tiempo que duró mi carrera. La 5.^a, desde el 57 hasta el 92, tiempo que ejercí la profesión. Y la 6.^a, desde el 92 hasta el 96, en la que he estado retirado en Zaragoza sin ejercer mi profesión, efecto de mis achaques y mi avanzada edad de 76 años.



1ª ÉPOCA

CAPÍTULO 1

Mi nacimiento y mis ascendientes

En un pequeño y antiquísimo pueblo en un rincón de la desamparada provincia de Teruel llamado Fórnoles y en el año de 1818, nací de padres que, aunque de escasa fortuna, llevan un timbre de gloria por su honradez desde tiempo inmemorial. Familia que figuraba muchas veces entre las gentes que llevaban el gobierno y dirección de la población.

Mi pobre señor padre, llamado Venancio, nació en el año 1795, y a la temprana edad de 26 años adquirió una grave enfermedad, la que después de muchos sufrimientos le condujo al sepulcro. Quedando mi señora madre viuda cuando no contaba más que 23 años de edad.

La familia de mi padre se componía de dos hermanas y tres hermanos. Estos, el uno se llamaba Ramón y el otro Braulio. El primero estudió latín y principios de filosofía eclesiástica, con intención de hacerse sacerdote. Pero como el hombre compone y Dios dispone, resultó que no pudo continuarla, adquiriendo luego matrimonio, del que obtuvo familia, que algunos de ellos llegaron a la edad de

15 a 20 años, los que luego murieron, siguiéndoles luego su madre. Con lo que quedó mi señor tío viudo, siendo algún tanto joven.

Como estaba bien impuesto en la lectura, escritura y aritmética, tomó la secretaría del pueblo, en ocasión en que ardía la guerra civil de los siete años, causa por la que, a consecuencia de haber dado un parte a las tropas leales referente a los carlistas, que cayó en manos de estos antes de haber llegado a su destino, le propinaron una solemne paliza en la plaza del pueblo, que todos creíamos que no resistiría. Causa por la que renunció a la secretaría y se dedicó a concluir la carrera eclesiástica que en su juventud había principiado, la que concluyó a la edad de 49 años y que aún disfrutó 14 años, hasta su fallecimiento.

El segundo, o sea el Braulio, que nació en el año 1791, lo dedicaron también sus padres a los estudios de latín y filosofía. Al principio manifestó muy poca aplicación a las letras. Pero sus padres tenían determinado el que siguiera alguna carrera, por lo que tanto ellos como sus maestros se vieron en la necesidad de haberlo de reprender agriamente y propinarle algunos castigos. Con lo que se vio obligado a mudar de modo de pensar y aplicarse a estudiar. Lo que hizo de tal modo que muy pronto dio a conocer que era una notabilidad en la república de las letras.

En medio de sus afanes estudiantiles, tuvo que tomar las armas en defensa de la patria, porque los franceses la habían invadido en el año 1808.

En una acción que se dio en Lérida (un ataque) fue hecho prisionero y llevado a Francia, circunstancia que en medio de su cautiverio le sirvió para que aprendiera la lengua francesa y otras asignaturas que luego, a su regreso a la nación patria, le sirvieron de mucho para continuar sus estudios.

Por fin, después de mil penalidades y sufrimientos políticos, pudo concluir la carrera de Filosofía y Letras. Por medio de oposición, obtuvo la cátedra de dicha ciencia en la Universidad de Zaragoza. La que al principio no pudo aceptar, pero que luego más tarde la aceptó, la que desempeñó con muy buen éxito hasta una edad muy avanzada. En la que le declararon decano de dicha Facultad. Retirándose luego a la ciudad de Borja a concluir su vejez, en la que contrajo la cruel enfermedad de gota, que después

de agudos sufrimientos le condujo al sepulcro en el año 1865. Su nacimiento fue el año 1791.

Fue famoso latino. Escribió muchas obras, algunas de ellas de mucho mérito y que han sido declaradas textos universitarios. Ha publicado muchas, pero se han quedado muchas otras sin publicar.

Las hermanas, llamadas M. Rosa y Valeria, contrajeron luego matrimonio, las que con su aplicación al trabajo pudieron obtener los medios necesarios para vivir decentemente. Las que fallecieron también a una edad bastante avanzada.

Mi señora madre, al verse viuda tan joven, se amparó en sus padres, los que le demostraban mucho cariño. Pero siendo de una edad tan temprana y al mismo tiempo algo agraciada, no faltó luego quien la solicitó por esposa. Comprendiendo ella que el partido no era despreciable, y siguiendo la ley de la naturaleza, concedió la mano por esposa a un joven que reunía bellas cualidades.

A la sazón había cumplido yo 6 años de edad. Tiempo oportuno para principiar a ir a la escuela, como así lo dispusieron mis padres.

Emprendí, pues, con el abecedario, cartilla y demás libros que se estudiaban en aquella época en primera enseñanza. No era yo de los más torpes en la escuela, pero comprendía que no hacía grandes proezas en mis estudios. Regularmente, la causa fuese el mal método de enseñanza que en los primeros años de este siglo se seguían. Probándolo con un dato, que con él solo basta para comprender este aserto:

En el momento en que los niños habían aprendido el abecedario y algo el silabario, los pasaban a leer lo que entonces llamaban el catón. Y una de las primeras lecciones que habían de dar era lo que llamaban «la aprenderás», cuya lección es verdad que era breve. Pero de letra tan metida, que los niños ni aun las letras de que se componía podían comprender. Pero por su brevedad la aprendíamos todos de memoria, porque nos la enseñábamos de unos a otros. La lección decía así al pie de la letra: «Aprenderás la lección que te enseñará el maestro, niño, yo te doy mi fe que en leer saldrás muy diestro». Esta, como era una coplilla, la aprendíamos con facilidad de memoria. Pero si nos mandaban leerla en el libro, especialmente las primeras veces, éramos muy pocos los que la leíamos bien. Esto costaba muy fuertes castigos a los niños. Y más en aquellos tiempos que se castigaba sin compasión. Dándoles fuertes zurras a culo descubierto,

montados en las espaldas de otro niño, con unos azotes de muchos y fuertes ramales, que no sé si los que azotaron a Jesucristo serían mucho más fuertes. Así es que algunos niños se iban a casa con el cuerpo ensangrentado y medio arrancadas las orejas a fuerza de tirones que habían recibido en ellas por el maestro. Motivo por el que algunos niños a causa del terror que les incurría los castigos de la escuela, procuraban evadirse de ir a ella escondiéndose, y al salir los otros de la escuela, se iban a casa, diciendo a sus padres con mentira que salían del estudio.

Así es que el que en aquel tiempo tenía vocación para ir a la escuela ya podía decirse que era de buena índole y buena disposición.

Respecto a mí, puedo jactarme en decir que hasta los 10 años en que dejé de ir a la escuela tan solo una vez me escondí debajo de unas artesillas por no ir a la escuela, diciendo después a mis padres que me había sabido muy bien la lección.

Por fin, a la edad de 10 años, mis padres me sacaron de la escuela, que con anuencia de mis tíos, los hermanos de mi difunto padre, determinaron estudiase Latinidad, como mi tío D. Braulio, que por revueltas de la política se encontraba en el mismo pueblo. Pero para ello haremos capítulo aparte.



CAPÍTULO 2

Mi infancia y primera educación

No fue muy halagüeña mi primera infancia, porque como mi madre contrajo segundo matrimonio, luego obtuvo más familia, y como yo fui el primer hijo que tuvo, y como no contaba con medios para tener una sirvienta, las horas que me quedaban libres fuera de la escuela, tenía que dedicarlas a la guarda y custodia de otros hermanos míos que vinieron al mundo tras de mí, para que entre tanto pudiera mi madre dedicarse a despachar las faenas que incumben a las mujeres.

Algunas travesurillas sucedieron en esta guardería. Pues mientras yo me juntaba con otros niños con objeto de jugar, correr y divertirme, dejaba la criatura que guardaba sentada en el suelo con algún arrimo para que no se lastimase. Pero si bien la idea era buena, no era suficiente precaución para preservar del peligro que la pudiera suceder. Como sucedió dos o tres veces, que fueron pisadas por caballerías que venían corriendo por la calle, causándoles algunas lesiones, aunque de poca importancia. Y aquí venía después el mentir e inventar mentiras y patrañas ante mi madre para hacerla ver que

aquello había sido debido a causas muy distintas de las que lo habían originado. Todo con el fin de evitar un fuerte castigo que me hubiera propinado, porque era muy buena y amante de sus hijos. Pero era algo fuerte para castigar nuestras faltas. Y este es el modo como los padres deben educar a sus hijos. Quererlos mucho y desvivirse por ellos. Pero no darles muchos vicios como sucede con frecuencia, castigándoles siempre que lo merezcan con arreglo a sus faltas. No consentirles caprichos que pueden serles perjudiciales para su porvenir y el de su familia.

Llegó por fin el momento en que principié mis estudios de latín ante mi señor tío Braulio. Pero dicho señor era de un genio fuerte sui géneris, que quería que sus alumnos dieran las lecciones cual él deseaba. Y si bien yo me aplicaba todo lo posible, no tanto que pudiera satisfacer sus deseos. Así es que un día que no la supe bien me mandó estudiarse la fábula de Esopo titulada «El hombre bueno y el hombre falso» para que al otro día la diese sin ninguna equivocación. Cuya fábula principiaba en «El hombre bueno y el hombre falso iban de compañeros por el mundo y llegaron a su país, que se llamaba el País de los Monos...»; pero al llegar a este punto al dar la lección, yo en lugar de decir *país*, dije *pas*, no porque no supiera lo que decía, porque lo sabía de memoria, sino por apresurarme en la lectura. No me permitió mi tío que continuara leyendo. Dándome una fuerte reprensión y diciéndome que cómo quería yo aprender latín cuando no sabía leer. Esto no era cierto, porque precisamente era de los niños más avanzados de la escuela. De lo que daré pruebas de ello en la descripción de estas *Memorias*. Pero a tanto llegó su impaciencia que me dijo: «Diles a tus padres que tú no sirves para estudiar, que eres mejor para pastor». Aquí fue regularmente donde se eclipsó mi buena estrella. Porque yo, en cuanto llegué a mi casa, relaté a mis padres lo que mi tío me había dicho, incluso lo de pastor, de lo que no hicieron ningún sentimiento. Porque comprendí que aún les fue grata la noticia, especialmente a mi padre político, que regularmente trataba de sacar de mí todo el partido posible a favor de la casa. Por aquello de que donde no hay sangre no se necesitan venas.

Al efecto, no transcurrió mucho tiempo hasta que compraron un pequeño rebaño de ovejas, dedicándome a su guarda y custodia. Seis años duró mi vida pastoril, dedicado a vivir por los montes, sufriendo

las inclemencias del tiempo y las fuertes molestias que tal oficio reporta. Olvidando entre tanto poco menos que por completo los rudimentos que había aprendido en la escuela de primera enseñanza.

Hay algunas personas que dicen que el oficio de pastor es muy sano y muy bueno. A lo primero contestaré que tienen algo de razón por el ambiente tan puro que respiran. Pero respecto a lo segundo, les diré que quisiera que fueran pastores ellos, aunque no fuera más que un año. Para que disfrutaran de las dulzuras de tan buen oficio. Pero me parece que muy pronto se habrían de cansar de ello. Al ver las incomodidades y privaciones que el tal oficio reporta. Comiendo la mayor parte del año migas de pan crudo adobadas con sebo, que la mayor parte de las veces está rancio y corrompido. Algunas veces comen carnes mortecinas de enfermedades pútridas y carbuncosas, produciéndoles contagios que algunas veces les causan la muerte. Otras veces las reses se mueren de flacas, y entonces pueden hacer cuenta los pastores que la carne que comen son tendones y correones de *aborquizos*. De modo es que cuando mejor libran es cuando comen leche y queso. De vino también hacen poco gasto. Pero no es porque no les guste, sino porque no tienen, y si alguno quiere probar este aserto, no tiene más que entregarles una vasija llena de tinto, y si es de cuero verá cómo respira algunas veces mientras la tiene empinada y qué estreñidas quedarán las tripas de la bota.

Después de seis años de pastoreo, llegamos al año 33, en el que por la muerte del rey Fernando VII se declaró la guerra entre liberales y carlistas, guerra fratricida y devastadora que asesinó el país produciendo mucho derrame de preciosa sangre y pérdidas de mucha consideración, porque duró 7 años.

Los carlistas, durante el tiempo de la guerra estuvieron muchas veces en alta y baja, sufriendo los pueblos las consecuencias que de ello resultaban. Pero especialmente en el Maestrazgo de Morella y Aragón, por ser país muy montuoso, y los habitantes eminentemente carlistas, por lo que les servía de fuertes albergues de sus correrías. De esto resultaba que los tenían que mantener, sostener y guardar los habitantes de aquel país. Sufrimientos que parecían insufribles. Pero parecía que Dios daba el trabajo y la medicina.

Con estas penalidades llegamos al año 34, en que mis padres, a causa de que los ganados se los iban comiendo las tropas leales y los

carlistas, especialmente estos últimos, determinaron vender el ganado, cesando por lo tanto mi vida pastoril.

Desde aquel momento me dedicaron al trabajo de agricultor, que, por cierto, como yo no había hecho nunca aquel oficio, me causó algo de novedad, resintiéndose mi cuerpo de aquel pesado trabajo, hasta que poco a poco fui acostumbrándome a él sin que hubiera otro remedio, porque dependíamos de la agricultura.

Una coincidencia dio lugar a que yo me viese más obligado a los trabajos de agricultor. Una fiebre maligna tifoidea invadió el pueblo, la que entre otras muchas personas falleció mi padre político. Causa por la que quedó mi madre otra vez viuda siendo aún muy joven, con tres más de familia del segundo marido.

Así pues, aunque yo no contaba entonces más que 16 años de edad, y a pesar de tener poca disposición para el cultivo de los campos, no tuve otro remedio que encargarme de ello. Porque en casa no se podía disponer de medios para poder tener un sirviente para que ayudara al cultivo de los intereses que teníamos. Los que no se podían cultivar bien, porque los paisanos teníamos que estar constantemente prestando servicios a los guerreros: tal que bagajerías, llevar pliegos, hacer centinelas de noche y de día, mantenerlos, especialmente a los carlistas, dándoles camisas, alpargatas y otras cosas. Y si no se les daba, se lo tomaban ellos a la mayor fuerza. Habiendo muchos casos que quitaban las mantas de abrigo de encima de los que las llevaban, así como las alpargatas y los zapatos de las mujeres que llevaban puestos en los pies, como a mí me sucedió por dos veces. Hasta que poco a poco pudieron hacerse algo fuertes. Pero si entonces no acudían a los extremos que acabo de manifestar, acudían al remedio de pedir raciones de todas clases de alimentos y trimestres de contribución sin cuento, porque hubo años que pidieron hasta 8 o 9 trimestres, amén de lo que se tenía que pagar al gobierno cuando podían acudir a cobrarlo.

Razón por que la miseria se hacía general y especialmente en mi casa por falta de una buena dirección y administración de los campos.

En este estado las cosas y habiendo cumplido yo 18 años de edad, la familia de mi padre, o sea, sus hermanos, me aconsejaban que me casase. Porque tanto el gobierno como los carlistas, se llevaban a

todos los jóvenes para la guerra, quedando desde luego muy expuestos a morir por los efectos de la pelea.

Así pues, después de haber tanteado algunas jóvenes que me parecían aptas para ser alguna de ellas mi compañera, elegí una sumamente joven, pues no contaba más que 14 años de edad, la que me pareció que reunía circunstancias favorables para mí, porque sus intereses se venían a igualar con los míos. Además, tenía una tiendecita en casa que producía algunas utilidades. Con la ventaja que era sola de familia, y hasta una condición simpática, que es el llamarse de nombre Francisca y yo Francisco.

Esta, pues, ha sido y es en la actualidad después de 48 años de matrimonio, mi compañera de goces, fatigas y trabajos. La que me ha dado un buen número de hijos, que ascienden a 4 hijas y 7 hijos, total 11 de familia. Ha sido y es muy cuidadosa de sus hijos y trabajadora en sus obligaciones. Ayudándome a conllevar nuestros contratiempos, si bien algo fuerte de genio, con algunas rarezas sui géneris, que la han llevado muchas veces a ser poco indulgente para perdonar los castigos de sus hijos cuando han sido merecedores. Y respecto a mí, sin embargo de haberme apreciado mucho, han mediado algunas cuestioncillas que han producido desagrado entre los dos, pero no malas consecuencias, como observo que sucede entre la mayor parte de los que se han unido en matrimonio.

De los 11 hijos, en la actualidad solo viven 4, dos hijos que hace algún tiempo están casados. Los que con su trabajo reúnen los medios suficientes para poder vivir.

A los hijos, al primero llamado Lázaro le hemos podido dar la carrera de Medicina. Al que le favorece algo la fortuna. Por cuya causa puede alimentarnos a su madre y a mí. Porque por nuestra avanzada edad de 73 años mi esposa y de 77 yo, no podemos ganarnos nuestra subsistencia. Especialmente yo, que a los 36 años de edad me hice veterinario, como más adelante demostraré por más extenso. Profesión que ya no puedo ejercer por no permitírmelo mi salud y mis fuerzas físicas.

Al otro hijo, llamado Vicente, le dimos la carrera de Veterinaria, con objeto de que pudiera ayudarme en mi vejez si llegaba a ella. Profesión que, tanto los estudios como la práctica, la ejerció con poco gusto. Regularmente por parecerle que era mejor la de su her-

mano. En tales términos, que a los 5 años de prácticas la abandonó emprendiendo la carrera del sacerdocio; que si no hay novedad, para el mes de julio del año 96 ya la habrá concluido, con lo que podrá ayudarnos a nuestra subsistencia, si es que Dios nos concede la vida por algún tiempo (ya he manifestado que la abandonó).

Respecto al tratamiento que he usado en la infancia con mis hijos, diré: que los he querido y apreciado mucho y, si no, díganlo los grandes servicios que he hecho por ellos para buscarles su bienestar. Pero comprendo que adolezco de un defecto, cual es el de no hacerles muchos cariños y como todos, como hacen otros padres, consintiéndoles con ello muchos vicios y contemplaciones, los que muchas veces son causa de grandes disgustos para sus padres y perjudiciales para ellos mismos. Yo no les he consentido caprichos más que los que permite la buena educación. Los he corregido fuertemente cuando han sido merecedores de ello, pero castigarlos corporalmente lo he hecho muy pocas veces, habiendo bastado mi seriedad de carácter para que marcharan por buen camino. De lo que estoy lleno de satisfacciones, porque comprendo que nos aman entrañablemente, tanto a su madre como a mí. Es fácil sea también debido a la buena índole que siempre han demostrado.



2ª ÉPOCA

Que comprende desde el año 37 hasta el año 40

CAPÍTULO 3

Mi casamiento y sucesos consiguientes

Al tiempo de contraer yo matrimonio, tuve que dejar a mi madre poco menos que abandonada, viuda aún algo joven, con tres hijos pequeños que le habían quedado del segundo marido, y si bien contaba con intereses suficientes para sostener los gastos de su casa, como no había quien dirigiese y cultivase los campos, además los muchos gastos y contribuciones que ocasionaba la guerra, llegó a sufrir los efectos de la falta de medios para el sostenimiento de su familia.

Bien tenía yo buenos deseos de asistir en sus necesidades, porque en mi casa estábamos en mejor situación. Pero mis padres políticos me lo prohibían terminantemente, diciendo que bastantes gastos teníamos que sostener con los gastos de casa y los que originaba la guerra.

Encontrándose mi pobre madre en tal estado ruinoso, se le proporcionó un tercer enlace con un hombre que, si bien escaso de fortuna, era de muy buena índole y de corazón muy sano como vulgarmente se dice.

Este principió a cultivar la tierra, dándole los consiguientes productos. Pero como los gastos eran muchos, porque aún tuvieron dos de familia y la casa estaba empeñada, iba todo al derrotero. Máxime cuando los hijos del segundo matrimonio se iban acomodando y llevándose la parte que a cada uno correspondía de la parte de su padre, que era la más considerable.

De una edad ya algo avanzada mi madre, y como le quedaran pocos recursos para la vida, tuvo que aplicarse al oficio de costurera, que le proporcionaba algunos pequeños recursos. Su esposo contribuía también con lo poco que les producían sus cortos intereses y algo si ganaba por algún otro concepto.

Así fueron viviendo llenos de privaciones hasta la edad de 66 años, en que falleció mi madre llena de resignación cristiana. Por lo que creo está gozando de las delicias del cielo.

Comprenderán mis lectores que no he hecho mención de la familia de mis abuelos maternos hasta ahora. Pero es debido a que su historia no es tan notable como la de los paternos. Pero no obstante diré que fueron muy honrados y apreciados en la población, que mi abuelo fue tres veces alcalde del pueblo, el que desempeñaba con mucho celo y bastante rigor. En tales términos que al concluir la guerra civil el año 40, fue alcalde y capitán de la compañía de milicia nacional que había en el pueblo. El que encontrándose revestido de estas dos autoridades, pudo poner el pueblo en paz y armonía, que bien lo necesitaba por estar sumamente desbordado por efecto de la guerra. No sin que se viera algunas veces obligado a tener encerrados a la cárcel a los más revoltosos, y llevar a la cárcel correccional a los más criminales. De lo que le daban las gracias las personas sensatas, al ver la gran tranquilidad que se observaba en el pueblo.

Mis abuelos contaban con una dilatada familia, que llegó al número de 19 o 20 hijos, pero que no llegaron a perfección más que 8. La casa poseía muy buena finca, pero como al casarse los hijos se llevaba cada uno un tirón, resultó que la casa se quedó desmantelada. En tales términos que habiendo sido la que había más familia del pueblo, hoy está cerrada por efecto de haberla dividido en algunas fracciones que en ninguna de ellas se puede vivir.

Mi luna de miel, o sea, mi noviciado en el matrimonio, no fue tan halagüeña como por lo general sucede a muchos. La principal causa

regularmente dependía de que como mi otra mitad solo contaba 14 años de edad, y como era sola de familia, sus padres la tenían muy contemplada, por lo que ella estaba muy encaprichada con ellos. Llenándoles de juegos y caricias propios de su edad. Dejándome abandonado y sin hacer caso de mí. Para agravar más mi situación, se encolerizaron sus padres contra mí porque decían sacaba lo de casa para dárselo a mi madre. Y aunque en esto había algo de verdad, no en tales términos que con ello hiciera desmerecer la casa. Agréguese a esto una fuerte indigestión que contraí, efecto de una comida de caracoles mal condimentados, que me tuvo mucho tiempo enfermo, cuya enfermedad la atribuían mis padres políticos a un padecimiento venéreo. Dando además la casualidad de que en aquel tiempo se puso mi esposa enferma, efecto de un fuerte catarro que le duró algún tiempo, cuyo padecimiento lo atribuían al contagio de mi enfermedad venérea que yo le había transmitido. Cosa que sentí mucho, porque, en primer lugar, mi enfermedad mal podía haber sido venérea cuando no había tenido comercio carnal con ninguna persona hasta aquella época. Y en segundo lugar, aun cuando lo hubiese sido, mal podía comunicársela, cuando por miras que no debo manifestar, estaba mi esposa por mi parte tan pura como el día que la parió su madre.

Mi esposa, como veía que sus padres me tenían odio porque no podía reportar utilidades en ayuda de los gastos de casa por efecto de mi enfermedad, seguía las mismas huellas. Así que entre esto y la creencia de que yo le daba mucho a mi madre, determinaron cerrar todas las estancias alimenticias, con objeto de darme tasado lo que yo había de comer.

Por fin pude triunfar de mi enfermedad al cabo de cinco meses de padecimientos, debido a una fuerte purga que me administraron, habiendo echado los caracoles en forma de bolas tan bien conservadas como si los hubiera comido el día anterior.

Mi convalecencia fue breve, efecto de mi juventud, quedando luego apto para el trabajo. Pero, sin embargo, las puertas permanecían cerradas, sin que pudiera tomarme pan cuando quería, por lo que me dieron tentaciones de abandonar el pueblo y marcharme a buscar medios de vida.

Una tía mía, hermana de mi padre, se apercibió de esto, la que por medio de una conferencia que tuvo conmigo me hizo desistir

de tal determinación, aconsejándome que cogiera un hacha y que me pusiera a la puerta donde estaban encerrados los alimentos, que llamase a mi suegro diciéndole que abriese inmediatamente aquella puerta para que yo pudiera tomar alimentos cuando quisiera, porque tan míos eran como suyos, pues de lo contrario iba a romper la puerta a estralazos. Porque yo había aportado al matrimonio muy buenas compras. Además, que como mi suegro no trabajaba, tenía que conllevar yo todos los trabajos de la agricultura.

Mucho les llamó la atención aquella brusca determinación, pero como me vieron determinado a realizarla, abrieron la puerta inmediatamente. La que estuvo en tal estado por mucho tiempo de noche y de día. Cerrándose solo alguna vez con picaporte.

Entretanto, mi esposa se iba haciendo mujer, comprendiendo el amor y las obligaciones del matrimonio. Aunque por ello no olvidaba el amor a sus padres como procede.

De este amor conyugal resultó darme el primer hijo en últimos de diciembre del año 1839. El que no vivió más que un mes.

No pasó mucho tiempo que, por fuertes y repetidas cuestiones que tenía con mi suegro, nos vimos en la necesidad de separarnos, dejando a los abuelos solos. Discordias que dimanaban de que, además de que mi suegro no trabajaba ni prestaba ninguna clase de servicio en bien de la casa, por efectos de la vagancia se había dado al juego y al abuso de los alcoholes, que le trastornaban muchas veces su inteligencia, resultando de ello algunos perjuicios para la casa y la falta de paz y armonía para la familia, cosa que yo sentía mucho, por la doble razón de lo que a mí me había hecho sufrir, como arriba he manifestado.

Pero la divina providencia lo dispuso de modo que muy pronto se concluyeron las cuestiones, volviéndonos a casa a juntarnos con mi suegra, porque mi suegro falleció efecto de una pulmonía.

Como los sucesos de la guerra civil están tan enlazados con los de mi biografía, no puedo por menos de referirlos a grandes rasgos, así no más que los de grande importancia, especialmente los de Cataluña, Aragón y Valencia.



CAPÍTULO 4

Preliminares de la guerra civil de 7 años

Como llevo manifestado, la guerra civil duró 7 años, entre liberales y carlistas. Principió el año 33 y terminó el año 40 del presente siglo.

Muchos volúmenes podrían escribirse si se hubieran de referir todos sus acontecimientos, porque a la verdad son muchos y la mayor parte muy horrorosos y muy sangrientos, por lo que quedó esta desgraciada nación muy sacrificada y destruida. En tales términos, que aún hoy, después de haber transcurrido 55 años, aún no ha podido rehacerse de aquellas grandes pérdidas y aniquilamiento que entonces sufrió. Como lo demuestran algunas ruinas de grandes edificios destruidos por los combatientes, y en especial por los carlistas. Edificios que aún no se han podido levantar por falta de recursos en los pueblos, y si bien es verdad que la nación se ha repuesto algo desde aquella fecha y ha adquirido grados de civilización, no tanto que haya podido quitarse de encima la polilla que delegó aquella devastadora guerra. Regularmente haya contribuido mucho a ello la exuberancia de pagos y gabelas que los gobiernos imponen sobre

sus gobernados. Porque son en tan alto grado que no pueden resistirlos. No quedándoles medios para poder atender a sus primeras necesidades. De lo que resulta que se ven tantas necesidades y miserias. Especialmente entre las personas de escasa fortuna y clases trabajadoras, que son las que preparan los medios de molicie y bienestar a esos aristócratas que tanto derrochan en placeres y devaneos, sin tener en cuenta que aquellos que les proporcionan aquellos opulentos medios de vida no tienen muchas veces un bocado de pan que puedan llevarse a la boca, tanto ellos como sus familias.

Mi ánimo no es más que describir a grandes rasgos los principales sucesos que han podido llegar a mi conocimiento, especialmente en mi país del Bajo Aragón y Maestrazgo de Morella, en donde tan tristes sucesos ocurrieron, por ser el foco de la existencia de los carlistas. Debido a la *accidentación* y escabrosidad del terreno, que tan a propósito es para el objeto. Con la doble ventaja de que la mayor parte de sus habitantes, sin que se explique el porqué, tienen las tendencias carlistas y absolutistas. Si bien hoy ya se van alejando de aquellas ideas, porque comprenden que son poco menos que imposibles y van marchando por el camino que les indican el progreso y la civilización moderna.



CAPÍTULO 5

Se prosiguen los sucesos históricos

Legó el año 33 del presente siglo, en el que a causa de una larga y grave enfermedad, murió el rey D. Fernando VII, de triste recordación para esta desgraciada nación. Y digo de triste recordación, porque por efecto de su gran ambición de mando y poder, e instado por algunos revolucionarios absolutistas ambiciosos, ya se rebeló en El Escorial contra su padre, queriéndole usurpar la corona, cuestión que ya produjo grandes trastornos en la política.

En esta época, la gran ambición y astucia de Napoleón pensó llevar a España sus conquistas, valiéndose de estrategias que la poca capacidad en el modo de pensar de la real familia no comprendieron, por lo que Napoleón, con excusas de llevar su ejército a Portugal, pidió permiso al rey Carlos IV para pasarlo por España, el que le fue concedido. Pero no solo mandó el ejército a su destino, sino que paulatinamente fue mandando tropas francesas a España. Llevándose a Francia toda la familia real, a la que le señaló para su residencia la ciudad de Valencia y con el pretexto de auxiliarla y librarla de los excesos que pudieran cometer con

ella los levantiscos ánimos contra el Rey y su política déspota que entonces reinaba.

Esta falta de precaución en el Rey produjo la triste guerra entre Francia y España, que tanta sangre y enormes pérdidas de intereses costó a la nación. Pero en cierto modo podemos los españoles darnos por satisfechos porque su atrevida ambición por España y algunas otras naciones le costó la pérdida del imperio y más tarde perdió la vida en la inhospitalaria isla de Santa Elena.

Al terminar los anteriores sucesos, el Rey y toda su familia volvieron a España, proponiéndose respetar la Constitución que los liberales habían confeccionado en Cádiz en este espacio de tiempo.

Pero la ambición de D. Fernando por gobernar despóticamente ya se había satisfecho, porque por consejo de Napoleón, Carlos IV había abdicado ya la corona a favor de su hijo.

La entrada de D. Fernando a España la verificó por Cataluña, dirigiéndose por Aragón a Valencia, en donde le esperaba el sicario del despotismo, el general Elío. El que con sus consejos pudo seducirle con facilidad a que no admitiera la dicha Constitución del año 12, y que gobernase absoluta y despóticamente la nación. Cosa que tanto agrada a todos los reyes.

Apoyado, pues, por los déspotas absolutistas y la mayor parte del ejército, principió por apoderarse de las personas que tanto habían hecho en su favor y por la integridad de la patria durante la guerra con Francia, solo porque cometían el crimen de profesar ideas liberales, mandando luego que fueran fusilados bárbaramente unos, ahorcados otros, tal que Riego, el Empecinado y otros. Expatriando a una infinidad y dando fuertes castigos a muchos otros. Desatendiendo entre tanto a la defensa de las posesiones que teníamos en América, que por falta de cuidado se perdieron por completo en el principio de su reinado.

Pero su instinto fue destruir a los liberales, causando muchas lágrimas, llantos y pérdidas de muchos intereses y vidas preciosas de los españoles.

Pero parece que la Providencia dispuso también su muerte en una edad muy temprana, pues solo contaba 49 años cuando murió. Pasando a dar cuenta a Dios de su vida y hechos, que me parece que sería algo larga y estrecha.

¿Pero les parece a mis lectores que con su muerte terminaron los desastres por él causados? Nada más lejos que eso.

Así es. Muerto, como no tenía hijos varones, heredó la corona su primera hija, Isabel II. El hermano del Rey que le seguía era D. Carlos, el que se creyó con mayor derecho a la corona amparándose de sus adeptos y de la Ley Sálica, que había sido promulgada por Felipe V, la que disponía que las hembras no pudiesen reinar en España. Pero yo, en mi escaso conocimiento político, creo estaba mal fundada su pretensión. Porque D. Carlos IV la había abolido durante su reinado, si bien no la había sancionado, cosa que tuvo que hacerla D. Fernando VII poco tiempo antes de morir. Al ver que de ser así se quedaba su hija sin corona, porque pasaba a las sienes de D. Carlos V.

Pero sin embargo de ello, D. Carlos arrojó por todo emprendiendo aquella desastrosa guerra que tan tristes recuerdos había de dejar en la nación.

Como Isabel II no contaba a la muerte de su padre más que 3 años de edad, fue preciso nombrar una regencia hasta que se la declarase mayor de edad. Al efecto, fue nombrada su madre, doña Cristina, cosa que también hoy sucede por la corta edad del rey D. Alfonso XIII, que se nombró a su señora madre hasta que tenga la edad legal. Y ojalá que las señoras mujeres que han desempeñado la más alta magistratura de la nación lo hubiesen hecho con el celo y la honradez que ella lo hace. Por lo que se ha captado el aprecio y estimación de los españoles.

Entretanto, D. Carlos tuvo conferencias con los liberales sobre el negocio de la sucesión a la corona. Pero como no hubo avenencia, estalló la guerra civil.

El gobierno se preparó con tropas y demás aprestos de guerra para contrarrestar las intentonas de los carlistas. Y estos por su parte hicieron fuerzas sobrehumanas con el mismo fin.

D. Carlos, después de muchas conferencias celebradas con su familia y amigos, se fue a Provincias Vascongadas, Navarra y algunos otros puntos, en donde su presencia, sus alocuciones y promesas en que les respetaría sus fueros y defendería la religión católica, hizo muchos adeptos, como sucede siempre que políticamente se tocan dichas cuestiones. Porque en esa parte son unos verdaderos fanáticos.

La mayor parte de las personas que se prestaron para capitanear las fuerzas que se acogieron a secundar las ideas de D. Carlos procedían de la guerra habida en los años 20 al 22 que sostuvieron entre liberales y los que entonces llamaban realistas. Los primeros querían implantar ya el gobierno democrático, y los segundos sostener el absolutismo, cuestión que decidió su numeroso ejército de 10 000 hombres, que el rey de Francia mandó a España a favor de los realistas. Avalancha que los liberales no pudieron sostener.

A los jefes procedentes de los realistas, que al terminar aquella guerra habían quedado excedentes, el gobierno determinó que se les diera la paga correspondiente, como jefes en estado de reserva.

De estos, pues, echó mano D. Carlos. Lo que aceptaron con gusto, porque de lo contrario se quedaban sin paga.

De mi pueblo había dos que cobraban la paga de segundos tenientes. Los que también empuñaron las armas a favor de D. Carlos. Los que por cierto fueron muy desgraciados, porque el uno murió acuchillado por la caballería del gobierno en el pueblo del Mas de las Matas, y el otro fue hecho prisionero en el ataque de Horta y luego fusilado en las eras de Alcañiz.

De modo que, en medio de que mi pueblo era el paradero de los carlistas, no dio más que un cabecilla, que al amparo de D. Joaquín Quílez pudo llegar a capitán al terminar la guerra. Este no había recibido ninguna educación en su infancia, porque procedía de una pobre familia, como les sucedía a muchos de ellos. Este aprendió a mal firmar estando en las filas carlistas.

La falta de educación entre los voluntarios carlistas se observaba en la mayor parte de ellos. Porque por lo general procedían de familias mal acomodadas, y algunas dadas a la holgazanería. De modo que cuando se observó algo de educación entre ellos, especialmente entre los soldados rasos, fue a medida que se iban pasando algunos a sus filas, de la parte del gobierno.

De ello resultaba que algunos de ellos al verse sujetos por sus jefes y reprendidos fuertemente y castigados alguna vez, se desertaban, dándose al pillaje y a la vagancia a que estaban acostumbrados. De esto resultaba que luego se veían perseguidos por el gobierno y por sus propios parciales. De lo que resultaban algunos

fusilamientos o asesinatos. De lo que resultó que en cierto modo quedó el país limpio de malhechores y vagabundos. En tales términos es esto cierto, que en mi pueblo murieron en esta forma 18 o 19 mientras duró la guerra.

Luego, cuando los carlistas fueron aumentando sus fuerzas, y especialmente cuando a la fuerza se llevaban los mozos y viudos sin hijos, ya fue entrando la moral, especialmente en las clases. Porque algunos de ellos procedían de las filas del gobierno. También por disgustos sufridos con sus superiores o porque tenían verdadera opinión carlista, se habían pasado a las filas de D. Carlos. No solo se pasaban algunos jefes, sino también bastantes soldados rasos, que los jefes arrastraban o eran seducidos por otros o por su propia voluntad.

D. Carlos desde Calahorra se dirigió a Aragón, Cataluña y otros puntos. Resultando que su presencia excitaba los ánimos, siguiéndole muchos de los que eran adeptos a su política.

En Provincias Vascongadas, Navarra, Cataluña y aun en Aragón, hizo muchos prosélitos, por efecto de la cuestión de los fueros. Especialmente en Cataluña se lanzaron muchos al campo de la guerra, debido a la cuestión de herencia que allí sigue. Porque allí la mayor parte de los intereses de los padres recae sobre el primer hijo, dejando a los demás poco menos que desheredados, por lo que se ven en la necesidad de haber de buscarse la vida por medio de la industria, las artes y oficios; o bien emigrar del país.

De eso arranca que en Cataluña se ve tanta fábrica y tanta industria, al par que bastante miseria. Por eso en cualquier movimiento revolucionario responden con un contingente de consideración. Como sucedió en la guerra que nos ocupa.

Ya que de fueros me entretengo, daré una breve pincelada sobre ellos según mi modo de pensar.

Los fueros vascongados y navarros pueden ser todo lo útiles que se quiera para ellos. Pero son perjudiciales para los demás españoles. Porque tienen que contribuir por entero a las cargas del Estado tanto en personas como en intereses.

Los fueros de Cataluña, ya he manifestado que no son favorables más que al «hereu», como ellos llaman, sirviendo en perjuicio de la demás familia.

Los fueros de Aragón tienen muchas cosas buenas, pero esto no quita para que haya algunas bastante malas según mi modo de entender. Tales son las que se refieren a la testamentaría y a la viudedad, lo que voy a probar de un modo claro y evidente. Se muere uno de los padres que constituye una familia, y mientras vive el que queda, es dueño del disfrute de los intereses que constituían el matrimonio. De tal modo que, aunque alguno de los hijos haya llegado a la edad suficiente para contraer matrimonio, no lo puede realizar, porque si al consorte viviente no le parece bien, no le da ni aun la parte de los bienes que le corresponden por el padre o madre fallecidos. Y si se casan se han de someter al disfrute de los bienes que le pueda aportar su consorte, y a algún otro arbitrio si se puede proporcionar. Mientras el viudo sigue sin volverse a casar con el objeto de disfrutar los intereses de viudedad en perjuicio de la familia. Y si la persona que queda es el padre o la madre, menos mal. Pero si la persona viviente procede de segundas nupcias, entonces la cuestión es más grave. De ahí vienen las grandes cuestiones que se ofrecen en tales casos.

Se dan casos algunas veces en la cuestión de herencias: que un padre deposita en la caja de ahorros alguna cantidad por vía de dote para alguno de sus hijos solteros. Entre tanto muere el agraciado siendo aún soltero, sin testamento legal. Y por más que su buena voluntad era el que el depósito vuelva a los padres, y no para sus hermanos, no obstante de ello, los padres no pueden heredar. Porque los fueros de Aragón disponen que los bienes no pueden volver atrás. De aquí resulta que aunque los hijos acaten la voluntad del hermano difunto, si la cantidad es de poca consideración, antes que la recibe el padre se gasta con la documentación que necesita tanto como ha de recibir.

Ahora pregunto yo: ¿qué motivos hay para que los hermanos tengan más derecho a heredar una cantidad que hace poco tiempo le ha dado el padre a su hijo? ¡Ninguno absolutamente!, como así lo dicta la buena moral. ¿No pudiera suceder muy bien que después de la dádiva del padre al hijo, viniera aquel a menor fortuna, en tales términos que llegara a la miseria, y que muriendo el hijo, pasasen los intereses del muerto a sus hermanos y que estos por cuestiones de familia estuvieran enemistados con sus padres, cosa que puede suceder muy bien, y que por tal causa sufriesen estos las consecuencias del hambre? ¿Y esto sería justo y equitativo? De ninguna manera.

Esta cuestión de los fueros, por causa de los disgustos que reporta en las familias y en los pueblos, proporciona medios y fuerzas a las revoluciones. Como sucede en Provincias Vascongadas, Navarra y Cataluña.

Así es que esta cuestión foral se debiera reformar en tales términos que se conservaran los que son ventajosos para los fueristas, pero evitar los que son perjudiciales para los demás españoles.

Prólogo

No exponeré mis amados lectores, un autor en esta pobre historia hechos sujos que blasfeman la atención del público, como sucede en las novelas históricas, de hombres, célebres por sus hechos y trascendencias; y que citan escritos para instruir y pelear al lector. Es el que he hecho de gran modo guerreros, saltadores de cañones, heroicos al dar sus vidas en las suyas; hechos sobre hechos por sueldos por suscitaciones amorosas que tanto dañan a la humanidad. ~~Como tales~~, como tales e infracciones de leyes en los asuntos políticos etc. Aquí respecto a mí, no encuentro mas que hechos que caben dentro de la buena moral. Si bien algunas trascurridas y proximidad de pensamientos, con objeto de poder contrariar la usura de mi fortuna. Para poder atender a mis necesidades y las de mi familia. Cuyos cabildos, si bien no me han proporcionado un sueldo cómodo, al menos me han deparado los medios suficientes para poder dirigir y educar mi familia, mediante los medios de que se me ha dado a su clase; y especialmente a dos hijos, que el uno le he costado la carrera de medicina y al otro la de veterinaria. Pero que por no es



CAPÍTULO 6

Sucesos de la guerra civil

Habiendo explicado ya el origen de la guerra civil, pasaré a manifestar los principales sucesos ocurridos que durante ella ocurrieron, nombrando las personas más importantes que figuraron como actores.

De Cataluña, Aragón, Valencia y muchas otras partes de España, salieron cabecillas constituyéndose en caudillos de las fuerzas carlistas.

De Alcañiz salieron muchos, entre ellos D. Manuel Carnicer, que se constituyó jefe superior de las facciones de Aragón, parte de Valencia y Cataluña.

De Samper de Calanda salió D. Joaquín Quílez, que fue 2.º jefe después de Carnicer.

De Caspe, Calanda, Alcañiz y otros puntos, salieron muchos más de menos importancia.

Y, por fin, de Tortosa salió D. Ramón Cabrera, de triste recordación, por lo sanguinario que fue durante la guerra.

En los primeros años de la guerra, los carlistas tuvieron muchas alternativas de altas y bajas. Cansados por la persecución que les hacían los jefes liberales, que les gustaba cumplir con sus deberes, tal que el general D. Agustín Nogueras. Contribuyendo a ello la mala organización y falta de armas que tenían los carlistas. Por lo que no podían competir con las fuerzas del gobierno. Y al efecto tenían que ampararse en el escabroso terreno del Maestrazgo de Morella y Puertos de Beceite, causando muchas molestias a sus habitantes, que tenían que mantenerlos, vestirlos y calzarlos.

Cuando las fuerzas del gobierno se alejaban del país, los carlistas se rehacían algún tanto, saliendo de sus madrigueras. Pero volvían a ser perseguidos por los liberales, y tenían que hacer otra vez su retirada hacia los mencionados puntos. Porque además de su falta de organización, se puede decir que no tenían armas. Porque su armamento consistía en algunas escopetas viejas de chispa, trabucos enmohecidos y algunos palos largos con bayonetas o puñales con uno de sus extremos en forma de lanza, como yo tuve ocasión de ver en más de una ocasión.

Como no contaban con recursos para poder vestir y calzar, lo pedían a los alcaldes de los pueblos. Y si no se los daban, se lo tomaban ellos a la mayor fuerza, quitando las mantas y demás abrigos de encima de los hombros de los que los llevaban. Así como las alpargatas de los pies de los hombres y los zapatos de las mujeres, como yo he visto en más de una ocasión.

Para mudarse algunas veces de camisa acudían a las casas de los liberales, que ellos llamaban negros, para que les dieran camisas. Y no había más remedio que dárselas, porque de lo contrario entraban luego las amenazas, y algunas veces seguidas de las obras. Como le sucedió en una ocasión a un tío mío llamado Ramón, que fue a pedirle con amenazas con una pistola en mano una mujer llamada tía *Torra* camisas para su marido, que era carlista.

A los que ellos llamaban negros en mi pueblo, que la mayor parte eran de mi familia, les hicieron una gran cruz en la puerta de la calle con un betún negro, para que fueran distinguidos entre todos los demás vecinos de la población. Cruces que aún hoy después de 60 años, aún se conocen algunos vestigios de ellas. Vestigios que no han querido borrar los liberales con objeto de que sirvan de recuerdo de aquellos hechos de fanatismo.

Habiendo estado los carlistas tantas veces en decadencia, parece hubiera sido muy fácil su exterminio por las fuerzas liberales. Pero seguramente las miras de los generales no fueran esas por entonces, sino el dejarlos vivir por algún tiempo, con la idea del medro. Porque por medio de escaramuzas insignificantes consiguen muchas veces ascensos, cruces y otras ventajas militares.

Regularmente por lo que acabo de manifestar, los carlistas llegaron a un engrandecimiento, que ya les llamó la atención a los generales liberales, por lo que tuvieron que tomar la cuestión en serio. Porque las fuerzas de uno y otro bando se consideraban poco menos que niveladas. Y si no hubiera sido por el Convenio de Vergara no sé cuándo hubiera terminado aquella guerra, porque, aunque es verdad que los carlistas contaban con muchas fuerzas sobre las armas, el gobierno, además del ejército, que no era pequeño, contaba con todas las principales poblaciones y fortalezas de la nación, incluso la armada, excepto la algo importante plaza de Morella, que pudieron hacerse con ella por efecto de una traición de las fuerzas que la guarnecían.

El cabecilla Cabrera, como salió de un genio guerrero y emprendedor, llamó luego la [...] del país, por la que reunió luego un número de adeptos de alguna consideración, con el que hizo ya algunas proezas en el arte de la guerra. Pero como era inferior a Carnicer, tenía que estar sujeto a sus órdenes, cosa que a él le repugnaba, porque en su mente estaba el obrar por su cuenta y ver si podía sobreponerse a Carnicer. Al efecto (según dicen) inventó una patraña para, con permiso de su jefe, poder pasar a Navarra a tener una conferencia con D. Carlos con objeto de pedir auxilio en cuanto a armas y algunos otros medios de guerra.

En el momento de su regreso tuvo una entrevista con Carnicer entre los pueblos de Ladruñán y Villarluego el 8 de marzo de 1879, en la que le entregó un pliego Cabrera a su jefe en el que se disponía que Carnicer pasase al norte a recibir órdenes de D. Carlos.

Como no podía negarse a tal orden, como la distancia era larga y había de pasar por muchos puntos en donde había fuerzas del gobierno, determinó disfrazarse de arriero y con dos borricos se dirigió hacia Navarra. Pero al pasar el puente de Miranda sobre el Ebro fue conocido por una persona que le había visto muchas veces, reconociéndole por una endeble cicatriz que tenía en la cara (según se

cuenta). El sujeto dio parte, resultando que Carnicer fue hecho prisionero y luego fusilado el 6 de abril del mencionado año de 1879. Este suceso siempre se ha explicado así. Pero algunos maliciosos han supuesto que fue una jugada de mala ley de Cabrera con objeto de quedarse el poder de las fuerzas que comandaba el dicho Carnicer, como así sucedió, o al menos la mayor parte de ellas, y digo la mayor parte porque algunos se fueron con D. Joaquín Quílez, con los que pudo ya salir de las tierras del Bajo Aragón y el Maestrazgo dirigiéndose hacia tierras de Daroca y Belchite, con objeto de reclutar gente, armas y demás pertrechos de guerra.

Cuando ya contaba Quílez con fuerzas de alguna importancia, tuvo un encuentro en el pueblo de Herrera con las tropas del gobierno, cuya mejor parte se llevaban los liberales. Pero por una de aquellas cosas imprevistas, pudieron rehacerse los carlistas, habiendo quedado dueños del campo, de lo que resultó un buen botín, algunos muertos por ambas partes y muchos prisioneros hechos por los carlistas. Dirigiéndose luego hacia el pueblo de Muniesa.

Quílez, como es regular, marchaba lleno de regocijo y satisfacción por el triunfo obtenido. Pero la divina providencia tenía dispuesto que aquella alegría sería muy poco duradera. Porque un poco antes de llegar a Muniesa, uno de los prisioneros (dicen que era corneta) se le encaró con su propio fusil disparándole un balazo que le hirió mortalmente. El asesino mal lo pasó, porque fue inmediatamente fusilado y hollado su cadáver. Pero entretanto Quílez se quedó sepultado en el pueblo de Muniesa, con lo que los carlistas perdieron uno de los buenos jefes que tenían. Porque reunía las buenas circunstancias de que no emprendió nunca ninguna acción si comprendía que no había de tener un buen resultado.

Además, era muy amante de no derramar sangre si lo podía remediar, así como el causar molestia lo menos posible a las gentes con pedidos de guerra, cualidades que lo hacían apreciable por todas las personas que le conocían.

La muerte de Quílez sirvió de mucha alegría a Cabrera, porque entonces quedó de jefe superior del país que él hacía sus correrías.

De Caspe salió entre otros un cabecilla carlista con el mando de capitán, procedente también de la guerra del año 20 al 22, llamado D. Juan Pellicer, el que hizo pocos prosélitos en la guerra. Porque, por

cierto, no valía para ello, por ser de muy buen corazón y sentimientos humanitarios. Porque era muy sensible al derramamiento de sangre y los grandes sufrimientos que la guerra reporta a la humanidad.

Así es que, según tengo entendido, al finalizar la guerra no había ascendido más que a coronel.

De Mazaleón salió otro llamado D. Pablo Montañés, que tampoco era de malos sentimientos. Porque también se le apreciaba en el país. Este siguió toda la guerra, entrando en Francia con Cabrera al terminar la guerra. No quiso acogerse al Convenio de Vergara, siendo acérrimo defensor de su opinión. Demostrándolo en la guerra carlista que estalló en el año 72, porque ya muy avanzado en edad tomó aún parte en ella.

De Maella salió de soldado raso un joven llamado Pascual Ganudé, de genio eminentemente guerrero y emprendedor, el que hizo algunas hazañas muy notables durante la guerra. De modo que al terminar la dicha guerra se hallaba de coronel del batallón carlista que llamaban Batallón de Guías de Cabrera.

Este entró también en Francia con las demás fuerzas carlistas. Acogiéndose a la amnistía que más tarde dio el gobierno, regresó a España. Pero no duró mucho tiempo su sosiego en su casa, porque al poco tiempo hubo un levantamiento carlista en el que tomó parte muy activa, dando bastante quehacer a las tropas que le perseguían.

En medio de sus correrías, fue una noche sorprendido por las tropas enemigas, en mismo número de unos 70 que habían podido reunirse, siendo la mayor parte oficiales de la guerra civil. La sorpresa fue en una paridera del término del pueblo de Blesa a Huesa, de donde parecía imposible que se pudiera salvar ninguno. Pero por medio de una estrategia ingeniosa diseñada por él, se salvaron todos. Esta consistió en colocar algunos sables y espadas derechos sobre sus caballos que todos llevaban, con capas y mantas encima, aparentando que eran personas. En tal forma agitaron sus caballos que salieron a escapar. La tropa hizo fuego abalanzándose sobre los caballos, alanceándolos en su huida. En tales momentos de agitación salieron los carlistas con precipitada carrera en dirección contraria a la que se habían dirigido sus caballos y sus enemigos. Y como los soldados estaban entretenidos en perseguir a los caballos, pudieron salvarse todos los carlistas.

De Berge salió un renombrado cabecilla llamado N. García, el que hizo algunas proezas de guerra, debidas a su valentía y decisión. Así es que al terminar la guerra se encontraba de brigadier, si la memoria no me es infiel. Este pasó a Francia con Cabrera, se acogió a la amnistía que dio el gobierno, volviendo luego a España.

Dicho señor García debía ser un tipo de honradez, porque a pesar de su larga carrera al servicio de D. Carlos, se comprende que hizo muy poca fortuna. Porque como venía de familia de escasa fortuna y como por su edad no podía ir a ganar un jornal al campo, tuvo que hacerse con una borrica con la que se dedicó a ir por leña para el abasto de su casa y regularmente algunas veces a venderla para poder comer. Sin que en medio de sus privaciones quisiera acogerse al Convenio de Vergara, que le hubiera reconocido su graduación y que pudiera haberse dado una buena vejez.

Se cuenta de él que en una ocasión cayó sobre su pueblo un jefe de columna de las tropas del gobierno y, al saber la honradez y el tesón de su opinión, le llamó a su presencia, con el ánimo de obligarle a que se acogiese al Convenio de Vergara, para que se pudiera alimentar los días que le quedaban de vida. Pero García contestó a tal proposición manifestando que siempre había sido carlista y seguiría siéndolo mientras viviese, y que, por lo tanto, no quería renegar de sus creencias políticas y religiosas, ni recibir auxilios de su gobierno que siempre lo había tenido por enemigo.

Entonces el jefe le dijo que, pues que ya comprendía que no había medios para convencerle de que se revalidase, que se sirviese aceptar una pequeña pensión de su bolsillo particular. Todo con el objeto de que no fuera más por leña. Oferta que admitió, porque comprendió que era una limosna particular hecha por una persona de buenos sentimientos. Pensión que cobró mientras vivió, según se dice por aquel país.

Muchos más cabecillas o jefes carlistas se lanzaron a la guerra por el mencionado país del Maestrazgo de Morella y sus inmediaciones, de los que no hago mención. Ya por no ser de mucha importancia en la guerra y ya porque perecieron muchos de ellos antes de concluirse.

Pero no obstante lo que acabo de manifestar, no puedo pasar en silencio los sucesos de un famoso guerrillero carlista llamado Bosque, natural de Calanda. Este hacía las correrías por tierras de Alcañiz.

Tanto Quílez al principio como Cabrera después, le dieron el mando del personal menos subordinado y de los chiquillos que llamaban «trigueros». La fuerza que él capitaneaba estaba destinada más principalmente a molestar a la ciudad de Alcañiz, que siempre estuvo en poder de los liberales, por más que fue muchas veces bloqueada, sitiada y asediada.

Así es que los alcañizanos sufrieron muchas molestias, privaciones y pérdidas de consideración. En tales términos que llegó a escasearles hasta la sal. Ante tal necesidad, algunas mujeres se dedicaban a entrar sal de las afueras de la ciudad con cántaros, simulando que los entraban llenos de agua. Pero por fin se apercibió Bosque de los medios de que se valían las mujeres para entrar sal, mandó que se vigilara con mucho cuidado. Esto dio lugar a que cayese en la red una mujer llamada Merola, a la que después de haberle causado fechorías, la mandó cortar una oreja, para escarmiento suyo y de las demás, persona que yo he conocido con una sola oreja.

Por fin el señor Bosque, terminada la guerra civil y vuelto a España de la emigración de Francia, fue hecho preso y conducido a las cárceles de Alcañiz, en donde se le formó una ruidosa causa criminal por crímenes cometidos fuera de las leyes de la guerra, que le llevaron a sufrir la pena capital en garrote vil.

Un personaje muy conocido y de triste recordación para España se lanzó a la guerra en el año 34, si no estoy mal informado. Este fue el tan celebrado D. Ramón Cabrera, apellidado «el Tigre del Maestrazgo de Morella», debido a sus hazañas y fechorías sangrientas. Pero como sus hechos fueron tan notables, haré capítulo aparte.

Primera época

Capítulo 1º

~~En~~ Minas Geraes y su arredor de los cerros
 En un pequeño y antiguo pueblo en un
 rincón de la desamparada provincia de Ceará
 llamado Pôrtoale, y en el año de 1818, nació el
 padre, que aunque de escasa fortuna, llevó un
 título de gloria por su honradez. Era de tiempos
 republicanos. Familia que figuraba mucho, se
 es entre los que, que llevaban el gobierno y di
 rección de la población.

El señor Don Manoel, nació en
 el año 1794 y a temprana edad de 16 años
~~adquirió~~ adquirió una grave enfermedad, lo que
 después de muchos sufrimientos, le dejó al
 cuidado de su madre. Fue cuando mi señora estaba viuda
 cuando yo contaba más que 24 años de edad.

La familia de mi padre, se componía de dos
 hermanas y tres hermanos. Estos, el uno se llamaba
 Manuel y el otro Manuel. El primero estudió latín
 y principios de filosofía escolástica, con intención
 de hacerse sacerdote. Pero como el hombre compare
 a Dios se cansó, resultó que no pudo continuar,
 adquiriendo luego una travesura: del que estaba
 familia que algunos de ellos llegaban a la edad
 de 14 a 20 años. Los que luego murieron, siguió
 en poder de su madre. Tanto que que yo fui



CAPÍTULO 7

Cabrera y sus hechos más notables

D Ramón Cabrera nació en Tortosa por los años 13 al 14 de este siglo, de padres de escasa fortuna. Estos dedicaron a su hijo a la carrera eclesiástica. Pero antes de terminarla, y en edad muy joven, se lanzó al campo de la guerra en favor de D. Carlos.

Al principio los catalanes le llamaban «el capellanet», que quiere decir «el capellanico»; otros le llamaban «el cureta». Pero así que dio principio a sus hazañas y travesuras en el arte de la guerra, ya le llamaban D. Ramón Cabrera o simplemente Cabrera, que fue el nombre que más se le conocía.

No crean mis lectores que voy a describir su larga y triste historia guerrera, porque se podían llenar muchas páginas; solo pienso ocuparme describiendo a grandes rasgos los sucesos más importantes que verificó.

Inmediatamente de su salida, se dirigió a los pueblos inmediatos a Tortosa, especialmente los que están en terrenos escabrosos, prin-

cupiendo sus correrías y reclutando gentes adeptas a sus ideas, reuniendo luego algunas fuerzas de alguna importancia, debido a su genio travieso y guerrero que tan marcadamente demostró. Hostilizando a las personas que tenían ideas liberales.

Su gran pensamiento fue constituirse en caudillo de las fuerzas carlistas de aquel país. Pero como Carnicer era superior a él, porque seguía siendo jefe desde la guerra del año 20 al 22, no tuvo más remedio que prestarle obediencia, dispuesto así por D. Carlos, hasta que sucedió el fusilamiento de Carnicer, como arriba se ha manifestado.

Con esto y la desgraciada muerte de Quílez, consiguió lo que tanto ansiaba, que era el hacerse jefe de todas las fuerzas de Aragón y parte de Valencia y Cataluña.

Al ver los liberales de Tortosa el prestigio tan grande que Cabrera tomaba en la guerra y algunos actos inmorales que había verificado, acudieron a un medio muy contrario a la buena moral, cual fue el hacer presa a su madre, anciana de 70 años de edad, diciéndola que influyera para que su hijo se dejara de la empresa que había emprendido y se acogiera al indulto que se le proponía; de lo contrario, se cometerían con ella fechorías muy crueles y por fin la fusilarían.

Se cree que con estas amenazas la pobre anciana haría alguna gestión sobre su hijo sobre el particular, pero que este las desecharía con toda su animosidad. Entonces los liberales cumplieron las amenazas prometidas, martirizando primero y fusilando después a la pobre mujer. Sobre esto se puede formar un comentario: ¿era suficiente motivo el que una mujer fuese madre de Cabrera para martirizarla y luego fusilarla? De ninguna manera. De ello resultó lo que era de esperar: que Cabrera procediera a las represalias con muchas creces, como sucedió en Valderrobres el día 27 de febrero de 1876, que fusiló en un huerto a María Roque, esposa del coronel Fontiveros, y a Cinta Foz, Mariana Guardia y Francisca Urquizu, solo porque pertenecían a familias liberales. Acto muy cruel y sanguinario y sin ningún modo de ser. Porque ¿qué culpa tenían las pobres señoras de que los liberales de Tortosa hubieran fusilado a la madre de Cabrera para que este fusilara a cuatro en represalia de su madre, que solo era una? Con este caso sangriento, puso un borrón indeleble que nunca se borrará. Desprendiéndose de esto que aquella guerra fue muy sangrienta y desastrosa para la nación.

Cabrera desde aquella fecha aumentó sus fechorías cruentas, siendo el terror de aquel país, especialmente de las personas que profesaban ideas liberales.

Para luto de la muerte de su madre se puso un capote encarnado con una gran botonadura de botones amarillos, que cogían desde el cuello hasta más abajo de las rodillas, dando a entender con esto que la muerte de su madre había de costar mucha sangre, como así sucedió.

En vista de la fama guerrera que iba adquiriendo, se iban aumentando sus fuerzas, llegando muy pronto el momento en que se hizo respetable en el país que andaba, gobernándose por su cuenta sin hacer caso de los jefes antiguos y de más categoría que él. Por lo que entre ellos entró la discordia y las envidias de mando, especialmente con Quílez, que era el jefe más anciano y de bellas cualidades, que entonces andaba por la Tierra Baja y el Maestrazgo. Por eso, cuando Cabrera supo la muerte de Quílez, recibió una gran alegría, porque veía se le venía encima la jefatura de todas las facciones del terreno donde él transitaba, como así sucedió. Porque D. Carlos, en vista de las muertes de Quílez y Carnicer y el genio emprendedor y guerrero de Cabrera, no tuvo inconveniente en nombrarle general de aquel país.

Viéndose este disponiendo de la más elevada magistratura en la milicia, principió a tomar medidas y decisiones encaminadas a organizar sus fuerzas.

Morella, por una traición de la guarnición que la cuidaba, cayó en poder de los carlistas, cuya posición les servía de amparo para su engrandecimiento, saliendo de allí la mayor parte de las disposiciones, como centro de operaciones.

En Cantavieja, que también estaba fortificada, establecieron una fábrica de toda especie de armas de guerra, pólvora, balas, cartuchos y demás utensilios militares.

En Mirambel, pueblo situado entre Morella y Cantavieja, tenían la administración y tribunal militar, y una curia con su correspondiente obispo, en donde se recibían órdenes sagradas y se expedían bulas.

En Morella tenían oficinas y hospital de sangre, así como los tenían también instalados en Horta, en el convento de Benifassà y en otros puestos.

Además, tenían también algunos otros castillejos de poca importancia, tales que *Leguras*, Castellote, Aliaga, Peñarroya y algunos otros. Pero repito que eran poco importantes, porque a la conclusión de la guerra fueron destruidos por las fuerzas de Espartero en muy breve tiempo.

Al verse Cabrera con fuerzas respetables, que ya daban mucho que hacer al gobierno, determinó llevarse todos los mozos y viudos sin hijos, con objeto de engrosar sus filas, como así lo hizo en todos los pueblos que pudo dominar, dejando tan solo los inútiles y alguno cuando había más de uno en una casa. Pero se podían redimir también a metálico, cosa que aprendería del gobierno. Que se llevan los mozos y el dinero, de lo que cuéntase con algunos fondos. De esto resultó que puso un ejército muy importante. El que después de instruido y organizado era ya algo imponente, porque la instrucción la mayor parte de los soldados la recibían de jefes y oficiales que se habían pasado a los carlistas del bando de los liberales. Así es que, si no fuera por las boinas, tan apenas se distinguían de las tropas del gobierno.

Antes de dar término a estos rasgos históricos de Cabrera, voy a ocuparme de algunos de los episodios más inhumanos y sangrientos que ejecutó en su mando de jefe carlista.

El año 39 (si la memoria no me es infiel) comandaba ya algunas fuerzas, de modo que podía ya extenderse hacia tierras de Alcañiz. En los pueblos de Valdealgorfa y de Torrecilla de Alcañiz hizo algunos pedidos de raciones de boca para alimentar a sus tropas. Los alcaldes de dichos pueblos, bien porque les fuese más fácil la conducción del pedido o por alguna otra mira que yo ignoro, le presentaron el pedido en dinero. Pero Cabrera, bien porque le pareciese aquello una desobediencia o insulto, lo tomó tan pecho arriba que mandó fuesen fusilados. Lo que se verificó en los portales del pueblo de La Fresneda sin contemplación ni compasión alguna, sin que valieran los muchos empeños e influencias que de personas importantes mediaran para ver si se podía remediar. Contestando tan solo que sus soldados no se alimentaban con dinero, sino con sustancias alimenticias. Es muy fácil que sus miras en aquel momento fueran con el objeto de imponer terror a los pueblos para que en lo sucesivo le obedecieran todo lo que mandase, como así sucedió. Porque solo su mandato causaba espanto a los pueblos.

Las muertes de dichos alcaldes fueron muy sentidas en el país, y especialmente de sus familias, porque eran personas muy honradas.

La esposa de uno de ellos se trastornó en tales términos que quedó loca. Y el resultado fue que dentro de poco tiempo las casas de los alcaldes quedaron desiertas, por causa de la muerte de algunas de las familias y la emigración de otras. Entre tanto, Cabrera regularmente continuaría tan tranquilo.

Otro de los episodios sangrientos fue que cuando los liberales vieron que Cabrera se hacía fuerte, y por lo tanto les imponía algún cuidado, determinaron un modo para sacarlo de este mundo, que fue el buscar asesinos para que le asesinaran. Al efecto salieron de Madrid dos personajes portados y *arreglados* en dirección a Morella, que a la sazón se encontraba allí Cabrera.

Pero como la mayor parte de los actos criminales, parece que la divina providencia dispone las cosas de modo que no puedan realizarse. Sucedió que antes de llegar los asesinos a Morella ya había llegado la noticia a conocimiento de Cabrera. Al efecto los hizo presos y dispuso que se les quitase la vida. ¿Pero os parece, lectores míos, que dispuso fuesen fusilados? Nada de eso. Con la mayor sangre fría dispuso que se les cortase la cabeza con un hacha sobre un tronco de madera en la plaza llamada del Estudio de Morella. Ejecución que fue muy cruenta para los reos porque los tuvieron que ejecutar los soldados, y como no estaban bien impuestos en el oficio de verdugos, tuvieron que repetir el golpe diferentes veces, hasta dejar dividida la cabeza del tronco del cuerpo.

En cuestión de guerra se comprende que eran merecedores de la pena capital. Pero, ¿y no hubiera sido más digno y más humanitario el que se les hubiera fusilado? Pero a Cabrera le parecía mejor el otro modo, regularmente con la idea de causar más horror y hacerse más *terroroso* el país.

Continuando la narración de los episodios cabreristas, voy a exponer tres, que aunque no son de mucha importancia respecto a la guerra, lo son por sus especialidades.

Al principio de la mencionada guerra, el gobierno tenía guarniciones en la mayor parte de los pueblos de alguna importancia en el Maestrazgo y Bajo de Aragón, con el objeto de privar a los carlistas

de que se pudieran amparar de ellos, y se vieran obligados a vivir en los pueblos pequeños y casas de campo, como así sucedió. Pero así que se iban rehaciendo trataban de apoderarse de algunas de dichas guarniciones, con el objeto de sacar botín de armas y municiones, así como de medios de vida, cosa que consiguieron en muchos de los pueblos que estaban guarnecidos.

Gandesa era uno de los pueblos que había guarnición de tropa y paisanos liberales. Población que, por estar enclavada en la raya de Cataluña y Aragón y a las faldas de los puertos de Beceite, la conceptuaba Cabrera de mucha importancia para sus fines. Al efecto la asedió diferentes veces por medio de amenazas, de intentonas de asalto y sitios, pero los que la guarnecían se defendían heroicamente.

Viendo, pues, que por dichos medios no podía conseguir su intento, y como entonces no disponía de ninguna pieza de artillería, dispuso la fabricación de un cañón de un tronco de carrasca, colocándole fuertes y numerosas abrazaderas de hierro para hacerlo más resistente. Pero, como la fuerza de expansión de la pólvora es tan potente, no la pudo resistir el cañón vegetal. Resultando que al segundo o tercer disparo estalló el cañón, convirtiéndose en diferentes fragmentos útiles para el hogar.

Sin embargo de este fracaso, no desistió de su intento: continuó el sitio con objeto de ver si los podía rendir por falta de recursos. Los gandesanos se conoce que no les daba cuidado el sitio. Porque, con objeto de irritar e incomodar a Cabrera, colocaron en lo alto de la torre una cabra viva, la que hostilizaban para que echara fuertes berridos, sobre la que colocaron un gran cartelón con grandes letras que decía: «Cabra montesa, no entrarás en Gandesa». Al ver Cabrera el cartelón y la cabra, puso otro gran cartelón en lo alto de un madero que decía: «A pesar de que hay cabra montesa, he de entrar en Gandesa».

No obstante su amenaza, por entonces no la pudo conseguir. Porque el gobierno, al ver el peligro que les amenazaba, mandó fuerzas del ejército para sacarlos de allí y llevarlos a punto más seguro. Y no solamente lo hizo en Gandesa, sino en muchos otros puntos que los pueblos eran de poca importancia. Por lo que los carlistas pudieron extender más su campo de acción.

Corriendo ya el año 79, Cabrera tenía un batallón destacado en mi pueblo, y como a todas las fuerzas carlistas las tenían que mante-

ner los pueblos, ya con raciones de boca, ya con muchos trimestres de contribución. Y como la guerra se hacía tan duradera, el país quedó esquilmo, y los alcaldes no podían dar cumplimiento a los pedidos que se les hacían. Así sucedió con el de mi pueblo, al que se le hizo un pedido que de ningún modo pudo cumplimentar.

En vista de ello, Cabrera o el coronel del batallón dispuso que el alcalde fuese arrestado en el cuerpo de guardia, en donde había una buena habitación con centinela de vista, dando orden que no se le diese de comer mientras no hiciese efectivo el pedido que se le hacía. Pero su familia pudo conseguir que la dejaran entrar, pero sin permitir que le entrasen ningún alimento bajo pena de la vida. Pero una hija entraba a visitarle con frecuencia, se ponía mayor número de faldas con objeto de disimular la entrada de unos pequeños pedazos de pan que llevaba vueltos entre su ropa. El alcalde para poderlos comer se echaba boca abajo sobre un colchón que tenía para dormir tapado con una manta que le servía de abrigo.

En esta situación pasó 7 días, hasta que al fin se pudo promediar el pedido y le dieron libertad. Pero se comprende que la impresión que este suceso imprimió al alcalde fue tan fuerte que enfermó luego, muriendo al poco tiempo de sucedida esta barbarie.

Una de las veces que Cabrera cayó sobre mi pueblo, nos llamó a diferentes paisanos para que fuéramos de noche a una hora de distancia tres paisanos a cada camino, con objeto de vigilar con mucho cuidado por ver si venía fuerza armada, y en tal caso fuéramos uno inmediatamente a dar parte de lo que se hubiese observado, quedando los otros dos en el mismo punto para lo que pudiera sobrevenir después. Y entre muchas palabras que nos dijo antes de salir de la habitación, nos dijo las siguientes en su lenguaje catalán: «Mireu, paisans, que si no compliu bé lo que us mando, us afusellaré, perquè a mi tant se me'n dóna afusellar un home com un gos», palabras textuales, que traducidas al castellano quieren decir: «Mirad, paisanos, que si no cumplís bien lo que os mando, os fusilaré, porque a mí lo mismo me da fusilar a un hombre que a un perro». Con esto basta para comprender los instintos sanguinarios de Cabrera.

Sin embargo de la orden y el rigor de Cabrera, no cumplimos cual debíamos, porque no nos apercebimos de que aquella noche habían pasado por el camino caballerías, porque se conocían perfec-

tamente las pisadas de los caballos. Cuya desobediencia reconocía por causa el que los paisanos estábamos tan vejados y molestados que ya nos importaban poco los peligros. Pero al ver yo y otro de los tres paisanos que habíamos caído en tan gran peligro, máxime sabiendo las malas chanzas que tenía Cabrera, en lugar de irnos al pueblo nos fuimos a esconder a un monte algo distante. El otro paisano era un pobre desgraciado que había sido muchos años soldado, y no le importaba nada de las amenazas. Porque decía que, si lo fusilaban, aún le hacían favor. Así es que con toda la desfachatez del mundo se presentó a Cabrera, diciéndole que había visto pasar caballería en número de 29 o 30 sobre las dos de la mañana, pero como conocimos que eran carlistas, nos pareció mejor no dar aviso con objeto de no causar molestia y alarma a la población, toda vez que ellos se presentarían a la población. Y que nosotros dos nos habíamos ido a ver un campo, por ver si estaba bueno de segar, y que le habíamos dado orden para cobrar los cinco reales que Cabrera nos había ofrecido a cada uno si cumplíamos bien lo que nos había mandado. La relación de los caballos era cierta, porque él a la entrada del pueblo se informó de un amigo sobre el particular, pero lo de cobrar los cinco reales de cada uno de nosotros era falso, porque no pensamos en darle tal orden.

Pero Cabrera, no obstante ser verdad lo de los caballos, se sulfuró mucho, diciéndole que todo ello era cierto, pero que las órdenes militares se habían de cumplir siempre con exactitud. Porque en el arte militar suceden muchas estrategias, porque no basta el que se observen los uniformes de su bando guerrero para creer que efectivamente pertenecen a él los que los llevan. Porque el enemigo acostumbra a disfrazarse con uniformes del enemigo para causar sorpresas y que lo que había de hacer era fusilarnos a los tres, para que sirviera de escarmiento a los demás. El fusilamiento pudiera haberlo ejecutado con el que se le presentó, pero lo que es con nosotros lo dudo, porque ya estábamos sobre el caso de lo que pudiera ocurrir, y si hubiéramos sido reclamados por Cabrera, ya teníamos hecha la determinación de marcharnos de noche a Alcañiz, población bien guarnecida por las tropas del gobierno y a horas de distancia de mi pueblo.

Pero gracias a Dios no fue necesario nada de eso, porque Cabrera se conformó con lo que nuestro compañero le dijo, entregándole

los 15 reales ofrecidos para los tres, diciéndole que nos entregara a nosotros nuestra parte. Nosotros se los reclamamos a la primera entrevista que tuvimos con él, pero se nos negó a darlos, diciendo que nos hubiéramos expuesto como él a ser fusilados por cobrar los cinco reales. Por lo que no insistimos más en nuestra reclamación.

La ciudad de Alcañiz es algo importante en cuestiones de guerra por su castillo, que le sirve de resguardo, y como punto avanzado de Zaragoza y de resguardo a la Tierra Baja. Razón por la que Cabrera ambicionó tanto el apoderarse de ella. Entre otras intentonas que hizo para ver si podía conseguir su fin fue el ponerla un sitio riguroso para hacerla rendir por hombres, cosa que no pudo conseguir. En su vista trató de atacarla con tres piezas de artillería que bajó del castillo de Morella. Regularmente serían piezas antiquísimas y de malas condiciones. Recuerdo los nombres de dos de ellas: una se llamaba «el amoroso» y la otra «el abuelo». Puestas dichas piezas a una corta distancia de la ciudad se principió el cañoneo contra la iglesia y portal de San Francisco, produciendo algunos desconchones en sus fuertes paredes de piedra cantería que aún se conocen hoy. Viendo que por dicho punto no podían conseguir el abrir brecha, dirigieron los disparos contra las endebles paredes de tierra del convento mencionado, el que lo hacían servir los liberales de hospital militar. Como dichas paredes opusieron poca resistencia, luego pudieron abrir brecha, por donde pudieron penetrar los carlistas. En el convento había bastante fuerza de liberales para rechazar las fuerzas enemigas. Allí se vieron muchos heridos por una y otra parte. Unos estaban al lado de los claustros y otros al otro lado, batiéndose a espada, a bayoneta y cuchillo en mano cuerpo a cuerpo. De cuya refriega resultaron algunos muertos y bastantes heridos. Su capitán de nacionales liberales, natural de Beceite, sacó una mano menos cortada por un sablazo de los carlistas. Por fin a fuerza mucho mayor los liberales tuvieron que abandonar el convento, pasándose al otro lado de calle, haciendo desde las casas un fuego horroroso que no permitió pasar más adelante a los carlistas.

Entretanto, el gobierno mandó desde Zaragoza su auxilio de Alcañiz, una columna que ahuyentó en precipitada fuga a Cabrera hacia Morella.

Muy satisfechos quedaron los alcañizanos de aquel suceso, porque si Cabrera se hubiese apoderado de la ciudad, hubieran sucedido des-

gracias sin cuento. Porque, además de los muertos, heridos y prisioneros que se hubieran hecho, se hubiera cometido un saqueo general entre las tropas carlistas y paisanos, especialmente catalanes, que estaban esperando en el campamento a que se apoderasen de la ciudad para entrar a apoderarse de cuanto hubieran encontrado de algún valor.

Otro de los episodios terribles y sangrientos verificados por Cabrera sucedió en Cantavieja. Allí había siempre una fuerte guarnición. Después de celebrado el Convenio de Vergara y cuando las fuerzas de Espartero se dirigían hacia el Bajo Aragón y el Maestrazgo, con intención de concluir con los carlistas, como así sucedió, los padres de dos soldados carlistas que habían sido llevados por la fuerza fueron a Cantavieja con objeto de aconsejarles a sus hijos que se desertaran y escondieran porque la guerra caminaba a pasos agigantados hacia su fin, como así sucedió, porque de seguir las filas carlistas podría sobrevenirles muchos trabajos y tal vez la muerte. Pero como en todas partes hay judas que holgan del mal agüero, no faltó quien los delató a Cabrera, el que dispuso que fueran inmediatamente presos y sentenciados a pena capital. El castigo de ser fusilados no le pareció bastante fuerte, por lo que dispuso que fueran decapitados, como había hecho con los que trataron de asesinarle en Morella. Y no pareciéndole suficiente la decapitación, dispuso que sus cabezas fueran colocadas una a cada lado de la única puerta que tenían abierta en la población metidas cada una en la punta de una lanza por el agujero occipital.

Regularmente con esta ferocidad se propuso intimidar a los padres de los carlistas para que en lo sucesivo no intentaran subordinar a sus hijos para que se desertaran, lo que dio muy buen resultado, porque en la huida para Francia fueron muy pocos los que lo intentaron. De modo que penetró en terreno francés un ejército que no bajaba de 20 000 hombres.

A tal extremo llegó la sed de sangre de Cabrera, que hasta [en] la misma raya de Francia fusiló a dos de sus propios soldados, solo por el hecho de decir que ellos sabían que todo el ejército que allí estaba iban a entrar en Francia perseguidos por los liberales, pues Cabrera los engañaba diciéndoles que iban a la provincia de Gerona, con objeto de hacer una correría. ¿Pero era motivo para fusilarlos porque dijeran una cosa que muy pronto se realizó? Creo que no. Pero que

Cabrera lo hacía para intimidar a los soldados con objeto de que no propagaran tal noticia que pudiera dar lugar a una rebelión contra él.

Concluiré la descripción de los hechos sangrientos de Cabrera manifestando uno que llenó de terror y espanto al mundo y a la historia.

En el año 37, si mal no recuerdo, las fuerzas de Cabrera y las del general Pardiñas tuvieron un encuentro en los montes de Maella. Al principio se inclinaba la suerte a favor de las tropas liberales, y cuando ya creían vencida la acción en su favor, por una de aquellas cosas imprevistas que suceden en la guerra, los carlistas se rehicieron en tales términos que quedó la victoria por ellos, quedando dueños del campo. De cuya acción resultaron muchos muertos, entre ellos el mismo general Pardiñas, que murió defendiéndose con la espada en la mano como un héroe, y muchos prisioneros. De modo que puede decirse que aquella columna quedó totalmente deshecha.

El botín y los prisioneros fueron conducidos a Morella y al Horcajo, encerrándolos en edificios que tan apenas podían estar de pie. Y entre esto y el estar mal alimentados resultaron fiebres infecciosas que los diezaban. Por cuya causa los trasladaron a Beceite y convento de Benifassà, no por la mira del bien de ellos, sino porque no se contagiarian aquellas poblaciones.

Al conducir dichos prisioneros desde Maella se dio la orden de que a los prisioneros que no pudieran seguir las filas por cansancio o enfermedad se les fusilara en el mismo acto. Orden que también se dio al ser trasladados a Beceite y Benifassà, orden que se cumplió al pie de la letra.

Desde Maella a Morella creo fueron pocos los que murieron por efecto de tal orden, porque los soldados tenían resistencia porque habían estado bien alimentados entre las tropas del gobierno; pero cuando fueron trasladados a los puntos mencionados de Beceite y Benifassà fueron muchos los que murieron fusilados por no poder seguir andando. Efecto de las grandes necesidades y enfermedades que habían sufrido.

Entre Peñarroya y Beceite fueron fusilados de una vez sobre 25 o 30, solo porque no podían andar. Lo mismo sucedió entre Peñarroya y la Puebla de Benifassà, porque tenían que atravesar los Puerros de Beceite, y como terreno escabroso, no podían resistir la mar-

cha. Y en donde quedaban desfallecidos y rendidos, allí morían de un tiro que les descargaban a la cabeza una retaguardia que iba detrás de ellos con ese objeto.

Los pueblos inmediatos tuvieron que salir a dar sepultura a los cadáveres, que lo hacían en el mismo punto que los encontraban. Pero como las sepulturas las hacían poco hondas, los animales carnívoros los desenterraban y comían sus carnes, dejando los esqueletos mal radidos y los huesos dando vueltas, o mejor dicho al revolcón por el suelo, como yo tuve ocasión de ver.

Respecto de esto, se cuenta un episodio sucedido entre dos hermanos, que solo el pensarlo estremece el cuerpo. Uno de ellos estaba bastante animoso para andar, pero el otro no se encontraba con bastantes fuerzas para hacerlo. Al observar a su hermano se lo cargó en hombros con objeto de ver si lo podía subir por una pendiente muy empinada que habían de subir. Lo llevó un buen rato sobre sus espaldas, pero llegó un momento en que ya no pudo más, diciéndole a su hermano: «Si te llevo más, llegará un momento en que quedaremos rendidos los dos, y los dos moriremos desastrosamente». Entonces, oyendo los tiros de los que iban fusilando a los que se quedaban rendidos, y al oír el hermano enfermo la relación que su hermano le acababa de hacer, le dijo con ánimo sereno: «Yo estoy perdido sin remedio; trata de salvarte tú, no sea que por querer salvarme a mí perezcamos los dos». Con las lágrimas en los ojos y el corazón contrito, lo abandonó, con la idea de que ya no lo había de ver más, despidiéndose hasta la eternidad. Y así fue, porque al poco rato ya oyó el tiro que le habían disparado los que llevaban aquella comisión privándole de la vida.

Muy mal lo pasaron los oficiales y soldados procedentes de la derrota del general Pardiñas en Maella. Pero aún lo pasaron peor los desgraciados sargentos, porque fueron fusilados sobre 100 de ellos todos a un tiempo en un campo próximo al pueblo de El Horcajo, en donde habían abierto una zanja de antemano para que al caer lo hicieran dentro de ella, para lo que los mandaron poner en los bordes para ser fusilados. ¿Queréis saber qué culpa habían cometido para tratarlos tan inhumanamente? Pues solo el haber servido al Gobierno liberal que a la mayor fuerza los había llevado de su casa con harto sentimiento de ellos y de sus padres.

Al hacer la descarga para fusilarlos quedó uno de ellos ileso, y cuando vio que los carlistas se retiraban a la población, se levantó echando a correr hacia el monte. Pero con tan mala suerte que, apercibiéndose los carlistas, le dispararon algunos tiros dejándole muerto en el acto.

Al ser conducidos los prisioneros de Maella a Morella, aconteció un suceso que es digno de explicarse por lo raro en su clase.

Uno de los capitanes prisioneros se encontraba algo enfermo, causa por la que a las pocas horas de marcha se encontró muy fatigado, por lo que no podía seguir las filas. Como sabía el triste fin que le esperaba, se afligió en gran manera. Uno de los prisioneros que se hallaba con fuerzas y robustez se prestó a conducirlo algunos ratos sobre sus espaldas. El capitán recibió de ello un gran favor. Así es que con los esfuerzos sobrehumanos que hicieron el uno y el otro pudieron llegar a Morella, andando las 18 horas que hay de distancia de un punto a otro, siendo encerrados los dos en un mismo local. Aquí viene lo peregrino del caso. En sus conversaciones, pudieron averiguar que eran padre e hijo. Este se llamaba Juan, el que había resultado de unas relaciones amorosas que en sus travesuras juveniles había tenido con la madre del mencionado Juan. El que fue encargado a la custodia de un buen sacerdote de pueblo para que le educase con arreglo a la moral cristiana, como así lo hizo.

Al entrar en quinta, le tocó la suerte de ser soldado, y de esto resultó el suceso referido.

Concluida la guerra, con el auxilio de su padre y del cura que lo había amparado en su niñez, siguió también la carrera eclesiástica, siendo después un sacerdote ejemplar.

Volvamos a los prisioneros que estaban pasando las mayores amarguras que se pueda imaginar, porque era tanta la miseria y el hambre que les hacían sufrir, que llegó caso en que se mataban de unos a otros para comérselos después. No carne, porque ya no tenían, sino nervios y tendones duros como correones. Por lo que fueron fusilados algunos de los soldados que la necesidad les obligaba a convertirse en lobos carniceros.

Un carlista muy conocido mío que se encontraba a la custodia de los prisioneros en Beceite había presenciado dichos desagradables

sucesos. Y que para contenerlos tenían que hacer uso de las armas tal que las bayonetas, causándoles algunas heridas, de las que en lugar de salir sangre salía un líquido que tan apenas tenía color de sangre.

Algunos de ellos llegaron a fugarse, pero como no tenían fuerzas para andar, eran cogidos inmediatamente y la mayor parte de las veces eran fusilados. Tan solo se sabe de una vez que se escaparon 7 u 8, que después de pasar mil penalidades pudieron llegar a Alcañiz, en donde fueron vestidos y socorridos. Así es que, entre la miseria y desnudez parecían verdaderos esqueletos, cubiertos con la piel y con movimiento. ¿Cómo habían de estar si hacía mucho tiempo que no les daban por ración más que tres o cuatro patatas crudas que aun se reñían por escogerlas?

Respecto a los oficiales, algunos tomaron las armas en favor de los carlistas, otros se fugaron y por fin otros fueron fusilados.

Como aquella guerra era al principio guerra sin cuartel, hasta que intervinieron algunas naciones para modificar la ferocidad de los españoles, el gobierno en represalias de los sangrientos fusilamientos en El Horcajo fusiló otros tantos de los carlistas que también tenía prisioneros.



CAPÍTULO 8

Cabañero, sus evoluciones políticas. Entrada en Zaragoza

D Juan Cabañero nació en el pueblo de Urrea de Gaén, partido judicial de Híjar, de padres de una modesta fortuna. Tomó las armas voluntariamente en favor de D. Carlos. Fue famoso guerrillero, contrarrestando los famosos guerrilleros del gobierno, Belilla, Ferrer y otros. Era emprendedor, decisivo y hasta temerario. Por lo que consiguió el mando de coronel en las filas carlistas.

Cabrera, al ver sus proezas, al principio lo apreciaba mucho. Pero al ver que se iba encumbrando en el ejército carlista, le tuvo envidia y mala voluntad. Cabañero, que también era muy amante de su amor propio, temió que aquel le jugase una mala acción. Por lo que determinó ver el modo como pudiera congraciarse con D. Carlos y contrarrestar el poderío de Cabrera. Para ello era necesario prestar un gran servicio de armas a favor de los carlistas.

Viéndose encumbrado en el mando de tres batallones de tropa carlista, concibió la idea de ver si podía apoderarse de Zaragoza, por

medio de una sorpresa. Al efecto se encontraba en Maella y a marchas dobles se dirigió a Zaragoza, y escalando la puerta del Carmen, se internaron algunas fuerzas, las que abrieron inmediatamente la puerta, por donde entraron todas las fuerzas.

Lo que ignoro es si fue verdaderamente una sorpresa o una traición de los que constituían la guardia de dicha puerta. Lo que sí puedo asegurar, que Cabañero entró en la ciudad a la una de la mañana del día 5 de marzo de 1838.

Viéndose ya dentro de la población, se distribuyeron por calles y plazas, apoderándose de algunas guardias y, según tengo entendido, del parque de artillería. Mandaron abrir algunas tiendas de comestibles y bebidas, en las que regularmente consumían con exceso, especialmente bebidas, dando lugar a la excitación de los ánimos, y entre esto y el gran entusiasmo de que se creían ya dueños de la ciudad, principiaron a dar vivas a D. Carlos. Con esto bastó para que tropas leales y nacionales se apercibieran de que los carlistas estaban dentro de la ciudad. Así pues, sin indagar qué número de fuerzas enemigas se habían internado, se lanzaron a la pelea haciendo vivo fuego por ventanas, balcones y por las calles, construyéndose algunas barricadas en algunos puntos.

La colisión fue fuerte y algo sangrienta. Pero aunque los carlistas eran cerca de tres mil hombres, también los liberales, entre tropa y nacionales, reunieron un número de combatientes de alguna consideración. Por lo que Cabañero comprendió la imposibilidad de lograr su intento, dio orden de retirada fuera de la ciudad, en dirección a Torrero. Muchos de ellos lo pudieron hacer por las puertas de Santa Engracia y la del Carmen. Pero todo un batallón que se internó hacia el mercado y parroquia de San Pablo, fueron a salir por la puerta del Portillo, lo que no pudieron verificar porque la encontraron cerrada. En situación tan angustiada, no sabían qué determinación tomar, hasta que determinaron encerrarse en la iglesia y torre de San Pablo. Con cuyo acto se constituyeron ellos mismos en prisioneros de guerra. Porque las fuerzas leales inmediatamente sitiaron la iglesia y torre de San Pablo, intimidándoles la rendición. Lo que hicieron luego sin ninguna clase de resistencia.

El resultado de tal empresa fue fatal para Cabañero. Porque perdió todo un batallón con sus jefes y algunos prisioneros más, un

buen número de heridos de los que fallecieron algunos, y algunos muertos que se quedaron en la ciudad.

El botín que sacaron fue muy corto, porque como aún era de noche y las casas estaban cerradas, y solo estuvieron tres horas dentro, no les quedó tiempo para el saqueo.

Las pérdidas de los liberales fueron muy escasas. Constituido en un escaso número de muertos y algunos heridos y un escaso número de prisioneros, que luego se rescataron.

Por eso los zaragozanos celebran todos los años una fiesta popular, dedicada al triunfo que obtuvieron en aquella feliz jornada, siendo una de tantas causas conseguidas por los aragoneses.

Cabañero, por aquella empresa desgraciada, cayó en mayor desgracia con Cabrera. El que entonces más que nunca se encolerizó contra él, tratando de aniquilarlo por completo.

Pero Cabañero, conociendo las malas mañas de Cabrera, trató de ponerse en salvo, pasándose a las filas del gobierno. Por lo que el general Espartero le reconoció el empleo de coronel que tenía entre los carlistas, ascendiéndole luego a brigadier, debido a lo mucho que valía, para la ayuda de la terminación de la guerra, que era el sueño dorado de Espartero.

El Convenio de Vergara, celebrado entre los generales Espartero y Maroto, había producido el efecto propuesto, que era la terminación de la guerra. Así es que las facciones de Provincias Vascongadas, Navarra y algunas otras partes de España, se acogieron a él, quedando en aquellas partes tranquilizado el país. Menos Aragón, Cataluña y Valencia, que los carlistas y especialmente Cabrera no quisieron reconocer. Entonces Espartero, con su gran ejército, se dirigió hacia la frontera, en donde se había reconcentrado Cabrera con todas sus fuerzas, colocando su línea desde Caspe hasta Morella.

Las líneas de las fuerzas de Espartero estaban situadas desde Alcañiz hasta las alturas de los montes próximos a Cantavieja. En donde pasaron el invierno, aprovisionándose de municiones de boca y guerra.

Fórnoles, mi pueblo natal, como está situado en una altura y a tres cuartos de hora de la carretera que dirige de Alcañiz a Morella, quedó enclavado en el acordonamiento que pusieron los carlistas frente al de Espartero. Al que le alojaron en batallones de tropa, que apenas cabían de pie. Porque en aquella época apenas contaba 600

habitantes. Por lo que regularmente fue uno de los más castigados en las últimas [...] de la guerra civil.

Cuatro o cinco veces tuvimos alojado el dicho batallón. El sufrimiento fue en extremo molesto, porque además de la molestia de los alojamientos, teníamos que mantenerlos entre unos cuantos pueblos de alrededor del mío. Teníamos que facilitarles leña y agua, cama y ropas para dormir, y además teníamos que guardarlos de día y de noche, atalayando en las alturas de los montes próximos al pueblo e inmediatos a los caminos que conducían al pueblo. Constantemente estábamos de servicio de bagajerías y peatones para conducir pliegos de un pueblo a otro, bajo pena de la vida si no lo hacíamos como ellos mandaban. Pero el cansancio de los paisanos llegó a tal extremo que ya no podíamos resistir. De modo que por más amenazas que se nos hacían, ya no hacíamos caso de ellos, rasgando o escondiendo la correspondencia que nos entregaban, sin que llegara a su destino.

Asimismo sucedía que no íbamos a los puntos que se nos destinaba para vigilar, especialmente de noche.

Los carlistas llegaron a apercibirse de dichas faltas, por lo que destinaron una ronda de soldados para que revisara los puntos destinados a la vigilancia. Resultando que la mayor parte de ellos estaban abandonados. Al venir el día fueron presos los paisanos desobedientes, llevándoles a la plaza pública, en donde se les propinó una tremenda tanda de palos, que creímos que no podrían resistir. Pero por fin todos pudieron sanar en el término de unos días de las llagas y contusiones que les causaron.

Los carlistas no perdonaban medios de castigo a nadie, pues hasta a los mismos soldados los castigaban con rigor, y hasta los fusilaban si los creían merecedores de ello. Presencié algunos de estos castigos. El que vi castigar con más rigor fue a cuatro soldados que, por haber abusado de su patrona, fueron llevados a la plaza y, puesta la cabeza sobre un tambor, les dieron tan gran paliza que arrancaban pedazos de camisa y porciones de piel de sus costillas, que luego fue necesario que les ayudaran a levantar y conducirlos a su alojamiento. Muy malos estuvieron unos días, pero ninguno se murió.

Cuando Cabrera observó que las fuerzas de Espartero emprendieron el avance en dirección a la línea de los carlistas y a Morella, concibió la idea más bárbara y destructora que pueda caber en la

cabeza de persona humana. Dispuso que fueran quemados y destruidos todos los grandes edificios que estuvieran algo inmediatos a la carretera que dirige de Alcañiz a Morella, que era por donde había de conducir Espartero todos los convoyes para el sitio y toma de Morella. Todo con el fin de que no le sirvieran de almacenes, de descanso y albergue de sus tropas.

Principiaron, pues, por quemar y destruir la iglesia y torre de Castelserás, batiendo la torre con barrenos de pólvora. Edificio de mucho valor, el que ha estado muchos años sin poderlo reedificar por falta de recursos en los pueblos. Lo que no se comprende es el motivo de tal determinación. Porque nunca Espartero se hubiera servido de tal edificio, por encontrarse a 4 horas de distancia de la mencionada carretera.

En Valdealgorfa quemaron una preciosa ermita titulada la Virgen del Buen Suceso, muy próxima a la población, que no sé si aún hoy estará reedificada. Tampoco se comprende el objeto, cuando en el pueblo existen grandes edificios que se pudieran haber habilitado para almacenes o algún otro fin, de los que no se hizo uso de ellos.

En La Fresneda demolieron un antiquísimo castillo que ya no se podía habitar en él, por estar medio arruinado, y una bonita ermita de Santa Bárbara, que creo que no se han levantado. Tampoco se comprende el motivo de tal destrucción, porque Fresneda se encuentra a tres horas de distancia de la carretera.

En Fórnoles, quemaron el gran edificio santuario de la Virgen de Monserrate de Fórnoles, que se compone de la iglesia, una gran casa para el santero y alojamiento para las personas más principales que acceden en procesión al Santuario en diferentes épocas del año, de una casa para el sacerdote, de una capellanía que allí hay fundada, de nueve habitaciones, fundadas sobre una colección de porches como los de Zaragoza, en donde se alojaban las personas más principales de las nueve procesiones que acudían de los pueblos inmediatos en diferentes días del año, y una paridera para encerrar ganado.

Este edificio, efectivamente, le servía de mucho al general Espartero, porque además de ser tan capaz, reunía la circunstancia de estar a un tiro de piedra de dicha carretera. Pero para poco les sirvió a los carlistas su destrucción, porque aunque de un modo provisional, en muy pocos días se cubrió el edificio de tejados, sirviendo perfecta-

mente para el objeto de almacenes, descanso y alojamiento. Hoy falta muy poco para concluir su reconstrucción. Tengo que advertir que, gracias a los muchos ruegos, súplicas y abundantes lágrimas de las mujeres, se pudo conseguir del jefe que dirigía la quema que no se incendiara la iglesia. Pero con mucha repugnancia del mismo, porque decía que el que no quiere caldo, taza y media. Pero basta decir que dicho sujeto era obrero del campo, de muy escasa educación, natural de Codoñera, y por señas llamado Giner de apellido.

En Monroyo quemaron todos los principales edificios de la población, tal que la iglesia, el palacio que llaman del Marqués, casa llamada del Administrador y Casa de la Villa. Tampoco se comprende el objeto. Porque, si bien es punto muy a propósito para el objeto de Espartero, para eso quedaba todo lo restante del pueblo, para que sirviese de almacenes y alojamientos, como así sucedió.

De los edificios quemados, aún existen hoy algunos que no se han levantado.

El pueblecito de La Pobleta de Morella fue arrasado por completo, sin tener en cuenta que se quedaban sin hogar sobre 20 familias de que se componía el pueblo. Mucho tiempo estuvo destruido. Pero hoy ya está todo reedificado.

Por fin llegó la primavera, y las tropas de Espartero, bien pertrechadas y municionadas, adelantaron la línea en dirección a la de los carlistas y Morella. Los carlistas se dirigieron hacia el Maestrazgo.

En Fórnoles se alojaron un batallón de tropa, un escuadrón de caballería, cuatro piezas de artillería montada, con su correspondiente número de caballerías para conducir las. Como no había local a propósito para colocar la artillería, tuvieron que habilitar la iglesia para parque. Las mesas de los altares servían para pesebres donde pudieran comer las caballerías, y la sacristía de cárcel para encerrar los delincuentes y de administración militar. Mientras duró la estancia de las tropas en el pueblo no se celebró misa.

Las mujeres que tenían que amasar, lo tenían que hacer en las casas de campo o en los pueblos inmediatos, porque del único horno que había en el pueblo se habían apoderado los soldados para cocinar para ellos. Pero por cierto que no hacía mucha falta el horno, porque se observaba mucha diferencia de la situación carlista a la de entonces.

La mayor parte de la gente del pueblo comíamos de los alimentos de los soldados, que por cierto eran muy abundantes e iba todo muy barato, excepto las bebidas, que iban muy caras. El local que antes había sido granero del diezmo, lo repletaron hasta el tejado de sacos de harina, de judías, arroz y piezas de tocino.

El servicio de bagajerías y conducción de la correspondencia se lo hacían ellos todo. De modo que los paisanos solo teníamos la gran molestia del alojamiento y el sostener los gastos de leña y agua. Yo y mi familia tuvimos que dormir en casa ajena, porque la nuestra, además de ser algo pequeña, teníamos media compañía de soldados alojados.

La primavera de aquel año fue muy lluviosa, así es que con lo muy frecuentadas que estaban las casas se llenaron de barro las habitaciones, y especialmente los tramos de las escaleras. El que después de haberse secado tan apenas podía andarse por ellas. Por las desigualdades que presentaban, suciedad que no pudo limpiarse hasta que se fueron las tropas, por la continuación del andar, subir y bajar por ellas. Pero lo mejor que pudo suceder en el pueblo fue el que no se desarrolló ninguna enfermedad de fiebres perniciosas, toda vez que hubo bastantes causas para ello, por la falta de reglas higiénicas que no se podían observar.

Llegado el buen tiempo, las fuerzas liberales emprendieron la marcha para Morella. Los carlistas se propusieron hacerles frente situándose en algunas alturas del terreno. Pero al ver el ímpetu de las numerosas fuerzas del enemigo, se contentaron con disparar unos cuantos tiros, retirándose precipitadamente hacia las fragosidades de los montes y pueblecitos del Maestrazgo.

Espartero tropezó con algunos pequeños inconvenientes en su marcha, que consistían en grandes piedras que los carlistas habían situado sobre la carretera. Al par que algunas excavaciones y destrucción de algunas alcantarillas. Pero que fueron remediados con prontitud y facilidad.

Llegadas las tropas cerca de Morella, la sitiaron inmediatamente. Apoderándose de unos fuertes de poca consideración que los carlistas tenían al exterior de Morella.

En pocos días arreglaron las baterías en puntos muy a propósito, colocando la artillería, con mucha abundancia de municiones. Empren-

diendo el fuego de cañón, pero especialmente el bombardeo. Sin embargo de ello, los carlistas se negaron a la rendición que se les intimó. Por lo que continuó el bombardeo con tal ímpetu que los sitiados se atemorizaron, entrando entre ellos un pánico indescriptible. Viéndose en tal situación intentaron la fuga de noche, por diferentes caminos, pero como las medidas estaban bien tomadas por las tropas, no lo pudieron verificar, encerrándose otra vez dentro de la población.

Entre tanto el bombardeo y cañoneo continuaban, contestando de dentro con alguno que otro disparo de cañón.

Cuando el bombardeo había causado mucho daño a la población, contándose entre los estragos el hundimiento del hospital militar, los carlistas trasladaron los enfermos y heridos a la iglesia parroquial. Edificio muy fuerte, por estar el techo fabricado de piedra cantería, que es lo que se llama a prueba de bomba.

Como este edificio era el que ofrecía una seguridad que ningún otro de la población, allí se refugiaron muchos jefes y oficiales de los sitiados, con algunas otras personas más de alguna importancia de la población. Además había un almacén de harina que, para poder amasarla, tuvieron que tomar una de las dos hojas de que se componía la puerta de la iglesia, quedando tan solo una hoja abierta para entrar y salir la gente.

De esto se apercibió Espartero. Por lo que ordenó que se bombardease la iglesia. Pero las bombas no hacían huella en el tejado, rodando caían al suelo, formando unas grandes excavaciones al tiempo de estallar. Excavaciones que yo tuve ocasión de ver.

Al ver esto, Espartero dispuso que uno de los mejores apuntadores de los artilleros dirigiera los disparos de bomba contra una claraboya, que detrás de ella estaba el altar mayor. El artillero tuvo tan bien su puntería, que al segundo disparo metió la bomba dentro de la iglesia, derribando el altar y cayendo en medio de la gente, produciendo un terror espantoso. Un oficial carlista que allí había intentó apagar la espoleta, dándole con el pie, de lo que resultaba que aún la avivaba más con el roce. Por fin estalló, y el cuerpo del oficial y de algunas otras personas fueron destrozados completamente.

El estallido de la bomba produjo la caída de algunas mesas que contenían botellas llenas de vino y otras bebidas que algunos indus-

triales habían llevado allí con objeto de buscar ganancias. Los líquidos se derramaron por el suelo. De modo que entre esto y la mucha sangre que vertían los muertos y heridos, se puso el pavimento de un color encarnado que todos creían que todo era sangre. Agréguese a esta confusión el que un casco de bomba cayó en el almacén de harina, levantando una inmensa polvareda, que unida al humo producido por la pólvora de la bomba, se formó una atmósfera oscura, densa y sofocante.

La gente al ver la bomba dentro de la iglesia se precipitó a la puerta para su salida. Pero como no había más que una hoja abierta, el apresuramiento de la gente dio lugar a que se cayeran algunas personas al suelo, y tras de ellas otras y otras hasta que se quedó la puerta tapada por una multitud de personas las unas sobre las otras. Lo que dio lugar a muchas desgracias.

Por fin se tranquilizó el terror, se principió a levantar cadáveres y heridos que obstruían la salida de la iglesia, con objeto de que pudiera salir la gente que había quedado con vida. La que fue a albergarse a las habitaciones subterráneas de la población, quedando solo en la iglesia los muertos y heridos que no podían andar. Entre ellos un amigo mío, que se encontraba allí herido de un balazo en la rodilla, quien me refirió este triste suceso.

Frente a las baterías sitiadoras, tenían otra los sitiados, situada en las mismas peñas del castillo, lo que les causaba muchas molestias a la tropa.

Espartero dio orden para que se viera si se podían apagar sus fuegos. Al efecto, se dispuso que el artillero que había introducido la bomba en la iglesia se encargase de verificarlo. En efecto, al segundo o tercer disparo de cañón, dio con una bala rasa a la boca del cañón del castillo, el que fue destrozado, y causando algunas desgracias entre los artilleros. Los que huyeron precipitadamente hacia el castillo.

El polvorín de los carlistas estaba situado en una espaciosa cueva, situada a la subida del castillo. Allí pues se dirigieron algunos disparos de bomba, con el objeto de ver si alguna de ellas daba contra la puerta del polvorín, cosa que se consiguió al cabo de unos cuantos disparos. Al estallar la bomba, rompió la puerta de la cueva. La pólvora estalló, lo que produjo tal estruendo que pareció se hundía el mun-

do. La fuerza de expansión de la pólvora levantó enormes peñascos, que algunos de ellos fueron rodando hasta una pradera que hay al pie de las rocas, y otros hasta la plaza de la iglesia, por estar esta situada a las faldas del castillo.

De modo es que parecía que la divina providencia dispuso las cosas de tal modo para dar fin a la guerra.

Viéndose los carlistas en tan triste situación y sin municiones, pidieron capitulación, la que les fue concedida. Pero ignoro las condiciones. Respecto a las clases, no sé lo que fue de ellas. Los soldados fueron destinados a dos años de presidio a trabajos forzados en Zaragoza.

Espartero, dejando una buena guarnición en Morella, se retiró con sus fuerzas y abundancia de municiones de boca y guerra, pues de estas tenía para haber hundido Morella hasta los cimientos.

Cabrera, con las fuerzas que le quedaban, llegó a Perpignan en donde entregaron las armas a los franceses, internándose dentro de Francia; marchando los soldados a los puntos que entre los franceses y el gobierno de España tenían acordado.

Desde el momento de su entrada se les pasó un socorro para que no se murieran de necesidad, que costaba el gobierno español. Dejándoles las manos libres para que cada cual en su arte u oficio se ganase lo que pudiera. Así es que en el tiempo que estuvieron en Francia, no pasaron ninguna necesidad. Así concluyó aquella guerra fratricida y desoladora, dejando a la patria en paz que tanto se ansiaba.

Qué expansiones de alegría y alborozos de bienestar y tranquilidad se observaban en las gentes. Parecía mentira que había de llegar un momento en que se pudiera decir «me voy a la cama con tranquilidad, porque sé que nadie me ha de molestar, por la noche, obligándome a prestar servicios de guerra, ni nadie ha de venir a comerse los alimentos míos y de mi familia, ni nadie me ha de quitar la capa o manta que me abriga, ni el calzado que preserva mis pies, etc.».

Por la mañana sabía que me podía ir a mis obligaciones sin que nadie me molestara. Los días de fiesta sabía que podía dedicarlos a su santificación y a expansiones de distracción, para descansar de las fatigas de la semana, sin que nadie se opusiera a ello.

Qué manifestaciones públicas se hacían, con estandartes y emblemas de triunfo e instrumentos musicales a favor de la paz y de la liber-

tad. Entre tanto los carlistas, qué tristes y cariacontecidos se encontraban, que tan apenas se atrevían a tratar con los liberales. Porque en aquellos tiempos, eran muy pocos los que no tuvieran pasión, por uno u otro bando. Pero lo cierto es que los liberales, en medio de su expansión de alegría, molestaron muy poco a los carlistas, que no se metían en ninguna cuestión que pudiera ofenderles. No sé si la oración se hubiera vuelto por pasiva hubiera sucedido lo mismo.

Pero la paz no fue ni ha sido tan duradera como era de desear. Porque luego se presentaron algunos partidos nuevos de carlistas, que perturbaban la tranquilidad pública. Y así continuamente ha ido siguiendo hasta la fecha. No solo de carlistas, sino entre los mismos liberales, y más tarde los republicanos y anarquistas. Pero para dar una breve pincelada a estos sucesos, necesito capítulo aparte.

la, tan solo una vez me acordé de ir a comprarlas, por no ir a la escuela. Dijeles de que querían a sus padres, que me había sabido muy bien la lección.

Por fin de la edad de 10 años, mis padres me sacaron de la escuela, que con ausencia de mis tres hermanas de mi digno padre, detruyeron en esta deca la latencia, con mi tío D. Pyaula, que por creencias de la política se encontraba en el mismo pueblo. Pero por a ello por unos Capitulo a parte.

Capitulo 2º

Mi infancia y primera educación

No fue muy halagüeña mi primera infancia, por que como mi madre contrajo segundas nupcias, me llegó a darme una familia, y como yo fui el primer hijo que tuvo, y como yo contaba con medio corona tener una sirvienta, las honras que me quedaban de ser preceptor de la escuela, tenía que dedicárselas a la guarda y custodia de otros hermanos míos que vivían al mismo tiempo de mí, para que entretanto pudiera mi madre dedicarse a dar paridos a las hembras que irían también a la escuela.

Algunos trabajosillos me dieron en esta guarda de mis hermanas, yo me juntaba con otros niños, con objeto de jugar, correr y divertirme, dejaba la criatura que guardaba sentada al lado con el que orino para que no se lastimase. Pero si



3ª ÉPOCA

CAPÍTULO 9

Sucesos revolucionarios después de la guerra

Al poco tiempo de concluida la guerra, aparecieron algunas partidas carlistas, que aunque de poca importancia, eran lo suficiente para perturbar el orden y la paz que se disfrutaba, cuyos partidarios eran procedentes de los carlistas que habían quedado rezagados que no habían querido entrar en Francia, y que no podían acogerse al indulto porque la mayor parte de ellos habían cometido crímenes.

Esto dio lugar a que en los pueblos se armaran algunos liberales para perseguirlos y custodiar los pueblos, hasta que se organizó la milicia nacional. Esto dio buenos resultados, porque al verse tan perseguidos desaparecieron.

Por mi país apareció una partida que causó muchas molestias a la gente. Por la forma que tenían en reunirse y en descomponerse con mucha facilidad.

El jefe se llamaba Tomás Peñarroya, apodado «el Groc». En aquella época se encontraba de capitán general de Aragón, Valencia y Murcia un tal D. Juan de Villalonga, hombre muy activo y amigo

de cumplir con sus deberes. El que viendo que por medios algo suaves no podía destruir dicha partida, tomó medios tan enérgicos, que parece están poco conformes con la moral.

Al efecto, dispuso que fueran desalojadas y tapiadas todas las casas de campo y pueblos pequeños del Maestrazgo de Morella bajo pena de la vida a los que no cumplieran la orden. Lo que fue un conflicto para aquel país, porque abundaban mucho los caseríos fuera de población. Pero no hubo más remedio que obedecer, cerrando todas las masías y pueblos pequeños, entre ellos La Pobleta de Morella, que contenía de 20 a 29 casas, viéndose en la necesidad de marcharse a vivir a los pueblos inmediatos.

Dispuso también que los campesinos no pudieran llevarse al campo más que una libra de pan y un cuartillo de vino por persona al día y que nadie pernoctase en el campo. Puso guarnición en muchos pueblos. Todo ello con objeto de que por falta de recursos se vieran precisados a huir a otro país o a indultarse. De modo que entre esto y la persecución que se les hacía, tuvieron que disolverse. Escondiéndose unos e indultándose otros. Y otros tuvieron que emigrar porque no podían presentarse a indulto porque eran criminales.

Entre ellos estaba el jefe, que hacía algunos días se amparaba en una casa de campo, en donde se le facilitaban los alimentos y algunas prendas de vestir, si necesitaba, de un modo fraudulentamente por el amo de la masía. Esto sucedía de noche, y de día se estaba escondido en una cueva que él solo conocía.

El jefe que vigilaba aquel país supo el amparo que en la masía se le proporcionaba al dicho Groc. Por lo que mandó que el amo de la masía compareciese ante su presencia, diciéndole que si en el término de ocho días no miraba el modo de coger al cabecilla, sería él fusilado y le incendiarían la masada, secuestrándole todos sus intereses. Semejante orden atemorizó al campesino. El que prometió daría aviso cuando fuera momento oportuno para prenderle. En efecto, así sucedió. Un día fue a dar aviso [y] aquella noche, algo temprano y al amparo de la oscuridad, se apostaron 8 soldados y se ocultaron dentro de la casa conservando el mayor sigilo. Porque el sujeto acudiría sobre las doce de la noche. Pero que estuvieran muy alerta porque el Groc era muy astuto y audaz.

Habían convenido entre los dos que le tuviera prevenidas un par de alpargatas y algo de que comer.

Los soldados estaban prevenidos. El general acudió a la hora citada. Pero fuera por temor o por alguna sospecha, no quiso entrar en la casa después de estar la puerta abierta. Diciéndole al campesino que le sacase fuera la comida y las alpargatas.

El jefe de los soldados, que estaban ya en el mismo patio, viendo que no quería entrar, mandó descargar cuatro tiros contra el cabecilla rompiéndole una pierna. Pero como era un hombre tan fuerte, medio arrastrando se metió en un campo de mies muy alto que había cerca de la casa. Resultando que por más que rebuscaron, no pudieron dar con él hasta que vino el día, que por efecto del rastro de algunas gotas de sangre, le encontraron muy afligido a causa de los grandes dolores que le causaba la herida, a la que se había apretado un pañuelo en forma de vendaje para contener el derrame de sangre.

No lo mataron en el acto, porque los soldados tenían orden de que lo presentaran vivo si podía ser.

Lo montaron sobre una caballería para conducirlo al jefe. El masovero iba también con los soldados, con objeto de tomarle declaración sobre el particular. Este llevaba el trabuco del Groc con el que le disparó un trabucazo dejándole muerto en el acto sin que los soldados pudieran remediarlo. Esto, sin duda, lo hizo con el objeto de que no descubriera los chanchullos que tenían entre los dos.

El Groc terminó así sus días, y el campesino, por aquel hecho, fue unos cuantos años a presidio.

Por tierra de Alcañiz apareció otra partida de poca importancia comandada por un tal Soler, natural de Alcañiz. Esta estuvo merodeando por algún tiempo por los montes y poblaciones pequeñas a las que les sustrajo algunas cantidades. No pudieron hacer muchos prosélitos, porque [estaban] muy perseguidos por los liberales. Al verse tan acosados, determinó Soler que se disolviese la partida y que cada cual se arreglase como pudiera, y él y dos de sus mayores amigos, que también figuraban como clases, determinaron irse a Francia. Soler, como jefe superior que era entre ellos, llevaba el botín que en sus correrías habían podido reunir, el que se resistía a distribuirlo entre los tres, sin duda para ver si podía

entrar en Francia sin hacerles parte a sus compañeros. Estos se apercebieron de la jugada y acordaron matar a Soler, repartiéndose los dineros entre los dos.

Para evitar la persecución, dormían por el día y andaban por la noche por sendas extraviadas. Soler, como era el jefe, iba delante sirviendo de guía a los otros dos. Estos convinieron en dispararle un trabucazo el que fuera tras de Soler, y si no era bastante, le dispararía otro el que iba el tercero, todo con objeto de hacerse con el dinero. Así pues, al atravesar un monte, el que iba tras Soler le disparó un tiro a boca de jarro, cayendo Soler muerto en el acto. Entonces, el tercero disparó otro trabucazo sobre el segundo, que quedó también muerto instantáneamente. Apoderándose de todo el dinero que llevaban, poniéndose luego en salvo penetrando en Francia.

Así concluyó su vida el cabecilla Soler, persona que yo conocía mucho por haber estado algunas veces de posada en casa de sus padres en Alcañiz.

Las tropas carlistas, que se internaron en Francia, al cabo de una temporada no muy larga fueron amnistiadas por el gobierno español. Las que pudieron volver a España a reunirse con sus familias.

Algunos de los jefes se acogieron a la amnistía. Otros lo hicieron al Convenio de Vergara cobrando el sueldo que según clase les correspondía.

Pero hubo entre ellos que por más que se les instó para que se revalidaran, no lo quisieron hacer, prefiriendo pasar su vida hasta con escaseces, diciendo que no querían nada de sus enemigos, como hizo un primo hermano de mi esposa llamado Pedro Albesa.

Algunos jefes y oficiales se quedaron en Francia. Algunos porque encontraron allí medios de darse la vida, y otros porque tenían miedo a la justicia porque eran criminales, o por miras revolucionarias.

Cabrera permaneció allí por espacio de algunos años, habiendo hecho entre tanto algunas entradas a España, produciendo algunos nuevos alzamientos en sentido carlista por Cataluña, que dieron mucho quehacer al gobierno, porque se extendieron hasta Aragón.

Pero la que tomó mayor incremento fue la que llegó a reunir de 5000 a 6000 hombres, los que se atrevieron a combatir con la división del general Manzano, entre los que llevaba el regimiento de la

sección, el que quedó totalmente destruido. De los que resultaron algunos muertos, muchos heridos y los demás quedaron prisioneros. Entre ellos, el mismo general.

Al ver el gobierno aquel desastre, mandó un fuerte ejército a Cataluña para vengar aquella acción y ver de arruinar a los carlistas.

Entretanto, Cabrera se había hecho aún más fuerte, porque muchos de los prisioneros tomaron las armas a favor de D. Carlos, como lo hizo un medio hermano mío.

Pero al ímpetu de tanta fuerza por parte del gobierno, Cabrera no pudo resistir. Y como, además, las demás partes de España no respondieron al llamamiento, se vio en la necesidad de abandonar el campo y volver otra vez a Francia. Porque el país no estaba para bromas, en vista de lo mucho que había sufrido con los siete años de guerra civil.

Desengañado Cabrera, se conoce que determinó por entonces retirarse de tales aventuras, marchándose a Inglaterra, en donde contrajo matrimonio con una dama americana que le aportó un buen patrimonio (según dicen). De modo que con esto y lo que él se llevaría de España, que no sería poco, bien podrían pasarlo con decencia en el extranjero.

Sin embargo de ello, cuando el reinado de D. Alfonso XII, aún dio muestras de no estar satisfecho con su fortuna. Porque, no sabemos si fue por algún negocio de los españoles o bien por objeto de su mucha ambición, lo cierto es que reconoció y acató las instituciones de España, reconociéndole el empleo de capitán general que había tenido en las filas de D. Carlos, cobrando entre tanto su correspondiente paga. Paga que, por cierto, no pudo disfrutar por mucho tiempo, porque murió luego, pasando a rendir cuentas a Dios de sus hechos, que por cierto los malos fueron muchos y muy cruentos.

para la construcción de ruedas de carros el dinero que nosotros llevábamos, era todo plata y como pesaba tanto fuimos la bolsa en un lado del carro, pero con las grandes sacudidas del carro, en un momento de no llegar y por mal camino, la bolsa se fue bajando al fondo del carro hasta llegar a lo que llaman volcos. Ahí a buscar el dinero, nos encontramos un que había desaparecido del punto donde lo habíamos colocado. con el gusto conseguí ir al punto donde se cayó, pero la mala hora por ver si aparecía por algún punto. Pero ya se debía de quitar toda la madera y el volco no parecía, por lo que ya entré en los pechos de que lo habían robado en el camino o sea lo habían robado del carro. Pero quiso decir que después de quitada toda la madera, por encima en las volcos del carro lleno de tierra y hojarasca, que no se causo por eso pero no por eso la estera y la perdí en el camino.

11ª Época

Capítulo 11

Mis estudios y sucesos ocurridos durante ellos

Y en tal caso ya en Loraquea, determinamos poner una tienda de campaña, con objeto de proporcionar al mismo tiempo para ayuda de nuestra



CAPÍTULO 10

Mis sucesos, desde el año 40 al 54

Concluida la guerra civil de los 7 años, pude dedicarme con libertad al cultivo de mis campos, que, por cierto, por causa de la guerra estaban mal cultivados. También restablecimos la tienda de comestibles y quincalla que habíamos abandonado por no poder acudir a ella, efecto de los contratiempos por que atravesábamos.

Como la casa había quedado muy esquilmada por los muchos gastos que había tenido necesidad de sostener, mediando además la fatal circunstancia de que mi padre político, efecto de la holganza en que se había acostumbrado, se dio a los vicios del juego y de la embriaguez, con lo que causaba algunos perjuicios a los intereses de la casa. Si bien es verdad que no se hizo esperar mucho su fallecimiento, regularmente causado por los abusos del uso de las bebidas, siguiéndole luego su esposa, que falleció efecto de una pulmonía.

Pero si bien se habían rebajado los gastos de casa, bien pronto se fueron aumentando con los hijos que iban viniendo. Y como a la muerte de mis padres políticos dejaron algunas deudas, amén de 180

misas que dejó dispuesto se celebrasen por el bien de su alma. Mediando además la circunstancia de que sobre uno de mis campos gravitaba un *censo* de 17 pesetas anuales. Cuyo *censo* hacía más de 70 años que no se pagaba. Y entonces me reclamaron todas las anualidades vencidas. De cuyos resultados, la casa quedó muy empeñada. Agréguese a esto sobre 50 duros de gastos que se me ofrecieron, efecto de un juicio de faltas que me hizo el alcalde de mi pueblo (entonces no había jueces municipales) por el enorme delito de haber encontrado a dos primos hermanos míos en mi casa a las nueve de la noche el día 12 de marzo jugándose medio litro de vino, imponiéndome por ello 9 pesetas de multa y tres días de arresto. Sentencia que me pareció injusta, porque no había razón para ello. Por lo que apelé ante el señor juez de primera instancia del partido, el que para decir de qué parte estaba la razón, inventó mil patrañas y gabelas, practicando muchas diligencias innecesarias, por lo que hizo subir los gastos a los 50 duros mencionados. El fallo de la sentencia fue la confirmación de la que había dado el alcalde.

La causa del origen de tantos gastos causados era porque entonces los jueces y demás operarios de los juzgados no eran pagados por el gobierno, como hoy sucede. No tenían más que los derechos de arancel. Por eso, cuando caía un negocio en sus manos y comprendían que los beligerantes tenían medios para solventar los gastos, se agarraban hasta las paredes como los gatos, dejándolos sin plumas y cacareando.

Aquí fue ya en donde me vi en la necesidad de haber de proporcionar medios para sostener mis gastos. Porque los campos que nos quedaban, ayudados con la tienda, no daban productos suficientes al sostenimiento de mi casa.

A la sazón, me encontraba de teniente alcalde del municipio, y como entonces recaudaban los ayuntamientos todo lo que se cobraba en los pueblos, pude conseguir que se me nombrase recaudador, produciéndome la utilidad del 3 por ciento que entonces se daba por derechos de cobranza. Pero como el pueblo es pequeño, y por lo tanto cuenta con poca riqueza, resultaba que las utilidades eran también pocas. De modo que las utilidades tan apenas recompensaban los gastos.

En aquel intermedio de tiempo, el señor gobernador de la provincia dispuso el nombramiento de guardas de montes, en forma

que cada guarda cuidase de los montes de 3 o 4 pueblos, con una dotación que estuviera en relación con el trabajo que tuvieran que desempeñar, pagado por los municipios.

Pero como por aquel país los montes son de propiedad particular, lo mismo que los campos, resulta que los montes comunes son muy escasos y, por lo tanto, la dotación que asignaron los tres pueblos de Fórnoles, Ráfales y La Portellada, agregados para sostener un guarda, fue muy corta. Sin embargo, a mí me pareció que aún podía sacarse algo de partido, por lo que lo solicité y se me concedió.

Poco era lo que producía el tal empleo, pero aún era menos el trabajo que empleaba para desempeñarlo. Por lo que mi intención era el conservarlo. Pero muy pronto se modificó el reglamento de guardas de montes, en términos que a mí ya no me convenían, por lo que tuve que abandonar el destino.

En tal estado las cosas, no encontré otro medio para el sostenimiento de mis gastos que dedicarme al trato de caballerías, en compañía de un amigo mío. Pero como ninguno de los dos podíamos disponer de muchos fondos, el número de caballerías que pudimos comprar fue muy pequeño. De lo que resultaba que agregando esto a la mala venta que había, importaban más los gastos que los recibos. Por lo que tuvimos que abandonar aquel negocio.

Entonces me dediqué al negocio de ganado, comprando un hatajo de ovejas, buscando un pastor que lo cuidase. Pero como el ganado era corto en número de reses, por no tener fondos para mayor número, resultó también que me era más perjudicial que útil, por lo que me deshice de él.

Como aún conservaba la tienda, determiné aumentar esta con telas y pañolería. Mi casa era pequeña para este negocio. Al efecto arrendé una gran casa que estaba frente a la mía que en otros tiempos había sido granero de los diezmos, en donde había mucho local.

Dicho local pertenecía al infante D. Francisco de Paula y lo cuidaba un señor administrador con residencia en Alcañiz.

La casa, como había poco interés por parte del administrador, estaba muy arruinada, porque hacía mucho tiempo que no se hacía uso de ella.

Me pareció a mí que dicho local me podía convenir, por lo que lo arrendé por un precio muy barato, pues no pagaba más que 25 pesetas de arriendo anual, pero a condición de que había de arreglar y sostener el edificio.

Para poder habitar en él, tuve que gastar bastante en composturas de tejados, hacer departamentos, cocina y todo lo que se necesitaba para poder vivir en ella.

Viéndome con aquella capacidad de casa, me ocurrió la idea de dedicarla a posada, porque reunía la favorable condición de que estaba situada a la plaza principal.

Al efecto, hice cuadras y departamentos a propósito para ello. Muy pronto fue la posada de más concurrencia de gente de las tres que había en la población.

Mi esposa, como se había criado con el negocio de la tienda, era a propósito para el despacho del negocio de la industria. Con lo que yo podía salir con una carga de telas y pañuelos a vender fuera de la población, haciendo mis correrías por el país.

Pero sea que la época no era a propósito para aquel negocio, porque había muchos que se habían dedicado a él, o porque el país estaba pobre aún por los muchos gastos que había tenido que soportar en la guerra, que no hacía mucho que se había concluido, lo cierto es que se vendía muy poco. Resultando que tan apenas las utilidades recompensaban los gastos que se ofrecían. Por lo que desistí del comercio de telas ambulante.

Además de estos medios de vida que me buscaba, agréguese el que yo era el comisionado para ir a Teruel a despachar todos los negocios del municipio y algunos de los particulares, lo que me valía algunas ganancias. Porque aunque las dietas no eran muy elevadas, me reportaba utilidades, porque la mayor parte de las veces recorría a pie las 38 horas que hay de distancia, solo porque las caballerías fueran a trabajar a los campos.

Pero sin embargo de todo ello, mi casa iba en decadencia. Regularmente por aquello de que a la casa empeñada nunca le va la buena añada. Viéndome en tal situación y siendo aún jóvenes tanto yo como mi esposa, y en disposición de tener más familia, como así sucedió, pues entonces teníamos tres, y luego vinieron cuatro más.

Aquí te quiero, escopeta. Aquí entró el discurrir y pensar el medio de vida para mí y mi familia, pero no encontraba ninguno. Porque ya había agotado mi repertorio y entre todo no me habían reportado el objeto deseado.

De aquí el dar vueltas y cabildeos a mi imaginación. Tanto en el campo como en los caminos, en casa y en las vigilias de la noche y aun ensoñando. De modo que no pensaba en otra cosa más que en el triste porvenir que me esperaba, tanto a mí como a mi familia. Porque decía: si antes, con todos los intereses e industrias que teníamos, habíamos venido a menos, en términos que tan apenas podíamos mantenernos, ¿qué será ahora, que contamos con menos intereses y menos utilidades? Porque, a la verdad, a las reclamaciones que nos hacían nuestros acreedores, no podíamos satisfacerlas. Por lo que nos vimos en la necesidad de haber de vender algunos campos.

Pensaba yo y decía: yo me veré en la triste necesidad de haber de ir a ganar un triste jornal de peseta o lo más cinco reales, que en aquel país ganan los jornaleros del campo. Y eso no todos los días. ¿Cómo, pues, con ello y algunos pequeños recursos que nos proporcionan los pocos campos y escasa industria que nos queda, han de proporcionar medios para sostener el gasto de mi casa?

Triste situación la mía. La causa de haber llegado a aquel atolladero, ¿era la de que yo había sido un despilfarrador y un vicioso? No. Me queda la satisfacción de poder decir que nunca en mi vida lo he sido, y nunca me ha dominado ningún vicio. Ni aun los más dominantes, que son las sensualidades carnales. Testigos son de ello mi familia y todos los que me conocen. Pues si mi ruina no procede de esto, ¿qué causa reconoce? Arcanos son estos que solo a la divina providencia le están reservados el conocer.

Algo pudo contribuir a nuestra ruina el que nuestra casa era muy pequeña, como ya he manifestado. Razón por la que nos gastamos sobre 3000 reales en levantarla dos pisos y reformar la obra vieja. Por lo que quedó una casa regular.

Cuántas veces en tan crítica situación me entretenía en buscar medios para salir de ella. Hasta que regularmente la divina providencia me inspiró la idea de que me dedicase al estudio de alguna carrera, aunque a la sazón contaba ya 36 años de edad.

Principié pues a meditar sobre el particular calculando el resultado que pudiera darme, porque tropezaba con tres grandes inconvenientes. El primero era mi avanzada edad para seguir una carrera, porque no sabía si tendría bastante capacidad para ello. El segundo, que no sabía si tendría bastantes medios para atender a mis gastos y de mi familia, así como los gastos que pudieran reportar mis estudios. Y el tercero, el gran inconveniente de que mi esposa ya sabía yo de que no le había de parecer bien. Pero mi ánimo y decisión arrastraron por todo, decidiéndome a la empresa en medio de tantos inconvenientes. Pero la divina providencia me inspiró y diome fuerzas para poder conllevar todas las vicisitudes que pudieran ocurrirme, que no fueron pocas. Las que con mi constancia y la ayuda de Dios pude orillarlas todas. Lo que les causó admiración a todos mis parientes y muchas otras personas, que en una edad tan avanzada, con pocos principios de educación, pocos medios para seguir una carrera y mantener a mi familia, creían hasta imposible que pudiera llevar a cabo mi determinación, haciéndome presente además que si yo moría en aquel intermedio, mi familia quedaría perdida. Pero yo confiaba en mi ánimo y el auxilio del Todopoderoso.

Mi primer inconveniente lo tenía algo resuelto, porque aun cuando es verdad que en los años que fui pastor y el tiempo que duró la guerra de los 7 años había olvidado poco menos que por completo lo poco que había aprendido en la escuela, en el momento que contraí matrimonio, como ni yo ni mi padre político sabíamos escribir, resultaba que ni una triste apuntación podíamos hacer referente a los negocios de la tienda y demás asuntos de casa.

Determinamos, pues, que el profesor de primera enseñanza me diera lección todos los días, de lectura, escritura y principios de aritmética, como así lo hizo. Resultando que por mi gran aplicación, en poco tiempo me puse algo al corriente en las tres materias que deseaba.

En el tiempo que fui recaudador, me impliqué algo más en ellas. Porque mis deseos de ser algo instruido me instaban a leer libros, escritos antiguos que había en el archivo, así como circulares, instancias, boletines, gacetas y demás documentos que podía haber en mis manos. Así que después de algún tiempo transcurrido, me creí apto para seguir una carrera que no exigiese el grado de bachiller.

Para el segundo inconveniente contaba aún con algún recurso, procedente de los intereses que nos quedaban, con los medios que yo pudiera proporcionarme con mi trabajo mientras duraran mis estudios, y el auxilio de mi señor tío D. Braulio, que algo hizo por mí.

El inconveniente de la oposición de mi esposa lo vencería dejándola en casa con los tres que teníamos de familia, marchándome yo solo a principiar mi carrera.

Esta determinación la consulté con mis parientes y amigos, resultando que a la mayor parte no les parecía bien, por las muchas dificultades que encontraban para que pudiera realizarla solo.

Una familia me lo aconsejaba, familia de mucha importancia en la población porque eran secretarios del municipio, tenían un hijo sacerdote y además tenían un buen patrimonio, siendo muy amigos de mi señor tío D. Braulio.

Dicha determinación la consulté también con mi dicho señor tío, al que tampoco le parecía bien, pues a mi consulta contestó que no intentara tal calaverada, porque no estaba yo para emprender ninguna carrera. Porque mi cabeza estaba ya muy dura para ello y, que si insistía, que no contara por su parte con ninguna clase de auxilios. Que si llegaba un momento en que mis recursos no alcanzasen al sostenimiento de mi familia, él, como decano y catedrático que era de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, me buscaría un destino de unos 4000 reales en la misma Universidad, con lo que ya podría sostenerme.

Pero yo no estaba conforme con el destino, porque siempre he sido enemigo de ellos. Por la razón que por un quítame allá esas pajas, se quitan con más facilidad que se dan, sufriendo luego las fatales consecuencias de las cesantías, por lo que continuaba con mi idea de estudiar. Porque decía «si puedo terminar una carrera, y la sé explotar bien, mal será que no me dé de comer como les da a muchos otros» (como me ha dado a mí también).

Decidido ya a tal determinación, no faltaba más que reunir algunos fondos y consultarlo con mi esposa, que aún no me había determinado el manifestárselo, por más que ella ya lo sabía por noticias adquiridas de fuera. No quedaba otro remedio que hacerlo. Explicando las causas que me obligaban a ello y que mi intención era bus-

car el medio de proporcionar medios de vida para nosotros y nuestra familia. La contestación fue como yo la esperaba, con una rotunda negativa. Diciendo que aquello era una calaverada mía, de lo que se desprendía que lo que yo hacía con ello era aborrecer a ella y a nuestros hijos. Principiando a derramar abundantes lágrimas, tanto ella como los niños, que al ver llorar a su madre lo hacían ellos también. Lo del aborrecimiento no era cierto, porque todo lo que yo maquinaba era buscar mi porvenir y el de ellos. La determinación estaba hecha y todo ello no fue bastante obstáculo a detenerme.

Me proporcioné algún dinero y un día por la mañana la dije: «Dentro de una hora salgo para Zaragoza con objeto de llevar adelante mi empresa. Si quieres venir, hoy mismo buscaremos un ordinario, y arreglaremos nuestras cosas para la marcha de toda la familia. Si no quieres venir, en casa te quedan algunos arbitrios y alimentos para irte sosteniendo. Cuando se concluyan, venderás primero alguno de mis campos para atender a tus necesidades, y si con lo mío no tienes bastante, venderás de lo tuyo. Para mí no necesito nada, que ya encontraré medios para sostenerme». Pero para ello contaba con el amparo de mi tío, por más que se había negado en nuestra consulta. La contestación fue otra vez la negativa y las lágrimas, como la vez anterior. Tanto de ella como de nuestros hijos.

En medio de la *contristación* de mi corazón y las lágrimas en los ojos, abracé y besé a mis hijos y despidiéndome de mi esposa y familia cogí una manta y un palo, y con el traje de calzón, un pañuelo rodeado a la cabeza y alpargatas posadas a lo miñón, que es el traje que usan los labriegos en mi país, emprendí el viaje a Zaragoza, pedibus andando, como yo acostumbraba. No sin dejar antes encomendada mi familia a la observación de la familia del señor *secretario* llamada de los Serres. Con objeto de que vieran si podían convencer a mi esposa para que cuanto antes se viniera conmigo. Con objeto de evitar gastos por estar dividida la familia.

Como dichos señores eran fumadores y nosotros éramos estancieros, les venía muy bien hablar con mi esposa cuando iban a comprar tabaco.

Llegado que hube a Zaragoza, me vestí de pantalón para presentarme a mi señor tío. Tardando tres días en verificarlo, por el respeto que me causaba por la negativa que había dado a mi determinación.

Por fin me decidí a presentarme con el ánimo de llevar con paciencia las fuertes reprensiones y reflexiones que pudiera dirigirme.

Como nunca me había visto de pantalón, y no sabía mi llegada a Zaragoza, porque era lo que menos esperaba, le llamó mucho la atención el verme a su presencia con el mencionado traje, y encarándose conmigo me dijo que adónde iba con aquel traje, que parecía un milord. Tuve que manifestarle que, estando decidido a emprender una carrera, me parecía mal presentarme con traje de calzón delante de personas decentes para tratar de arreglar mis negocios estudiantiles. Y que estaba tan decidido a mi empresa, que era inútil tratara de disuadirme, porque no lo conseguiría. Porque el objeto era proporcionar medios de vida para mí y mi familia para lo sucesivo, que tan mermados se encontraban en la actualidad.

Viéndome tan decidido, me dijo que cuál era la carrera que quería seguir. Le contesté que no lo sabía. Entonces me dijo que yo no podía estudiar más que una de las carreras de maestro de niños, la de practicante o la de Veterinaria. Pero que entre todas le parecía la mejor la de Veterinaria, porque era la *mejorcita* de las tres, y la más independiente. Además, yo ya estaba acostumbrado al trato de los animales. Sabía el modo de cuidarlos y aparejarlos, guardarse de las coces y cerrarles las llagas producidas por los aparejos. Consejo que me decidí a admitir sin ninguna repugnancia. Por lo que quedé hecho un alumno de Veterinaria, matriculándome inmediatamente. De lo que mi tío ya quedó conformado, quedando amigos como antes.

Sobre un mes hacía que estaba yo en Zaragoza cuando recibí una carta de los Sres. Serres, en la que entre otras cosas me decían que ya podía ir a buscar a mi esposa y familia, porque ya la habían podido convencer de que se reuniera conmigo, y que ella ya estaba conforme.

Al efecto pedí permiso al señor director de la Escuela de Veterinaria para ausentarme de Zaragoza por término de 10 días, lo que inmediatamente me fue concedido.

Sin pérdida de tiempo emprendí mi caminata en dirección a mi pueblo. Inmediatamente vendimos un campo y algunos muebles, traspasamos el estanco y la tienda a un pariente nuestro, de modo que entre todo pudimos reunir cerca de 11 000 reales, y con un ordinario del pueblo de Codoñera nos fuimos a Zaragoza.

La primera noche la hicimos en el pueblo de Samper de Calanda, llamándoles mucho la atención a la gente el que fuéramos a vivir a Zaragoza, por la razón de que estaba la ciudad invadida del cólera del año 54 y 55, que tantas víctimas causó.

Llegamos a la ciudad, instalándonos en una casa de la calle de la Puerta del Sol, hoy continuación de la del Coso.

No puedo menos de referir un suceso que al pronto nos llenó de aflicción y sobresalto. El carro que nos condujo llevaba cargamento de rayos de carrasca para la construcción de ruedas de carro. El dinero que nosotros llevábamos era todo plata, y como pesaba tanto, pusimos la bolsa en un lado del cargamento, pero con las grandes sacudidas del carruaje, en un viaje de 20 leguas y por mal camino, la bolsa se fue bajando al fondo del carro hasta llegar a lo que llaman bolsos. Al ir a buscar el dinero, nos encontramos en que había desaparecido del punto donde lo habíamos colocado. Con el susto consiguiente fui al punto donde descargaron la madera, por ver si aparecía por algún punto. Pero ya se concluía de quitar toda la madera y el bolsillo no aparecía, por lo que ya entré en sospecha de que o lo habíamos perdido en el camino o nos lo habían robado del carro. Pero quiso Dios que después de quitada toda la madera, apareciese en los bolsos del carro lleno de tierra y basura, que no sé cómo por qué pasó, pero no perforó la estera y la perdió en el camino.



4ª ÉPOCA

CAPÍTULO 11

Mis estudios y sucesos ocurridos durante ellos

Instalados ya en Zaragoza, determinamos poner una tienda de comestibles con objeto de proporcionarnos algunos medios para ayuda de nuestros gastos. Arrendamos un local algo destartalado en la calle Mayor, que tuvimos que componer; compramos algunos géneros para ir surtiendo la tienda y, cuando estábamos en esta ocupación, vimos un anuncio en los periódicos de la localidad en el que se decía que en el estanco de las Cuatro esquinas de la calle de San Pablo se necesitaba una persona idónea para desempeñarlo. Porque el propietario no lo podía hacer por su avanzada edad.

Comprendiendo que era negocio que pudiera convenirnos, por estar nosotros puestos en el asunto del estanco, me avisté con el amo, quedando arreglados en partirnos por los dos los 10 reales de sueldo que pasaba el gobierno a los estancieros, dejando para nosotros las ganancias de librillos de papel para fumar y algunas otras pequeñas ganancias que el estanco dejaba. Total, algunos 4 reales diarios.

Corto era este sueldo, pero reunía la circunstancia de que era positivo, cuando el negocio de la tienda no sabíamos el resultado que pudiera darnos; nos decidimos por el estanco.

En aquella fecha, año 1854, Zaragoza estaba invadida por el cólera (como ya he manifestado arriba), razón por la que las escuelas no se abrieron hasta el día 7 de enero de 1855, circunstancia que, si bien me perjudicó para mis estudios, me favoreció para ir arreglando mis negocios, con objeto de buscar algunos recursos para alivio de mis gastos.

El negocio del estanco lo desempeñaba perfectamente mi esposa, por cuanto habíamos sido estanqueros muchos años en nuestro pueblo. Así es que, abierto el curso, pude dedicarme con toda libertad al estudio y a la asistencia de las clases. Así como a imponerme en el forjado y herrado, que lo ignoraba por completo, y era requisito indispensable para los exámenes y reválida. Por lo que para el herrado tenía que ir todos los días que me era posible a la plaza de la Magdalena, y para el forjado, a la parte alta de la calle de San Pablo. Además, como yo estaba poco instruido en aritmética, y con buenos deseos de aprender algo en esta materia, iba todos los días que podía a dar lección a la parte baja del mercado.

La Escuela de Veterinaria estaba entonces a la calle de Dormer. De modo que salido de la escuela, tenía que ir a la plaza de la Magdalena por el herrado, a la parte baja del mercado por la aritmética, y a la parte alta de la calle de San Pablo por el forjado.

Mi señor tío tenía muy buenas relaciones con el señor director de la Escuela de Veterinaria, pero me previno que no dijese a dicho señor director que era yo sobrino de D. Braulio, sin duda porque no tenía mucha confianza en que yo diera buena salida a mi empresa, lo que hubiera sido un gran disgusto para él. Pero al ver que marchaba bien con mis estudios, ya me dio permiso para que se lo participara. De lo que quedó el señor director admirado, porque no se lo participé al principio del curso. Por lo que desde entonces me trató con mucha amabilidad, bien fuese por esto o porque veía en mí mucha aplicación al estudio.

Aquel curso lo pasé algo atareado por lo mucho que tuve que estudiar y las cosas que tuve que aprender. Por lo que no saqué más que nociones generales de todo ello. Pero que sin embargo estaba

satisfecho, porque observaba que muchos de mis condiscípulos estaban mucho más a oscuras que yo.

En las vacaciones de verano me apliqué mucho al repaso del curso estudiado, haciéndolo en compañía de otros más de mis condiscípulos, que unos con otros nos instruíamos.

Llegó el segundo curso, que a pesar de estar aún el cólera en la ciudad, se abrió el primero de octubre. Continué mis estudios y ejercicios en el herrado y forjado, como en el curso anterior, continuando en el desempeño del estanco. En aquella época medió una sublevación en Zaragoza. La caballería que estaba acuartelada en el cuartel de la plaza del Portillo salió secretamente de noche en dirección al Campo de Cariñena, en donde dio el grito de «Viva D. Carlos» su jefe, llamado Corrales. El movimiento se conoce que había de ser secundado por paisanos y otras fuerzas del gobierno. Pero sea porque Corrales se adelantó o los otros se retrasaron en el movimiento, lo cierto es que se encontraron solos sin saber qué partido tomar.

A la sazón se encontraba de capitán general de Zaragoza un tal Gurrea, el que inmediatamente mandó salir fuerzas de tropa y nacionales en su persecución. La mayor parte de estas fuerzas eran también de caballería.

En el pueblo de Alfamén se les dio alcance, siendo acometidos por las fuerzas leales, especialmente por la caballería. Ellos se resistieron con bizarría, dando fuertes cargas, de las que resultaron algunos muertos y bastantes heridos, huyendo los demás a uña de caballo camino de Zaragoza. Esto fue referente a los nacionales, que la tropa, aunque se retiró, fue con orden.

En su vista, Gurrea, con bastantes fuerzas, salió en su persecución. Pero que no pudo darles alcance, porque los sublevados se dirigieron hacia el Bajo Aragón, cruzando el Ebro por más abajo de Mequinenza, sin duda con intención de ver si podían pasar a Francia. Pero como se encontraron solos y abandonados, estropeados y muertos de hambre y sueño, y con la gran persecución que se les hacía, fueron sorprendidos en el Priorato de Cataluña, siendo la mayor parte prisioneros, incluso Corrales, que muy pronto fue fusilado, con algunos sargentos.

Estando nosotros desempeñando el estanco con mucha tranquilidad, aconteció la muerte del anciano estanquero, lo que nos

perturbó nuestros planes. El estanco se había de proveer de estanquero. Yo pensé solicitarlo, lo que consulté con mi señor tío, al que no le pareció bien, por razón de que no tenía servicios prestados a la nación, y que, por lo tanto, le parecía que no me agradecerían a mí. Por lo que desistí de solicitarlo. Pero al hacer la entrega de las existencias al nuevo estanquero y rendir cuentas al señor administrador, me dijo este que por qué no había solicitado yo el estanco, al que le contesté lo que me había mi tío dicho, a lo que contestó que si lo hubiera hecho, para mí hubiese sido. Porque no hubo más que un aspirante, a quien se le tuvo que conceder. Con lo que calculé que también los hombres listos se equivocan algunas veces en sus modos de pensar. Con lo que nos reportó a nosotros algunos perjuicios, viéndome en la necesidad de haber de buscar otros medios para ayuda de los gastos de mi familia, si bien estos habían disminuido porque en muy pocos días se nos murieron una hija de 7 años y un hijo de tres, quedándonos solo la hija mayor, que contaba 12 años, llamada Petra.

Como yo sabía afeitarse al estilo de pueblo, me pareció que también podría desempeñar dicho oficio en Zaragoza. Al efecto, tomé una barbería en la calle de las Escuelas Pías, que me traspasó un amigo, costándome el traspaso 160 pesetas, quedando en la misma barbería un dependiente, que era un excelente barbero. Pero que reunía la perjudicial condición de que cursaba la carrera del Magisterio, y como tenía dos clases al día, resultaba que la mayor parte del día lo pasaba en clase, quedándome yo solo para afeitarse y cortar el pelo. Cosas que, aunque lo sabía hacer al estilo de pueblo, lo hacía muy mal en Zaragoza. Porque, como yo había sido muchos años del campo, mi mano no reunía las condiciones de suavidad y firmeza para manejar la tijera y navaja sobre las cabezas y barbas delicadas. De lo que resultaba que los parroquianos se iban escamados y yo quedaba sofocado.

Con esta industria y las utilidades que nos dejaban dos estudiantes huéspedes que teníamos, reuníamos los suficientes medios para vivir, pero bien pronto tuve que abandonarlo, porque, como yo afeitaba mal, la clientela, en lugar de aumentar, se disminuía. Por lo que muy pronto se hubiera quedado en cuadro la barbería y no hubiera encontrado quien quisiera el traspaso. Por lo que la anuncié en los periódicos. Muy pronto se presentó a pretenderla un amigo mío que

era un excelente barbero, el que me dio por el traspaso la misma cantidad que a mí me había costado.

Este mi amigo, como entendía muy bien el negocio de barbero, muy pronto recuperó la clientela que yo había perdido, aumentándola mucho más. Y como tenía dos dependientes muy buenos, él pudo dedicarse a los estudios de Medicina, carrera que concluyó con felicidad. Encontrándose hoy ejerciendo su profesión en la Tierra Baja de Aragón.

En medio de este contratiempo que nos aconteció estando en la barbería, nos sucedió otro suceso que con el tiempo habría de servirnos de amparo en nuestra ancianidad, cual fue el que mi esposa dio a luz un niño que le impusimos por nombre Lázaro.

Ya está otra vez el héroe en la brecha, con objeto de buscar medios para el sostenimiento suyo y de su familia.

Leyendo los periódicos de la localidad, vi que se anunciaba el traspaso del arriendo de una casa, en la parte alta del Campo del Sepulcro, cuya casa contenía: una cantina, una posada, un tiro de gallina y pichón y un huerto agregado a la casa. Comprendiendo que pudiera convenirme, me trasladé al mencionado punto, encontrándome con el arrendatario cesante. Tratamos del negocio, pidiéndome por el traspaso, incluso los enseres y objetos pertenecientes al tiro de gallina —que consistían en tres escopetas, dos pistolas, el molde para fabricar balas y otros pertrechos más referentes al tiro—, algunos objetos pertenecientes a la cantina, así como otros referentes a la posada, 2000 reales, pero lo dejamos en 1200. Del local y huerto se pagaban de arriendo 2000 reales, cantidad que el propietario no quiso rebajar. Por lo que nos decidimos a irnos allí.

Mucho había trabajado en el tiempo que tuvimos el estanco y la barbería. Pero no era sombra para el que allí me esperaba, especialmente mientras había gente y carros en la posada. Por la mañana teníamos que levantarnos antes de ser de día, con objeto de dar pienso a las caballerías, hacer los almuerzos y pasar cuentas. Se conducía la paja y la leña para el consumo de la posada, tenía que ir muchas veces más arriba del castillo a esperar las cargas o carretadas que venían de los pueblos inmediatos, tal que de Utebo y otros. Allí me llevaba los libros para estudiar mientras esperaba. Pasando algunos días mucho frío, efecto de los hielos y escarchas que tanto abundan

en los inviernos en Zaragoza. Entre tanto, se hacía hora de ir a clase, especialmente en tercer año, que la teníamos a las 7 y media de la mañana, causa por la que muchos días me quedaba sin almorzar por falta de tiempo. Porque desde mi casa hasta la Escuela, que estaba a la calle de Dormer, había lo menos media hora. Teniendo muchas veces que dejar el andar por correr, con objeto de poder llegar a tiempo para pasar lista, por la mucha rigurosidad que entonces había en la cuestión de faltas. Porque una vez puestas, aunque llegasen los alumnos en el mismo momento, era menester mucho empeño para que las quitasen. Especialmente, el señor catedrático de tercer año, que lo era D. Antonio Sainz, el que en la actualidad, después de haber transcurrido 37 años, aún desempeña la misma cátedra.

Muchos días, mi almuerzo consistía en dos buñuelos y una copita de anís de a cuarto, que era la octava parte de un real, que tomaba al salir de clase. Y muchos días no tomaba nada hasta la una o las dos de la tarde, hora en que podía acudir a casa. Esta tardanza consistía en que desde la Escuela me iba de oyente a la clase de Física y Química en la Universidad para enterarme algo de dichas asignaturas, especialmente en la parte experimental. Por lo que tuve que comprarme un libro de texto. Porque en aquel tiempo en Veterinaria no se estudiaba más que la nomenclatura en Física y Química. Algunos días me quedaba también de oyente en las clases de primer y segundo año de Veterinaria, con objeto de recordar algo de lo que con tanta precipitación había estudiado en los dos cursos anteriores, especialmente el primero, por haber principiado en siete de enero por efecto del cólera, como arriba llevo manifestado.

Al salir de la Escuela, muchos días continuaba la tarea de ir al herrado y forjado. De modo que llegaba a casa muy tarde. En tales términos, que muchos días tenía que comer deprisa, porque ya me estaban esperando los tiradores para divertirse en el tiro. Comisión que la tenía que desempeñar yo, porque mi esposa no sabía cargar las armas, para los que querían que se les diesen cargadas. Esta industria teníamos que desempeñarla con esmero, porque era la que más utilidades dejaba, por más que el arancel era bajo, pues solo se pagaba 6 cuartos de tiro de gallina y 4 cuartos del de pichón, que equivalen a 18 y 12 céntimos respectivamente. Es verdad que algunos días, si acudían buenos tiradores, salíamos perdiendo, porque con 18 céntimos se llevaban una gallina, y con 12 un pichón. Pero la

mayor parte de los días sacábamos muy buenas ganancias, porque se erraba muchas veces el blanco.

Cuando se retiraban los tiradores, tenía que acudir al arreglo de los transeúntes y sus caballerías, que acudían a la posada, porque mi esposa tenía bastante ocupación con el despacho de la cantina, el arreglo de los guisos, la limpieza de la casa, el cuidado del niño Lázaro, etc., si bien para ayuda de todo esto ya le valía nuestra hija Petra, que ya contaba 13 años de edad.

Como era posada que acudían pocos pasajeros, sucedía algunas veces que teníamos poca provisión de cebada para las caballerías. Por lo que si alguna vez acudía algo de gente, tenía que marchar a la calle del Carmen y traerme una talega de cebada al hombro, operación que tuve que hacerla algunas veces.

Otro trabajo muy pesado que tenía que hacer muchas veces era el sacar agua con unos cubos de un pozo sumamente hondo que había en casa para abrevar las caballerías.

Además de estas ocupaciones, tenía que cultivar y arreglar el huerto, trabajo que yo hacía también porque entendía de agricultura, por haber estado dedicado a ella en mi juventud. Dicho huerto producía abundancia de hortalizas, que abundaban para el gasto de mi casa y el de casa de mi tío, y aun se vendían alguna vez.

Nuestra hija Petra era la encargada de conducir las a casa del tío, con lo que tenía que andar desde nuestra casa hasta la calle de Goicoechea, que era donde vivían. Pero si bien era una molestia para nosotros, nos lo recompensaban con creces.

Así es que con tanta ocupación no me quedaba tiempo para estudiar, que era lo que yo más sentía, por lo que tenía que hacerlo de noche, perdiendo muchos ratos de sueño y de descanso. En tales términos, que llegó un momento en que no podía resistir el trabajo. Por lo que arrendé las cuadras y el pajar para el recrío de cerdos, quitándome de este modo el trabajo que me reportaba la posada.

Como en la casa había mucho local, arrendé también una habitación a un señor cirujano y su sirvienta, y un espacioso local lo dediqué a un objeto que, si bien a primera vista parece algo inmoral, por otro lado fue hasta humanitario. Por aquel tiempo pululaban por las afueras de la ciudad, y especialmente por las cercanías del río Huerva,

una infinidad de jóvenes de vida airada. Que muchas de ellas dormían en el campo por no tener en la ciudad punto donde poder refugiarse. Un día me ocurrió la idea de decir a algunas de ellas que por dos cuartos les daría yo una buena localidad con cocina, donde podrían albergarse y guisar. Pero a condición que todos los días por la tarde, antes de cerrar la puerta, me habían de dar 2 cuartos cada una de las que acudieran, y no habían de admitir ni de día ni de noche ningún hombre en la habitación, condiciones que cumplieron al pie de la letra. Porque en todo el tiempo que estuvieron no produjeron el menor escándalo en tal sentido, cuyo pequeño negocio me producía de dos reales y medio a tres diarios.

Entonces, como ya no tenía tantas ocupaciones, me dediqué a copiar unos cuadernos bastante voluminosos que contenían la asignatura de Patología, que los estudiantes se habían arreglado, soncados de las explicaciones del señor catedrático D. Pedro Cuesta, manuscrito que por su volumen nos costaba muchos días el copiarlo. Porque, además, los alumnos íbamos agregando los adelantos que se iban haciendo en la ciencia.

No me contenté en sacar una copia para mí, porque otro condiscípulo mío me dijo que le copiara un ejemplar, dándome 20 pesetas por él.

Además escribí casi todas las asignaturas que entonces se estudiaban, agregando a ellas muchas de las explicaciones de los catedráticos. Porque entonces los textos eran muy breves. Porque todo lo que se estudiaba estaba contenido en los cuatro tomos de la obra de Casas y Sampedro, catedráticos de la Escuela de Madrid, si bien luego fueron adoptándose algunas otras más modernas, que eran mucho más extensas, conteniendo todos los adelantos modernos científicos que se iban haciendo.

El primer verano que nos cogió en el Campo del Sepulcro, aconteció un suceso político algo grave que nos reportó algún perjuicio y malestar.

El general O'Donnell se pronunció con mucho trapo [*sic*] contra la situación existente bajo la jefatura del general Espartero, dando un manifiesto en Manzanares, en el que proponía mantener con orden las libertades adquiridas, y proponiendo muchas ventajas favorables al pueblo. Pasando a formar un nuevo partido medio, que se apellidó de Unión Liberal.

Dicho pronunciamiento fue debido a que O'Donnell quería ser jefe de un partido político, pero que no lo podía conseguir. Porque el que entonces llamaban moderado, hoy conservador, lo capitaneaban en lo civil González Bravo y en lo militar el general Narváez. Y el progresista, hoy fusionista, lo comandaba el general Espartero y sus amigos.

La empresa le salió bien a O'Donnell, porque secundaron el movimiento la mayor parte de los jefes y tropas, así como muchas plazas fuertes. Zaragoza fue una de las pocas que se negaron a reconocer el movimiento.

Espartero y sus parciales, al ver la marcha de los acontecimientos, se vieron en la necesidad de ponerse a salvo, emigrando al extranjero.

O'Donnell, al ver que Zaragoza no quería pronunciarse, mandó un buen ejército contra ella, con objeto de someterla por medio de la paz o por la fuerza.

Las fuerzas que se presentaron a la vista de la ciudad eran de 800 hombres, con su correspondiente contingente de caballería y artillería. La ciudad fue inmediatamente sitiada por las tropas. Entrando luego en negociaciones con objeto de ver si podían arreglar la cuestión por medios pacíficos, con objeto de evitar el derrame de sangre y demás perjuicios que pudieran originarse.

Sin embargo de las tropas que había de guarnición y cuatro batallones de milicia nacional armada, Zaragoza se acobardó. Y entre esto y las influencias que mediaron por personas pacíficas y de influencia, pudieron convenir en que se rindieran sin hacer sufrir ninguna vejación a las tropas. Pero los nacionales serían desarmados, como ya lo habían sido en todas las partes que se habían sometido. Porque el plan político de O'Donnell era el desarme de toda la milicia nacional de España. Al capitán general que entonces había en Zaragoza, llamado Fabián, se le dejó el campo libre para que emigrara a Francia, como así lo hizo.

A causa de dicho suceso, a nosotros se nos siguieron algunos perjuicios y sobresaltos. Porque en el momento que las tropas salieron de Madrid con objeto de someter a Zaragoza, el capitán general dio órdenes para que recogieran todas las armas que estaban fuera de la unidad, con objeto de que no se apoderaran de ellas las tropas sitia-

doras. Las armas de nuestro tiro fueron recogidas también como las demás. Es verdad que nos las devolvieron, pero fue después de haber transcurrido cerca de tres meses. Privándonos entre tanto de las utilidades que nos producía la industria del tiro.

El sobresalto fue porque nos cogían entre dos fuegos, como se acostumbra a decir. Porque estábamos fuera de la ciudad y dentro de la línea de las fuerzas sitiadoras. Por lo que, si se hubiese roto el fuego, no hubiéramos sabido qué partido tomar. Pero la divina providencia quiso que se arreglase todo pacíficamente.

La milicia nacional fue desarmada, presentando ellos mismos las armas a los puntos que se les señaló. Algunos las entregaban en buena forma, otros las tiraban al suelo con toda la rabia de su alma, otros las pisoteaban y, por fin, otros las presentaban totalmente inutilizadas. Esto no le importaba nada al jefe de las fuerzas del gobierno. Porque todas ellas fueron inutilizadas, rompiéndolas por el medio de los cañones. Perdiéndose, por lo tanto, una porción de miles de duros que valían. Si los magnates las hubieran tenido que pagar de su bolsillo, regularmente lo hubieran mirado con más interés, pero como fue la nación la que perdió, no les importó nada la pérdida de 4000 fusiles.

Otro alzamiento de carlistas hubo por aquel tiempo en el Bajo Aragón, sin que recuerde el jefe que los capitaneaba; solo tengo presente que en los montes de mi pueblo fueron alcanzados por las tropas leales que los perseguían, huyendo todos a la desbandada. Resultando un sacerdote y un asistente prisioneros, los que fueron fusilados sin pérdida de tiempo en las eras de Fórnoles.

Por fin llegó el término de mis estudios, los que hice con muy buen aprovechamiento. Pero por entonces no pude revalidarme por carecer de 1600 reales que necesitaba para el título. Porque entonces no era como ahora, que se hace la reválida y luego se saca el título cuando se quiere o puede. Entonces se hacía el depósito, y con el documento que daban, se presentaban al examen.

Sin embargo de no estar revalidado, salí de Zaragoza en el mes de julio, emprendiendo la caminata en dirección a tierra de Aliaga, en donde yo tenía un hermano de oficio molinero en el pueblo de Gargallo. Adonde llegué con los pies estropeados a causa de haberme comprado unas alpargatas nuevas, las que, por no estar amoldadas las suelas, se

me llenaron los pies de ampollas. Razón por la que tuve un viaje bastante molesto. En Gargallo me tuve que estar tres días detenido en casa de mi hermano hasta que se encallecieron algo las dichas ampollas.

En el camino me sucedió un caso de poca importancia, pero algo extravagante por las circunstancias que reunió. Como era en el mes de julio, iba provisto de un paraguas con objeto de preservarme de los rayos de sol tan fuerte que en dicho mes acostumbra hacer. Al pasar por las inmediaciones del pueblo de Mediana, me encontré con un tajo de segadores que estaban segando a la orilla del camino. Al verme con el paraguas abierto, principiaron a dirigirse contra mí con palabras, si bien en forma de broma, eran bastante molestas y pesadas. Diciendo entre otras cosas que allí quisieran verme ellos con el cuerpo inclinado y los morros al suelo todo el día sufriendo las inclemencias del sol (palabras textuales). Yo, al importunarme, me paré un poco, plegando el paraguas, observando que el que más vociferaba era el que menos gracia tenía para segar, sucediéndole lo que a los toros sucede algunas veces, que el que más fuerte ruge, menos fuerte es. Me dirigí a él diciéndole que ya que tantas bravatas dirigía contra mí, le apostaba un duro a ver quién de los dos segaría antes cuatro tajos, más bien arreglados y con más curiosidad. Pues más tiempo no podía perder porque había de seguir mi viaje. Contestó que aquello era una broma mía. Sacando entonces un duro del bolsillo, se lo enseñé, diciéndole: «No hay broma que tenga, aquí está el dinero». Pero sea porque no lo tenía encima o porque me tuvo miedo, no quiso aceptar el desafío. Dándole entonces sus compañeros una fuerte carga diciéndole que en lo sucesivo no gastase chanzas con quien no conocía, que no quitaba el traje y el que llevase paraguas, para que yo fuese del campo y supiese segar. Entonces les dije: «Conste, pues, que el señor es algo cobarde y demasiado hablador». Quedándose ellos allí segando y yo continué mi camino.

Llegué a Gargallo, recibíndome mi hermano con mucha amabilidad. El que me dijo que el pueblo de Pitarque estaba vacante de veterinario. Allá me dirigí con objeto de tantear aquel negocio. Así que hube llegado al pueblo, solo me encontré al señor secretario del municipio como persona importante para el asunto. Porque la mayor parte del pueblo estaba segando en un término que tienen a dos horas de distancia de la población, en donde tienen muchas casas de campo para albergarse y estar allí algunas temporadas.

El señor secretario me dijo que podía dejar la solicitud pidiendo la plaza, que en cuanto regresara el señor alcalde se la entregaría y que de su resolución ya me pasaría aviso.

Entonces me dirigí otra vez a Zaragoza en la misma forma que había ido. Esto es, a caballo en las alpargatas. Llegado que fui a la ciudad, muy pronto traspasamos el negocio del arriendo de la casa del Campo del Sepulcro, en el que perdimos más de la tercera parte de lo que nos había costado, porque no encontrábamos quien quisiera el traspaso.

Para poder revalidarme y sacarme el título, yo siempre había contado con el amparo de mi tío D. Braulio, y como ya se acercaba el tiempo de los exámenes de septiembre, no me quedaba otro recurso que hacerle la petición. Porque, además, nos habíamos de marchar de Zaragoza a Fórnoles, nuestro pueblo.

Mucha repugnancia encontraba para verificar la dicha petición, pero como no podía prescindir de ello, lo verifiqué con mucha humildad. Entonces me preguntó si contaba yo con algunos fondos y cuánto dinero se necesitaba. A lo que contesté que yo no contaba con ningún fondo, y que se necesitaban 1800 reales. Entonces me dijo que, como creía que yo estaba pobre, me tenía guardados 1200 reales, cantidad que era sabedora mi tía. Pero que al otro día acudiera a la Universidad, que allí me los daría todos.

Para emprender el viaje, tuvimos que vender casi todos los muebles que teníamos, ya con objeto de reunir algún dinero, ya con la mira de que no nos fuesen tan caros los portes.

Con un ordinario de Codoñera emprendimos el viaje, que hicimos con toda felicidad. Y en dicho pueblo fueron a buscarnos nuestra familia.

Los días que estuvimos en Fórnoles nos tuvieron que mantener nuestra familia y amigos por caridad. Porque los dineros del título no podíamos gastarlos, porque de ellos dependía nuestro pobre porvenir.

En esta situación, se había pasado ya San Miguel, tiempo en que se proveían las vacantes de los profesores de la ciencia de *curar*. Entretanto, la resolución de mi solicitud de la plaza de Pitarque no venía, por lo que en medio de mi impaciencia emprendí el viaje en dirección a dicho pueblo, con objeto de ver qué era lo que había

sobre el particular. Y con los 1600 reales consabidos emprendí la caminata hacia Pitarque, con la intención desde allí pasarme a Zaragoza con intención de revalidarme.

La primera noche la hice en un pueblecito cerca de Castellote llamado Seno, cuyo pueblo estaba también vacante de veterinario, consistiendo su dotación en 15 cahíces de trigo morcacho. ¿Calculan mis lectores si con tal dotación el profesor que se vea en la necesidad de establecerse en aquel pueblo tendrá siempre las tripas bien limpias y el esófago bien dispuesto a deglutir alimentos, si los tuviera? Sin embargo, me presenté al señor alcalde con la intención de ver si podía conseguir el que me mejoraran algo la dotación, con objeto de solicitarla al no encontrar cosa mejor. A lo que no quisieron acceder. Por razón de que lo visitaba como anejo el profesor de Castellote. Pero que si a mí me convenía, sería preferible. A lo que les contesté que ya lo pensaría y que luego les contestaría. Contestación que aún no la he dado ahora.

Continué mi viaje para Pitarque, sucediéndome un caso que no fue de malas consecuencias, pero podría haber reportado un gran trastorno para mí y mi familia. Tal vez mi total ruina.

Es el caso que yo llevaba en el bolsillo interior de mi gabán de verano los 1600 reales consabidos para el título. Los bolsillos del gabán, tanto internos como externos –como el dicho gabán no tenía forros–, estaban cosidos a la tela de un modo poco seguro. Y como la bolsa que yo los llevaba pesaba bastante, porque era moneda de plata, principió a descoserse el bolsillo a causa de no poder resistir el peso. Así es que al tiempo de cruzar por unos pasaderos que había sobre una pradería de un palmo de espesor de agua que manaba de una fuentecita cercana, se me cayó el bolsillo al agua. Yo bien sentí un ruido en dicha agua, pero creí que había sido un chasquido producido por el movimiento de alguna de las pasaderas. Continué mi camino sin apercibirme de la falta del dinero lo menos hasta una hora de distancia, siendo lo más raro el que no advirtiese la falta de peso. Por fin eché de menos la falta. Tan grande fue mi sobresalto, que creo que aunque me hubiesen sangrado no hubiera salido sangre. Ni una cuadrilla de ladrones que me hubiesen asaltado, no me hubieran causado tanta sorpresa. Porque mediaba la fatal circunstancia que no sabía adónde los había perdido. Y si había sido algo

lejos, pudiera ser muy bien el que algún pasajero hubiese dado con ellos, con lo que podía contarlos como perdidos. Como alma que lleva el diablo, retrocedí en busca de mi caudal. Al repasar los mencionados pasaderos, observé el flotamiento sobre las aguas de un objeto tamaño de una nuez pequeña de color encarnado, el que me abajé a cogerlo por ver lo que era. Pero al levantarlo encontré alguna resistencia al sacarlo del agua. Pero si grande fue la sorpresa que hacía poco había experimentado por la pérdida de la bolsa, no fue menos esta, porque era la misma bolsa que acababa de encontrar. Pero aquella era de desesperación, y esta de una inmensa alegría. En aquel espacio de tiempo, regularmente no pasó nadie por aquel camino. Pero aunque hubiese pasado gente, creo no hubiesen dado con la bolsa por estar toda sumergida, menos la borlita, que quedó flotando. El bolsillo era de punto con cuadritos encarnados y amarillos, con una borlita en cada uno de los extremos de las ataduras, y a ello fue debido el hallazgo. Pareciendo que la divina providencia lo había dispuesto así para que yo no sufriera la gran desgracia que de no encontrarla se me hubiera seguido.

Llegué por fin al pueblo, dirigiéndome en seguida a casa del secretario, el que inmediatamente me dijo que no me había escrito porque al señor alcalde no le había parecido bien. Pero que la plaza se la habían dado a un sobrino del señor cura, que también había concluido la carrera en aquel verano, y que era natural del pueblo de Palomar, y se llamaba Pascual Monzón.

Dicha noticia cayó como losa de plomo sobre mí. Máxime que el agraciado había sido condiscípulo mío y muy amigo, y que no estaba revalidado, por haber salido suspenso.

Al saber tal noticia, me dirigí a su casa de muy mal humor con objeto de decirle lo mal que se había portado conmigo, máxime cuando sabía que yo era el que lo había solicitado. Por cuya razón iba a ponerlo en conocimiento del alcalde y de su tío, que él no estaba revalidado, y que para engañarlos se había provisto de una certificación falsa con la que hacía ver que estaba revalidado, engañando también a su tío.

Al verme tan incomodado y decidido a llevar adelante mi amenaza, me suplicó poco menos que llorando que no descubriera su falsedad, porque de hacerlo sería capaz de irse a Francia. Me dijo

que viese si podía encontrar algún partido, aunque fuese peor que el de Pitarque. Pues en tal caso nos partiríamos entre los dos lo que él ganara más que yo, y de no encontrar nada, me daría la mitad de lo que él ganara, hasta encontrar colocación. Buena vida hubiéramos llevado si hubiéramos tenido que hacer uno de los ofrecimientos que él me proponía. Porque la dotación que él ganaba eran 24 cahíces de trigo morcacho de mala calidad. Pero la divina providencia lo había dispuesto de un modo más favorable para mí, deparándome el pueblo de Obón, que es mejor que el de Pitarque.

Aquella noche pernocté en Estercuel, yendo a parar a casa del veterinario, que me recibió con mucha caballerosidad, diciéndome que el pueblo de Obón, a tres horas de allí, hacía algunos días se hallaba vacante. Para lo cual me dio una carta de recomendación para el alcalde, que por cierto hizo bien poco caso de ella.

Llegué al pueblo sobre las diez de la mañana, y efectivamente estaba vacante la plaza de veterinario. Me hospedé en la posada que estaba en la plaza. Después de tomar el desayuno, me salí a la plaza con objeto de hacerme cargo del pueblo y tomar algunos datos sobre mi objeto. Al poco rato, se acercó a mí un señor ya de edad algo avanzada y bien portado, que parecía persona influyente y de importancia en la población. Entramos luego en conversación, manifestándole el negocio que llevaba. Dicho señor me dijo que creía que el negocio estaba mal para mí, porque lo había solicitado otro profesor residente en Alcaine, persona bien apreciada en la población, porque ya había estado otra vez allí establecido por algún tiempo. Habiendo dejado su reputación bien sentada. Que además tenía casa arrendada para vivir, en la que ya había depositado algunos géneros en ella.

Triste augurio para mí. Pero la suerte en aquella ocasión me tenía abierto un camino para que en medio del contratiempo que se me había presentado, fuera la plaza para mí.

Estando hablando con dicho señor, observé que aquella persona no me era desconocida, dando luego en quién era. El sujeto había estado de administrador de ventas en Alcañiz, en tiempos que yo había sido recaudador de contribuciones en mi pueblo. Se llamaba D. Joaquín Pérez. Entonces, dirigiéndome a él, le manifesté que no me era desconocido, diciéndole quién era y de donde venía el cono-

cimiento. Pues procedía de haberle entregado yo muchas cantidades procedentes de mi recaudación de contribuciones. De las que me había dado las correspondientes cartas de pago.

En vista de estas explicaciones, recordó quién era yo. Entonces me preguntó si llevaba alguna recomendación referente al objeto. Yo le respondí que llevaba carta para el señor alcalde. A lo que me contestó que le parecía haría el alcalde muy poco caso de ella, porque era muy amigo del profesor que lo había solicitado, como en efecto así fue. Entonces le enseñé una certificación que me habían dado en la Escuela de Veterinaria, referente al buen éxito de mis estudios y buen comportamiento moral. Le dije también que era sobrino de D. Braulio Foz, famoso catedrático de Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza, al par que famoso escritor.

Todas estas cosas le excitaron el interés por mí, diciéndome que presentara la solicitud, cosa que yo ya había desistido en presentar, por las razones contrarias arriba manifestadas.

En efecto, presenté la instancia aquella misma tarde, porque la plaza se había de dar al otro día, que, por cierto, era el día de la Virgen del Pilar.

Como es de suponer, aquella noche, con la impaciencia que sufría hasta saber el resultado, y los millones de chinches que había en la cama que me dieron en la posada, tan apenas pude pegar los ojos. Y si algo dormí, fue porque tuve que echar un colchón en el suelo.

Al salir de misa mayor el otro día, se reunieron el ayuntamiento y mayor contribuyente en Casa la Villa para proveer dicha plaza. El señor alcalde y muchos otros de los que constituían la junta estaban en favor del otro aspirante, por serles persona muy conocida. Pero entonces tomó la palabra el señor Pérez, enseñándoles la certificación de mis estudios, explicándoles la procedencia de mi familia y siguiéndole luego sus amigos, y después de una larga discusión se procedió a la votación, resultando que fui yo el elegido por una buena mayoría de votos.

Me encontraba yo en la plaza cuando el alguacil del Ayuntamiento me dijo que de orden del señor alcalde me presentara en Casa de la Villa, lo que verifiqué al momento. Allí me dijeron que había sido yo el agraciado para la plaza de veterinario, y que cuanto antes me

encargara de su desempeño. Entonces, después de darles las gracias, les pedí diez días de tiempo porque tenía que pasar a Zaragoza, y de allí a Fórnoles a recoger a mi familia.

El alegrón que yo recibí en aquel momento fue tan grande que no sé si me hubiese tocado en suerte el premio mayor de la lotería, hubiese sido mayor. Y eso que la dotación no era más que 26 cahíces de trigo morcacho de buena calidad. Pero cuando no hay otra cosa, migas son buenas.

Convenimos, pues, en señalar un día en que yo con mi familia acudiera al pueblo de Foz Calanda, que está a 7 horas de Fórnoles, y los de Obón acudirían con suficiente número de caballerías a buscarnos al mencionado pueblo. Para al otro día poder llegar temprano al pueblo.

El mismo día del Pilar por la tarde salí en dirección para Zaragoza con objeto de revalidarme, ya que no había podido hacerlo hasta entonces por falta de recursos, como arriba llevo manifestado. Del examen salí felizmente, y así que estuve despachado, me despedí de mi señor tío y emprendí la caminata para Fórnoles. Viaje aquel que desde que salí de Fórnoles y volví al punto de partida, sudé 46 leguas. Llegando al pueblo de Fórnoles, me vi en la necesidad de buscar algunos medios de vida para poder vivir algunos días hasta que en Obón nos socorrieran con alguna cosa. Porque concluida que fue mi carrera, se habían concluido también mis fondos, sucediéndonos lo del casamiento de Cervera que ni sobró ni faltó, pero hubo prou.

Una persona piadosa nos dejó 100 pesetas para que se las volviese cuando pudiera, sin reticencia alguna, y un hermano mío nos dejó 8 arrobas de harina, con cuyas existencias nos establecimos en el mencionado pueblo.

El día convenido para nuestro traslado, nuestra familia o, mejor dicho, nuestros parientes, nos llevaron a Foz Calanda, a donde acudieron los de Obón, como estaba convenido. Allí se hizo una buena cena para todos, que tuvimos que costear nosotros, así como el gasto de las caballerías que nos costó algunas pesetas. Pero todo lo tuvimos por bien empleado. Al otro día, nuestros parientes se volvieron al pueblo y nosotros seguimos el camino hasta el pueblo. La llegada fue algo tarde. Pero no hubo necesidad de hacer la cena, porque ya nos la tenían preparada para nosotros y para los bagajeros, de lo que quedamos muy agradecidos, dándoles por ello repetidas gracias.

sea para todo, que tuvimos que cubrir nosotros
aunque el gasto de los caballeros que nos costó algu-
nos pechos. Pero todo lo tuvimos por un empleado.

Al otro día nuestros ponientes se volvíamos al pueblo,
y nosotros seguimos el camino hasta el pueblo. La lle-
gada fue algo tarde. Pero no habia necesidad de hacer
la cena, porque ya nos la tenían preparada, para no-
sotros y para los viajeros, de lo que que habian muy
agradados, tanto los por ello que los, y raras.

9ª Epoca

Capítulo 12

Mi estancia en Obon, sus usos, costumbres

Al nuestra llegada fuimos muy bien recibidos
como ya he manifestado. Al otro día principia
el ejercicio de mi profesion, con una cura y
un sueldo, como era que les debe suceder a todos
los porvenirantes. Porque de los estudios, solo se
sacan medicamentos generales. Los rinitos no eran
muchos, porque aunque el pueblo de 1200 habi-
tantes, y hay un regular de caballeros, el pueblo
muy sano. Por lo que me que sacan muchos rinos de
descanso, de los que suplenta, lo mismo por horas
cada dia en el reposo de los originales que ha-
bia estudiado. Asi como estudiaron otros rinos,
que así que me era posible me iba comprando.



5ª ÉPOCA

CAPÍTULO 12

Mi estancia en Obón. Sucesos ocurridos

Anuestra llegada fuimos muy bien recibidos, como ya he manifestado. Al otro día principié el ejercicio de mi profesión, con emoción y cuidado, como creo que les debe suceder a todos los principiantes. Porque de las escuelas solo se sacan rendimientos generales. Las visitas no eran muchas, porque, aunque es pueblo de 1200 habitantes y hay un número regular de caballerías, es pueblo muy sano. Por lo que me quedaban muchos ratos de descanso, de los que empleaba lo menos dos horas cada día en el repaso de las asignaturas que había estudiado, así como a estudiar otras nuevas, que así que me era posible me iba comprando, lo que he seguido haciendo hasta que he llegado a la vejez. Razón por la que tenía una buena biblioteca. Pero no solo contenía libros de mi profesión, sino también libros de otras clases, tales que políticos, novelescos, religiosos, históricos y muchos otros de diferentes clases, útiles para el saber del hombre. También me dediqué a la lectura de periódicos, con lo que comprendí los chanchullos que hacen los hombres para encumbrarse y enriquecerse sin mirar la clase de medios que emplean, si son buenos

o malos, cosa que yo ignoraba porque creía que todos eran tan inocentes como yo.

Sin embargo de ello, aún me quedaban libres muchos ratos de solaz. De los que dedicaba algunos a la caza y pesca. Porque el terreno es muy propio para ello, por ser muy accidentado y montuoso, por lo que en aquel tiempo abundaba mucho la caza, especialmente los conejos, las perdices y palomas montesas, que anidan en los agujeros de los grandes peñascos que constituyen la cuenca del río, así como el pescado, que también es muy abundante, efecto de los grandes pedregales que existen en su cauce y de los muchos escondites que los peces tienen en los agujeros de las peñas.

Al efecto me compré escopeta y cepos de hierro para la caza, que se usaban por mi tierra para cazar conejos, trampa que allí era desconocida. De modo que pocas veces nos faltaba la caza en casa. En tales términos que llegó un momento en que especialmente los conejos, tanto a nosotros como a nuestros hijos, ya no nos gustaban más que asados. Respecto a esto, no ignoro que se me podrá decir que es muy fácil que falte a la verdad, porque los cazadores son como las mujeres en el horno, que acostumbran a mentir mucho al contar proezas. Pero lo que yo expongo es tan cierto como la muerte en los hombres.

Para pescar me compré una trampa llamada manga con la que cogía mucho pescado, por lo que en tiempo de verano pocas veces nos faltaba en casa. Y no solo no nos faltaba, si es que tanto de caza como de pescado nos quedaba para regalar algo a las personas de nuestra mayor amistad.

Como yo entendía de agricultura, arrendé un huerto muy cerca del pueblo que yo me cultivaba, el que nos producía abundancia de hortalizas, que también nos sobraban, así como abundancia de higos, porque había dos grandes higueras en él.

Agréguese a esto lo mucho que nos regalaban la gente de lo que cogían en sus campos, así como leche, panales de rica miel y muchos presentes de los cerdos que mataban en su casa; resultaba que aunque habíamos ido allá con tan pocos recursos y la dotación era corta, nos dábamos una vida algún tanto regalona.

Como ya he manifestado que el terreno es accidentado, se crían también muchos zorros, los que algunas veces se me comían los

conejos que caían en los cepos, porque estos al verse sujetos y heridos [...] a chillar, y como los cepos se ponen por la noche, que es cuando los zorros transitan más, al chillido acudían y se comían el conejo. Pero no solo sentía yo el que lo comían, sino el que algunas veces se lo llevaban a rastras a grandes distancias, que luego me costaba mucho trabajo el poder encontrarlos. Pero luego solían pagar ellos con la vida, porque en el punto donde lo habían comido volvía a poner el cepeo con alguna golosina encima y al tiempo de ir a comerla se disparaba la trampa, quedando ellos prisioneros. Los que me valían 10 reales cada uno, que me abonaba el señor alcalde por premio de animales dañinos.

Agréguense además a estas buenas cualidades para nosotros el que tuve una gran suerte en el ejercicio de mi práctica, por lo que fui muy estimado y apreciado de aquellas buenas gentes, lo que nunca podré agradecerles bastante.

Cuatro años estuve en dicha población. Entré ganando 26 cahíces de trigo y en los cuatro años les había hecho mejorar la dotación hasta 50 cahíces, pagando la mitad en trigo para mediados de agosto y la otra mitad la reducían a dinero, que pagaban muy bien para primeros de noviembre de cada año.

En medio de mi gran sosiego en dicha población aconteció un suceso imprevisto y desagradable, que fue la causa de mi salida del pueblo, marchándome a Montalbán, cabeza de partido y a cuatro horas de distancia de Obón. Que por lo raro en su clase lo voy a referir.

Desde tiempos muy remotos, los mozos de aquella localidad tenían la fatal costumbre de reunirse en la plaza la noche de los Santos Inocentes, adonde llevaban mucho pan, con el que hacían un gran caldero de migas, acompañándolas con un pellejo del buen vino que allí se coge. Con mucha algazara y alegría echaban a comer las migas, acompañándolas con sendos tragos con el vino que sacaban de una enorme cazuela con tazas también de mucha cabida.

Así, bebiendo y comiendo, saltando y brincando y muy alegres de corazón fruto del vapor del vino, llegaban a media noche, hora señalada para distribuirse por los huertos inmediatos saltando sus vallas o cercas, y arramblaban las mejores coles que encontraban, las que, conducidas a la plaza, colocaban en el extremo de dos o tres

largos maderos atados con sogas, los que luego ponían derechos implantándolos en el suelo, afectando la forma de cucaña con una gran copa de coles que se parecían a las copas de elevados pinos.

En aquel pueblo tenían entonces la costumbre de ir muy de mañana a oír misa los días de obligación, y al salir de misa en el mencionado día de Inocentes los mozos vendían las coles, adjudicándolas al mejor postor, que generalmente las compraban los pastores para dárselas a los corderos. Los dineros que sacaban creía yo que los invertían en obras pías, pero nada más lejos de eso, porque los gastaban en bebidas espirituosas y algunas confituras, logrando con ello acabarse de poner ebrios perdidos la mayor parte de ellos, concluyendo con ello la fiesta.

Dio, pues, la casualidad de que al cuarto año que nosotros estábamos allí, me ocurrió la idea de ir a misa primera el mencionado día de Inocentes, y al pasar por la plaza vi los maderos derechos con las grandes copas de coles en su parte superior. Al momento me sugirió la idea de que algunas de aquellas coles pudieran ser de mi huerto. Sin ir a misa, me dirigí a ver si mis sospechas eran ciertas. No me equivoqué porque en seguida vi el destrozo que en las coles habían causado.

Este suceso me causó un gran disgusto, no por su valor, que era muy insignificante, sino porque las tenía en mucha estima. Por lo que di parte al señor alcalde de lo sucedido, advirtiéndole que no quería diese parte al señor juez de primera instancia de Montalbán, sino que se le castigase con un juicio de faltas, con objeto de que se abandonase aquella rutinaria e inmoral costumbre.

Pero dio el caso que también habían entrado y arrancado coles en un huerto de un propietario que había sido alcalde en el año anterior. El que había estado preso en las cárceles de Montalbán y hecho muchos gastos por no haber castigado según ley a algunos mozos que habían cometido algunas faltas.

Con aquel suceso vio la ocasión de venganza, por lo que se presentó al señor alcalde, dándole parte de que su huerto había sido asaltado por los mozos y robado una porción de coles. Por lo que se dio que fueron castigados con todo el rigor de la ley. En vista de tal denuncia, el alcalde no tuvo más remedio que dar parte al señor juez de primera instancia, el que les formó una causa criminal por hurto y escalamiento,

que estuvieron más de un año presos en Montalbán, y el pago de costas, que les subió a cada uno de los 16 que estaban a 30 pesetas.

De aquí arrancó que todas las familias de los mozos encausados se enconaron contra mí, propagando algunas amenazas, que por cierto no me intimidaban mucho por razón de lo mucho que me apreciaban en el pueblo.

Pero entre esto y que en los cuatro años que hacía que estábamos en el pueblo mi esposa había dado a luz dos niñas, llamadas la una Basilia y Rosa la otra, mis gastos se habían aumentado y la dotación no era muy larga, por lo que ya no abastaba a satisfacer mis necesidades, por lo que determiné buscarme mejor partido.

A la sazón vacó la plaza de veterinario de Montalbán. Allí me fui, con objeto de ver aquel negocio y enterarme de sus condiciones. La dotación era solo de 3000 reales anuales pagados por el Ayuntamiento. Poco eran 3000 reales para el servicio que allí se tenía que prestar. Porque, además del casco de la población, se tenía que visitar el barrio de *Peñarros*, que consta de más de 900 almas y a distancia de cinco cuartos de hora, con más algunas casas de campo que hay enclavadas en término de dicho pueblo.

En mi visita intenté el medio de ver si podía conseguir de que fuese la plaza para mí, pero a condición de que me habrían de aumentar 1000 reales la dotación, amparándome para el objeto de los Sres. médicos D. Gerónimo Balduque y D. Pedro Esteban, personas muy conocidas mías y de mucha importancia en la población.

Al efecto tuvimos una conferencia con el municipio y mayores contribuyentes, en la que acordamos que por aquel año se me aumentarían 500 reales y al año viniente, si el pueblo quedaba satisfecho de mis servicios y moralidad, me aumentarían otros 500 reales más. Con lo que solicité la plaza, siendo para mí con el aumento indicado entre tres aspirantes más que la solicitaron con las condiciones del anuncio.

Antes de continuar con la narración de mis asuntos, voy a manifestar dos sucesos de gran resonancia política para España por la gravedad que entrañaban.

Estando de presidente del Ministerio el general O'Donnell en el año 1860, los marroquíes atropellaron y destruyeron el mojón que

servía de límite de los terrenos de España y Marruecos en Ceuta sin que para ello tuvieran motivo alguno.

Al ver los españoles tal insulto y atropello, pidieron satisfacciones al emperador de Marruecos, el que, no dándolas completas, la España se vio en la necesidad de declararle la guerra. Guerra que causó muchas víctimas y enormes gastos.

Al efecto, en España en muy poco tiempo se organizó un gran ejército de 36 000 hombres, con la correspondiente caballería y artillería, que dirigió el general O'Donnell, acompañado de algunos generales, tal que el general Prim y otros.

Desembarcaron en Ceuta y desde allí emprendieron las operaciones, invadiendo los terrenos marroquíes del Serrallo. El emperador marroquí también por su parte se aprestó a la defensa, organizando también un gran ejército, pero mal instruido y desorganizado, con armas muy inferiores a las de los españoles.

Se dieron diferentes acciones y batallas, en las que los marroquíes se defendieron tenazmente, por defender su país. Pero en todas ellas fueron vencidos, en tales términos que los españoles se apoderaron de la ciudad de Tetuán, su ciudad santa según ellos llaman, población que ocuparon por mucho tiempo.

Desde allí se dirigió O'Donnell a la toma de Tánger, ciudad muy importante en la costa marroquí. Pero en el camino y en un punto llamado Wad-Ras los moros se aprestaron a dar una batalla formidable, con objeto de impedir el paso del ejército español, batalla en la que hubo muchas bajas y grandes pérdidas por ambas partes. Pero por fin los moros fueron también vencidos una vez más.

Al verse los moros en tan crítica situación, concluida que fue la batalla, le propusieron la paz al general en jefe de las fuerzas españolas. Este admitió las negociaciones, de lo que resultó que después de muchas conferencias se convino, entre muchas otras cosas favorables para España, en una gran indemnización de guerra, que no sé si la habrán acabado de pagar. Sirviendo dicho hecho de armas de mucha importancia y engrandecimiento para España.

El otro suceso fue que, mientras el ejército español estaba combatiendo con los moros, el general Ortega, que estaba de capitán general en las islas Baleares, valiéndose de la ocasión de estar los

españoles ocupados en la mencionada guerra, desembarcó en España en el puerto de San Carlos de la Rápita, con todas las fuerzas que tenía disponibles en dichas islas, dando el grito de «Viva D. Carlos». Pero sea que se adelantó algo al día convenido o que los demás que regularmente estarían comprometidos se retrasaron o hubo algún contratiempo para el negocio, lo cierto es que Ortega se encontró solo sin saber qué partido tomar.

Al ver los jefes y soldados que el movimiento no era secundado, se dispersaron, marchándose cada cual por su lado, presentándose luego a las autoridades militares más inmediatas.

Entre los sublevados había dos personajes de mucha importancia política, porque eran hermanos del pretendiente D. Carlos y primos de la reina doña Isabel II, los que cayeron prisioneros, mandando luego fuesen emigrados de España, lo que no se pudo realizar, porque en el camino les aconteció una grave enfermedad de la cual murieron los dos en muy pocos días. Unos dicen que fue escarlatina y otros que fueron envenenados; sin que yo tenga ningún dato de ello, me atrevo a decir que regularmente sea segura la segunda versión.

Respecto a las personas que pudieron influir para ello, no se ha sabido públicamente, pero se supone que tal vez no serían muy extraños a la familia.

Ortega, desde San Carlos, tomando los límites de Aragón y Valencia, se dirigió a Calanda, regularmente con algún fin relacionado con su desgracia, en donde fue cogido y hecho prisionero por la guardia civil. El que por orden del gobierno fue conducido a Tortosa, en donde se le formó consejo de guerra, que lo sentenció a ser pasado por las armas, como luego se verificó.

Algunas personas importantes trabajaron mucho con objeto de ver si podían evitar el fusilamiento, de lo que tenían una gran confianza, dándole algunas esperanzas al reo. Pero él nunca tuvo ninguna, efecto de la gran falta militar que había cometido, por lo que siempre contestaba «No puede ser».

De aquí quedó el dicho por aquel país de que cuando una cosa presentaba dificultad para que pueda ser realizada, decían: «No puede ser, que dijo Ortega». Así concluyó sus días tan desgraciada suerte. Regularmente, por poca premeditación y fanatismo.

Dicho alzamiento carlista fue muy criticado por los españoles, porque se habían valido de la ocasión de estar muchas fuerzas del ejército en la guerra de África y, por lo tanto, quedaban pocas tropas disponibles para conservar el orden general. Así es que, si el movimiento hubiese sido secundado por los que estaban comprometidos, muy bien pudieran haber dado mucho que entender al gobierno.



CAPÍTULO 13

Mi estancia en Montalbán. Sucesos ocurridos

Legó por fin el momento de salir de Obón y partir para Montalbán. Cosa que sintieron mucho la gente de Obón, prometiéndome que de no marcharme me mejorarían la dotación. Pero no pude acceder a ello porque ya estaba la determinación tomada.

Establecidos en Montalbán, principié el ejercicio de mi profesión con el mismo éxito que había obtenido en Obón. Pero allí cambiaron por completo las cosas. Aquellos ratos de solaz que antes tenía y que muchos de ellos los dedicaba a la caza y pesca, allí no lo podía hacer, porque tenía mucho más quehacer en el desempeño de la práctica. Porque había un doble número de caballerías entre Montalbán y su barrio de Peñarroya. Agregándome luego el pueblo de Utrillas, en el que me daban 1000 reales de dotación.

Como la ocupación era tanta, no podía ocuparme ni a la caza ni a la pesca, por lo que tuve que vender la escopeta, los cepos y la red de pescar, haciendo en cierto modo una vida nueva, muy diferente de la anterior. Cuántas veces me sucedía que, llegado de Peñarroya,

distante cinco cuartos de hora en dirección del río abajo, tenía que emprender la caminata para Utrillas, distante una hora en dirección del río arriba, servicio que tenía que prestarlo lo mismo de noche que de día, con fríos, nieves, lluvias, calores, etc.

Tanto era mi interés por mirar por el bien de mi familia, que me determiné visitar los pueblos de Valdeconejos y Las Parras de Martín, pueblos situados a tres horas de distancia de Montalbán, y en terreno muy accidentado, porque se tiene que atravesar la tan nombrada loma de San Justo.

Muchas veces visitaba los dos pueblos dichos a la vez, viaje que entre recorrerlos y hacer la visita me estaba de 8 a 9 horas. Puede decirse que todo el día.

Estas andadas me eran algo molestas para hacerlas a pie, por lo que determiné buscarme cabalgadura. Pero tropezaba con el inconveniente de que entre los gastos de compra y manutención, me salía caro. Pero esto lo resolví comprando un caballo para mí y otro amigo mío.

No duró mucho esta mi comodidad, porque lo volví a vender luego, porque me parecía que me gastaba mucho. Viéndome en la necesidad de dejar la visita de los pueblos de Valdeconejos y Las Parras.

A pesar de las muchas ocupaciones que tenía, los ratos que me quedaban libres los dedicaba al estudio de los libros de la ciencia y otros, que me servían para instruirme algún tanto en los conocimientos útiles al hombre, que buena falta me hacía por la escasa instrucción que recibí de joven.

Asimismo, me dediqué a escribir muchos artículos y comunicados en los periódicos de la ciencia de Veterinaria. Escritos que, aunque faltos algunas veces de ortografía y buen estilo, los apreciaban mucho los directores de los periódicos, porque todos se referían a los adelantos científicos, especialmente a la patología y terapéutica.

En aquella época se presentó un concurso por la Academia Central de Veterinaria en la que se ofrecían tres premios y títulos de académicos honorarios de dicha Academia, consistiendo los premios: el primero en una medalla de oro, el segundo en una medalla de plata, y el tercero en una medalla de cobre. Cuyos premios se adjudicaban a los autores que escribieran unas memorias en las que se expresaran las enfermedades más comunes que padecían los animales de una provincia cualquiera.

Exponiendo sus causas productoras, los síntomas para darlos a conocer, el modo de combatirlas, sus terminaciones y profilaxis. Adjudicando la de oro a la que fuere más meritoria y así las otras dos sucesivamente.

Como las memorias habían de ir acompañadas de un pliego cerrado, que no se abrirían más que los de los concursantes que fueran merecedores de premio, siendo los desestimados quemados sin abrir los pliegos, me determiné a escribir a ratos perdidos una memoria referente al objeto en la provincia de Teruel. Sobre 40 días de asiduos trabajos me costó el escribirla y pasarla en limpio. Terminada que fue, la remití con pliego cerrado y firmado por mí a la mencionada Academia. Pero con muy poca confianza de buen éxito.

Transcurrido algún tiempo y cuando ya menos lo esperaba, se me participó desde Madrid que mi memoria había sido premiada con la medalla de plata, y el título de académico honorario de la citada Academia. Ya se pueden figurar mis lectores el gran alegrón que yo recibiría al noticiarme el resultado de mi memoria. Creo que aunque me hubiera caído un buen premio de lotería no me hubiese causado tan buena impresión.

Dispuse, pues, que tanto la medalla como el título me lo remitieran a Zaragoza, que desde allí ya me lo remitirían a mí. Prendas que tengo conservadas en dos cuadros, como dos grandes alhajas. Las que al morir pienso dejarlas a la custodia de uno de mis hijos.

El premio de la medalla de oro no se adjudicó a nadie, porque la Academia no reconoció suficiente mérito a ninguna de las memorias presentadas.

Algún tiempo después, observando que los conocimientos del diagnóstico, o sea el conocimiento de las enfermedades de los animales domésticos, estaban tan poco estudiados, me dediqué a escribir un tratado sobre dicha materia titulado *Tratado del diagnóstico, o sea, conocimiento de las enfermedades de los animales domésticos*. Obra que en cierto modo puede calificarse de nueva en su clase. La que después de algún tiempo fue impresa y dada al público. Obra que aunque no de mucho mérito, ha sido apreciada por los veterinarios que la han visto.

Entre tanto, nuestro hijo Lázaro había cumplido ya 11 años de edad. Por lo que determinamos estudiase la carrera eclesiástica. Al efecto, lo llevé al seminario de Teruel, en el que estudió el primer año de latín con muy buen aprovechamiento.

Llegamos al segundo curso, y ya no pudo ir al dicho seminario por haberse cerrado a causa de la famosa revolución del 23 de septiembre del año 1868. Revolución que la apellidaron La Gloriosa, pero que yo llamaría revoltosa o tormentosa por las grandes tormentas políticas que de ella se derivaron.

Es verdad que de ella se ha derivado mucha luz, civilización y progreso, ha producido también muchos trastornos políticos y mucho derramamiento de sangre. Todo por la ambición de mando y riquezas de los grandes políticos. Y, si no, díganlo el bombardeo de Cartagena por el mismo gobierno republicano contra los republicanos federales que se habían hecho fuertes en dicha ciudad. Y gracias a que estaban en puerto de mar se pudieron salvar, marchándose con una embarcación a la Argelia.

Así como el cañoneo en Zaragoza, Valencia, Barcelona y otras partes. Todo esto fue debido a que la revolución fue mucho más allá de donde sus iniciadores la quisieron llevar.

Serrano, Prim y Topete fueron los principales autores, por tener resentimientos contra la reina y el gobierno moderado del general Narváez y González Bravo, que no les dejaban vivir en paz dentro de la nación con sus tendencias liberales, por lo que tuvieron que emigrar a tierras extranjeras, fraguando allí la revolución con objeto no solo de derribar al gobierno, sino también a la dinastía borbónica, como así sucedió. E implantar una política democrática.

Terminada la revolución a favor de sus iniciadores, se nombró una junta de gobierno, con la presidencia de Serrano, la que dispuso se nombraran Cortes Constituyentes, las que después de muchos ruidosos debates acordaron por 191 votos que la nación fuera monárquica democrática. Por lo que principiaron a la busca de candidatos reales para ver si alguno lo quería aceptar. Resultando que todos despreciaban el ser Rey de los españoles, regularmente por lo muy revolucionarios y ambiciosos que somos. Hasta que un príncipe de Italia llamado Amadeo lo aceptó para su desgracia. Cosa que no debía haber hecho, porque al pisar el territorio español estaba aún humeando la sangre de su patrocinador D. Juan Prim, que acababa de ser trágicamente asesinado. Así pues, su reinado, en medio de su sana y buena intención, fue muy azaroso. Porque en medio de las muchas turbulencias políticas que se suscitaron, atentaron por dos

veces contra su vida. Y por más serenidad y valentía que mostraba, se comprende que los disgustos que sufrió, tanto él como su esposa, fueron muy grandes. En términos que tuvo que renunciar la corona para siempre, suceso que a su buena esposa le costó la vida en una edad muy temprana, estando aún en España. Muriendo también D. Amadeo a los pocos años de haber regresado a Italia.

A causa de la dimisión de Amadeo, las Cortes se encontraban en un gran conflicto, sin saber qué partido tomar. En medio de sus acaloradas discusiones, se levantó de su asiento el intrépido y decisivo señor Figueras, dando el grito de «¡Viva la república!». Grito que fue secundado por todos los demás diputados republicanos, y algunos monárquicos, resultando una mayoría que aceptó la proclamación de la república de un modo inesperado y tranquilo.

Como es de suponer, el señor Figueras quedó de presidente de la situación. Se disolvieron las Cortes, se nombraron otras nuevas en sentido republicano. Entrando aquí la barahúnda. Todos querían ser presidentes de la república y jefes, por lo que la bandera republicana quedó muy pronto hecha jirones, llevándose un retazo cada uno de los jefes, dividiéndose el elemento republicano en diferentes fracciones.

En tales términos entró el desacuerdo entre los mismos, que se hicieron la guerra de unos a otros. Todo ello nada más que por ambición de mando y de medro personal.

El desbarajuste regularmente hubiera llegado a mucho más si no es que por casualidad, o la divina providencia lo dispuso así, entró de presidente de la república el bondadoso y pacífico republicano D. Emilio Castelar. El que con sus acertadas disposiciones pudo conjurar aquella desbaratada situación y reorganizar algo el ejército, que estaba muy insubordinado.

Pasado algún tiempo y continuando las impacencias políticas, cayó el poder en manos de Sagasta, el que pudo ir contemporizando algo la animosidad de las gentes.

Encontrándose la nación en tal situación, el general Martínez Campos, valiéndose de tan favorable ocasión, se sublevó en Sagunto, regularmente en combinación con algunos otros generales, dando el grito de «¡Viva Alfonso XII, hijo de la destronada y expatriada doña Isabel II!». Grito que fue secundado por la mayor parte del ejército monárquico y de algunos que se titulaban republicanos.

El señor Sagasta, bien fuese por miedo o por conveniencia, se calló y toleró dicha sublevación. Por lo que fue restaurada otra vez en España la dinastía borbónica, presentándose luego en Madrid y declarado rey D. Alfonso XII.

Los carlistas, valiéndose de las circunstancias favorables de la efervescencia de los partidos liberales, se lanzaron al campo por milésima vez con el fin de ver si podían conseguir su objeto.

D. Alfonso se puso al frente del ejército del norte con objeto de animar y entusiasmar a los soldados para que se batiesen con rigor contra los carlistas. Sin embargo, estos dieron mucho quehacer, especialmente en el norte, tratando de apoderarse de Bilbao, al que pusieron sitio, que costó muchas vidas, sangre y gastos el levantarlo.

Los navarros tampoco se descuidaron en secundar el movimiento, como hacen siempre en tales circunstancias.

Habiéndose hecho fuertes en diferentes puntos, tal que Estella, Oteiza, etc., que también costó mucho trabajo y derrame de sangre el conquistarlos. Entre ellos, la muerte del general en jefe de aquel ejército, D. Manuel de la Concha.

El levantamiento fue secundado en algunas otras partes de España. Por lo que produjo una guerra que duró tres años. Pero no fue tan sangrienta y cruel como la de 1834 al 1840, como lo demuestra su historia. Guerra que era de verdadera opinión, y de exterminio de unos beligerantes con otros.

La última guerra carlista fue más pacífica y menos ensañada. En tales términos que parece fue guerra de negocio y monopolio entre los contrincantes. Los liberales, regularmente por buscar los ascensos y el mando, y los carlistas por el negocio del oro. Porque, según se dijo, para concluir la guerra se derramó a manos llenas.

Como el general Martínez Campos estaba tan congratulado con D. Alfonso y el gobierno, fue nombrado general en jefe con amplios poderes para combatir a los carlistas. Al efecto los combatió y aniquiló, primero en Provincias Vascongadas, siguiendo luego a Navarra, Aragón y Cataluña. Hasta internar algunos de ellos en Francia. Resultando de ello que, bien fuere por su pericia militar o bien con dinero, la cosa es que concluyó la guerra dejando la nación en paz. Con lo que se agregó otro florón de gloria a su corona.

Volvamos otra vez a Montalbán, para reanudar el hilo de los estudios de nuestro hijo Lázaro. Pues en vista de haberse cerrado el seminario de Teruel, nos reunimos siete u ocho padres de familia que tenían hijos en disposición de emprender los estudios de latín. Los que acordamos tener una conferencia con un señor sacerdote de la misma población para ver si les quería dar lección de latín a los chicos. De la entrevista resultó que accedió a nuestros deseos por un precio módico y convencional. Con lo que nuestro hijo terminó los estudios de latín con muy buen resultado.

Terminados estos, lo llevé a Zaragoza para que terminara los estudios de filosofía, para obtener el grado de bachiller con objeto de que pudiera seguir alguna carrera cualquiera. Porque la del sacerdocio, con las cuestiones republicanas, se había puesto de muy mal aspecto, causa por la que nadie la seguía. Por lo que optamos por la de Medicina, carrera que nos costó a todos hacer grandes sacrificios. Porque como teníamos mucha familia y la dotación que yo ganaba no era muy larga, no podía hacer grandes desprendimientos para costearla. Por lo que nuestro hijo tuvo que servir algunas temporadas y ganarse por otros conceptos todo lo que le fue posible.

Nuestra hija Petra, que a la sazón se encontraba de ama de leche en Zaragoza, también contribuyó con lo que pudo para ayuda de los gastos que se ofrecían.

Con mil privaciones y apuros pudimos llegar al último curso de la carrera, la que por entonces no pudo continuar porque había cumplido la edad para entrar en sorteo para el servicio militar. Entonces nos encontrábamos nosotros en Belchite ejerciendo mi profesión. La suerte le fue adversa porque le tocó el número 10, por lo que tuvo que ir al servicio de las armas.

En aquella época duraba aún la última guerra civil carlista. Y como había mucha falta de oficiales en el ejército, el señor Sagasta, que estaba en el poder, dispuso que todos los mozos que les cupiese la suerte de soldados y tuvieran el grado de bachiller y estuvieran impuestos en la táctica militar, probándolo por medio de un examen, se les diese el nombramiento de segundos tenientes, y como nuestro hijo reunía esa favorable condición, estudió algo dicha materia exigida para el examen, al que se presentó, quedando aprobado y hecho un oficial militar.

Muy pronto los pidió el gobierno al servicio de las armas, distribuyéndolos a los puntos que hacían más falta.

La guerra continuó sobre 18 o 19 meses más. Nuestro hijo fue destinado a operar a la provincia de Teruel. En donde ya tuvo algunas escaramuzas con los carlistas, siendo luego trasladado a la provincia de Navarra. Punto que, para ir allí, pasó algunos sustos y trabajos, y puesto allí, los trabajos fueron mucho mayores. Porque estaba allí el foco de la guerra. Era un tiempo que hacía frío y muchos de ellos tenían que dormir al campo. En chozas, que los soldados fabricaban con excavaciones, piedras y ramaje. Esto especialmente sucedió en el sitio y bombardeo de Sta. Bárbara de Oteiza, fuerte que los carlistas creían inexpugnable. Pero el asedio de las piezas de artillería fue tan activo por la parte de los sitiadores, que luego se vieron en la necesidad de rendirse.

Allí obtuvo nuestro hijo el grado de primer [*sic*] teniente. Grado que lo ha tenido por espacio de 18 años hasta que ha ascendido a primer teniente, hace sobre tres meses.

En vista de la toma del mencionado fuerte, los carlistas, tanto de Navarra como de las Vascongadas, se desanimaron mucho. Retirándose hacia la raya de Francia perseguidos por las tropas reales. De lo que resultó la conclusión de la guerra por aquel punto.

Así es que las tropas del gobierno se pudieron dirigir hacia Aragón, Valencia y Cataluña. Terminando luego la guerra, por medios pacíficos, como ya he demostrado arriba, y por lo que quedó la nación en paz.

Terminada la guerra, muchos oficiales pidieron pasar al estado de reserva, entre ellos nuestro hijo, lo que les fue concedido. Entonces continuó sus estudios hasta terminar la carrera. Revalidándose luego para poder ejercer la profesión.

Al efecto, se estableció en el pueblo de Villanueva del Huerva, punto donde contrajo luego matrimonio con una agraciada joven del pueblo de Lécera. A donde se trasladaron luego para ejercer su profesión por ser mejor que Villanueva. Pueblo que, entre la paga de teniente que hoy tiene y el importe de la libreta de igualas y beneficencia, reúne un sueldo bastante regular. Si bien las igualas, por efecto del estado de pobreza en que se encuentra el pueblo, son de

muy mal cobrar. Pero sin embargo reúne para el sostenimiento del gran gasto que tiene que sostener entre su casa y nuestra alimentación que ya no podemos ganar, efecto de nuestra vejez.

Volvamos otra vez a nuestro renombrado Montalbán, en donde mi esposa dio a luz un niño, que impusimos por nombre Vicente. Este fue el último de nuestro matrimonio. Cuyo niño demostró mucha aplicación al estudio, con una regular disposición.

Así que tuvo edad suficiente lo dedicamos a estudiar la carrera de Veterinaria, con objeto de que en mi vejez pudiera servirme de ayuda en la profesión. Carrera que siguió con muy buen éxito pero con poca vocación. Efecto de la envidia que le tenía a su hermano, porque le parecía que la carrera de Medicina era mejor que la de Veterinaria; y en esto no se equivocaba.

Concluida la carrera, llegó a la edad en que fue sorteado para el servicio militar, en el que también tuvo la mala suerte de caer soldado. Fue destinado al cuerpo de sanidad, llevándolo a Madrid, y luego a Zaragoza, en donde terminó su servicio militar.

Entonces se trasladó a Belchite con objeto de imponerse en la práctica, en mi compañía. Porque estaba yo allí establecido. Tomando entonces la visita del pueblo de La Puebla de Híjar. En donde estábamos sobre 20 días cada uno de asiento para visitar, relevándonos alternativamente.

Desde allí, Vicente se trasladó a Codo, en donde estuvo establecido sobre cuatro años ejerciendo su profesión. Hasta que en una reunión de familia que tuvimos, y en vista de que la profesión de veterinario la ejercía de mala gana, acordamos que, toda vez que permanecía soltero, podía emprender los estudios de la carrera eclesiástica, a lo que accedió con mucho gusto.

Al efecto, se matriculó en el Seminario de Belchite, al que iba desde Codo dos veces a la semana. Los demás días los estudiaba privadamente en casa.

Terminados los estudios de latín y sus agregados, se trasladó al Seminario Conciliar de Zaragoza, con la ventaja de haber conseguido media beca que ganó por oposición. Ventaja que tuvo que abandonar, porque la estancia en dicho Seminario le alteraba su salud. Dedicándose a dar lecciones de latín, con lo que obtenía algunas utilida-

des. En dicho Seminario estudió la filosofía eclesiástica con muy buen resultado. Porque siempre obtuvo las notas de sobresaliente.

Llegó el momento de emprender los estudios de Teología. Pero como su intención era el estudiar la carrera breve, y como al señor prelado le dio la gana de suprimirla en su diócesis, se vio en la necesidad de trasladarse a Jaca, porque allí continúan los estudios de la carrera breve. Con lo que, si no hay novedad, al terminar el curso de 1896 ya habrá terminado su carrera. Y en disposición de poder hacer algo por nosotros. Que nos encontramos hoy retirados en Zaragoza, efecto de nuestra decrepitud.

Reanudemos nuestra estancia en Montalbán, en donde continuaba ejerciendo mi profesión con mucha tranquilidad hasta que en el año 1872 concluyó la carrera un hijo del pueblo. Este tenía intención de continuar con un tío que tenía en Zaragoza, también veterinario en muy buena posición. Pero los padres del joven veterinario, creyendo que de establecer su hijo en el pueblo lo iban a pasar al estilo de marqués, no pararon hasta que se lo atrajeran.

Principió luego a hacer propaganda y buscarse clientela. Resultando que con todos sus esfuerzos pudo reunir sobre 70 vecinos, entre parientes y amigos.

Sin embargo del mal resultado de sus gestiones, entró en mí la cavilación sobre el particular. Calculando que, si bien era verdad que el número que había podido reunir mi contrincante era muy exiguo, tal vez al año viniente pudiera reunir mayor número por la razón de ser de la población y tener muchos parientes y amigos y las muchas intrigas que pudiese cometer contra mis intereses.

Al efecto, pues, determiné tener una conferencia con él, con objeto de manifestarle que, toda vez que él estaba decidido a establecerse en la población, y como el partido tan apenas producía para los gastos de una familia, yo no tenía inconveniente en marcharme a otra parte. Pero había de ser a condición de que me había de abonar un buen agradecimiento. El que se convino en ello, cumpliendo religiosamente lo convenido.

La mencionada proposición se la hice porque yo ya tenía otro partido buscado para lo que pudiera suceder.



CAPÍTULO 14

Mi traslado a Plou, Belchite y Codo. Acontecimientos que sucedieron

Retirado ya de Montalbán, me trasladé a Plou, partido que lo componían los tres pueblecitos de Plou, Maicas y Cortes, con residencia en el primero. Su dotación consistía en 4000 reales, pagados por los ayuntamientos. Agregándose algunas cargas de leña de carrasca que daban del monte de Maicas. Establecido allí, fui también apreciado como lo había sido en los demás partidos que había estado.

El desempeño de la profesión no era tan trabajoso como en Montalbán. Pero no por eso dejaba de ser molesto. Porque dos veces a la semana tenía que visitar por obligación los pueblos de fuera con más las visitas que se tuvieran que hacer por necesidad, que no eran pocas. Tanto que lloviera como que nevara ni que fuera tiempo tempestuoso. Como me sucedió una noche, visiblemente oscura y tempestuosa, que vinieron a buscarme del pueblo de Cortes, sin caballería. Diciendo que fuera con urgencia porque había una caballería mala con torzón (llamaban torzón a los cólicos). Por más que la

noche era terrible, no hubo más remedio que emprender el viaje. Para poder seguir el camino tuvimos que llevarnos un farol con luz, el que al poco rato nos apagó el fuerte viento tempestuoso que hacía. Quedándonos tan a oscuras, que nos extraviamos del camino, metiéndonos por los campos sin saber adonde nos encontrábamos. Porque el suelo donde estábamos era bastante llano.

A fuerza de dar vueltas y revueltas, y examinado el terreno con la vista muy próxima al suelo por si podíamos dar con la huella de los animales y la tría del camino, pudimos dar con él. Así es que la media legua que hay de distancia de un pueblo a otro nos costó una legua el recorrerla.

Por fin llegamos al pueblo, y la gran gravedad de la caballería se reducía a un simple cólico flatulento que muy pronto desapareció.

Esta clase de enfermedades abunda mucho por aquel país. Enfermedad que, como los animales, por efecto de los grandes dolores que sufren, manifiestan una inquietud insufrible, los amos, al ver aquel malestar en sus caballerías, se alarman mucho, máxime si cuentan con poca fortuna, como sucede la mayor parte de las veces. Cuyos padecimientos la mayor parte de las veces se curan con facilidad con el uso de los calmantes y carminativos.

Todo lo contrario sucede en el mayor número de enfermedades que padecen los animales. Efecto de que no se pueden expresar. Si los síntomas no son alarmantes, los amos se están tan tranquilos aunque los animales estén de mucho peligro. No se aperciben hasta que no quieren andar, o comer, o que se están echados, como sucede con algunas inflamaciones internas. De ello resulta que muchas veces, cuando llega el profesor, ya es tarde porque la enfermedad ya ha causado grandes estragos.

En el mencionado partido solo estuve siete meses. Porque llegó a mí noticia que el pueblo de Belchite quedaría muy pronto vacante, por causa que el veterinario estaba terminando la carrera de médico. Y como Belchite es buen pueblo y cerca de Zaragoza, me halagaba mucho por poder dar dedicación a mi familia.

Con tal objeto pasé a Belchite para enterarme de aquel negocio. Efectivamente, iba a quedar vacante cinco meses antes de San Miguel, porque el veterinario se había de ir a Zaragoza para emplear

aquel tiempo en repasar las asignaturas y luego revalidarse, con la intención de establecerse en Belchite, como así lo hizo. Pero en aquel espacio de tiempo había de buscar un profesor que hiciera sus veces en el pueblo dicho.

Comprendiendo yo que era negocio que me convenía, entramos, pues, en contrato, conviniendo en que hasta San Miguel él llevaría dos terceras partes de todo lo que producían las igualas, y yo la tercera restante, con más los derechos de inspector de carnes. Y por apoyarme en el partido y conseguir que yo continuara allí en lo sucesivo, cosa que me aseguraron por razón de lo mucho que allí lo estimaban, le había de dar 4000 reales en tres años, con la obligación de la seguridad de quedar yo allí admitido y ayudarme a la visita, siempre que yo o los vecinos lo reclamásemos.

Algo larga era la prima que me exigió, pero como el partido reunía las cualidades favorables para mí, como arriba he manifestado, y como la diferencia que había dicho que ganaba en Plou a lo que producían las igualas de Belchite, era lo menos de 3000 reales, no tuve inconveniente en aceptar la propuesta.

Con sumo regocijo me dirigí a Plou, recorriendo a pie las diez horas que hay de distancia de un punto a otro. Pero a la vuelta me sucedió una cosa que no me supe explicar la causa. Sucedió, pues, que a más de dos horas antes de llegar a Plou, principié a sentir una fatiga y cansancio tan grande que creí no poder llegar al pueblo. Pero como era ya algo tarde, y con objeto de no verme en la necesidad de pasar la noche en Muniesa, que está a una legua de Plou, hice esfuerzos sobrehumanos para llegar al pueblo, lo que pude verificar. Pero tan sumamente cansado, que sin cenar me fui a la cama a descansar, cosa que ni aun allí podía conseguir. Tal era la molestia que la fatiga me había producido. Suceso que en mi vida me había pasado por más que tengo mucho andado a pie.

Al efecto, pues, me despedí de Plou, buscando otro profesor que me supliría los cinco meses que faltaban hasta San Miguel.

Trasladado a Belchite, emprendí mi visita con tan buenos resultados cual yo pudiera desear, porque, a la verdad, estaba con algún cuidado. Porque como mi antecesor estaba en tanta estima como profesor, calculaba yo que al menor descuido que tuviera, o bien porque a la gente les parecieran algunas enfermedades muy graves,

recurrirían a él en menosprecio mío. Pero por fortuna sucedió esto muy pocas veces. Un solo caso bastó para adquirir el aprecio de toda la población.

Sucedió que a un mulo le apareció un tumor algo voluminoso en la región escapulohumeral external, punto donde acostumbran presentarse los tumores carbuncosos sintomáticos o secundarios.

Al observar el amo del mulo el tumor, lo sacó a la calle y le estaba dando una fricción de manteca cuando acertó a pasar el otro veterinario, llamado Azuara de apellido, y le preguntó por qué le daba aquella fricción si lo que padecía aquel mulo era un tumor carbuncoso (mal traidor, que llaman por aquel país). Les dijo que me llamaran inmediatamente a mí, y que lo sajara y cauterizara sin pérdida de tiempo.

Con mucha precipitación, como sucede siempre en tales casos, me llamaron para que fuera a poner en cura el mulo, en la forma que el señor Azuara había dispuesto y que me llevase yo los hierros de cauterizar. A lo que tuve que contestar que antes quería ver el mulo, porque pudiera suceder que no hubiese necesidad de cauterizar al animal. Porque por otros medios más suaves tal vez se pudiera obtener la curación.

Llegado a la presencia del animal, lo reconocí y observé que el mencionado tumor, aunque presentaba gravedad, no era más que un infarto ganglionar consecutivo a una pústula maligna que tenía su asiento en la parte posterior lateral del mismo lado del cuello. Entonces les dije a los amos que no había necesidad de sajar ni cauterizar. Porque yo usaba una preparación unguentaria que era muy fácil se pudiera combatir con facilidad, como lo había hecho ya muchas veces en tales casos. Que a las cuatro o cinco horas ya se comprendía el bueno o mal resultado. Y que si el medicamento no obraba bien, entonces lo sajaría y cauterizaría, que porque transcurriera aquel corto espacio de tiempo, por eso no se podía agravar mucho la enfermedad. Pero que tuvieran entendido que si el medicamento no daba buenos resultados, tampoco los darían las sajas y el cauterio, como me lo había demostrado muchas veces la experiencia. Por fin condescendieron a ello, pero con mucho temor. En tales términos, que fueron a consultarlo con Azuara. Este fue a verlo, no estando conforme con aquel tratamiento, con lo que los amos se alarmaron más.

Desde allí fue a encontrarme para decirme que con ello me exponía a una gran crítica profesional si el animal se moría. Porque dirían que cómo lo había de curar con un unguentivo. Y que luego caería en un gran desprecio en la población, siendo circunstancia más grave al ser yo recién llegado al pueblo. Yo le contesté que tenía una gran confianza en el triunfo de la enfermedad por la acción de aquel medicamento, como lo había obtenido en muchos otros casos idénticos.

Al tiempo que les prefijé, volví a ver el mulo con objeto de ver el resultado del medicamento. Con mucho contento observé que había obrado maravillosamente. Por lo que al decirles a los amos que ya estaba el animal fuera de peligro, recibieron una gran alegría y satisfacción, cuya noticia circuló con mucha prontitud por la población. Con lo que quedé ya muy bien acreditado.

El señor Azuara también volvió a ver el mulo, diciéndoles que, en vista del buen resultado que había dado el medicamento, se podía conceptuar fuera de peligro al animal. Pero que no comprendía en qué me había fundado para tratarlo tan simplemente, cuando el tumor era un carbunco sintomático de mucha gravedad. Cuyo señor Azuara estaba en un error. Porque el tumor no era más que un infarto ganglionario consecutivo a una pústula maligna, como ya he demostrado más arriba, por lo que el foco residía al exterior, por lo que combatida la pústula se combatía también el tumor, como así sucedió.

Seguí, pues, con buena estrella la práctica de mi profesión, como me había sucedido en todos los puntos donde había estado establecido.

El desempeño de mi profesión en Belchite también me fue algo pesado y molesto. Porque además de la visita del casco de la población, que es trabajosa por el mucho número de caballerías que hay, se tienen que visitar muchas casas de campo que están habitadas, y especialmente en la huerta, las que contienen buen número de animales. Además, visité dos años como anejo el pueblo de Codo, distante cinco cuartos de hora de Belchite, verificándolo siempre a pie, como acostumbraba. Y para no faltar a la visita de Belchite, acostumbraba a madrugar mucho, para volver en hora oportuna para no faltar a mis obligaciones.

Además visitaba con alguna frecuencia el pueblo de La Puebla de Albortón, a tres horas de distancia de Belchite, lo que también lo

hacía muchas veces montado en los zapatos o alpargatas. Sin embargo de todo ello, continuaba yo allí con bastante sosiego. Hasta el año 1889, fecha en la que contaba yo la avanzada edad de 71 años. Y como el partido era algo trabajoso para mí, me busqué un comprofesor joven recién salido de las escuelas para que me ayudase al desempeño de mi obligación.

Mi auxiliar al poco tiempo observó que en la localidad había cuatro herreros que herraban intrusamente porque carecían de título. Se dirigió, pues, a ellos diciéndoles que era preciso le dieran una buena gratificación si querían continuar herrando. Pues, de lo contrario, los denunciaría y además se pondría un establecimiento de hierros por su cuenta.

Al efecto entraron en tratos sobre el asunto, pero no se pudieron entender, porque mi ayudante les pidió favorecerle entre todos. Cantidad que les pareció excesiva.

En su vista, mi ayudante abrió un establecimiento, como ya había anunciado, y denunciando a los herradores mencionados.

Al verse ellos con la prohibición, determinaron otro profesor de Veterinaria para que les amparase en la cuestión del herrado. Y ellos, en recompensa, le buscarían clientela, y una buena gratificación.

Como nunca faltan Judas en todas las clases de la sociedad, que se prestan a satisfacer las malas inclinaciones de los avaros y orgullosos, no faltó tampoco en este caso un profesor, hijo del pueblo, que se prestó a cometer mil bajezas con tal que él pudiese medrar, aunque fuera contra la moral profesional y mis criterios, como ya lo había intentado en otras ocasiones, pero que había sido revocado por mí. Pero en el presente caso sacó mejor partido, porque los vecinos, especialmente los bien acomodados, se empeñaron en no herrar con el veterinario y sí seguir con los intrusos.

Al efecto, los herreros y el nuevo veterinario hicieron un contrato en el que le daban 4000 reales anuales. Contando, desde luego, con la clientela que le pudieran proporcionar. Salieron a dar vueltas por el pueblo, andando de casa en casa, diciéndoles que se contrataran con el nuevo profesor, porque de ese modo podrían seguir herrando con ellos y que, de verse en la necesidad de herrar con el veterinario, se les herraría mal, tarde y de mala manera. Y que ya estaban contra-

tados la mayor parte de la población, y entre ellos la mayor parte de los mayores contribuyentes. Con estas engañosas palabras y añadiendo que yo ya no valía para la visita por ser viejo, pudieron reunir 190 vecinos de los 500 que yo tenía igualados.

Antes de emprender los herreros los trabajos de buscarle clientela al profesor, pudieron reunir sobre sesenta de los mayores contribuyentes en casa de uno de los herreros, que está muy bien acomodado. En donde acordaron lo que antes he dicho de darle al nuevo profesor los cuatro mil reales mencionados, producto de las igualas conseguidas, y si no alcanzaba, lo que faltaba se lo habían de dar los herreros de su bolsillo.

Todo esto lo negoció un tal D. Enrique Naval, de profesión abogado y buen propietario, hijo de D. Eduardo Naval, también abogado y presidente de la Diputación Provincial que había sido.

Pero como el contrato lo hicieron en últimos de noviembre del mencionado año, tiempo en que habían transcurrido dos meses desde San Miguel de septiembre, que es cuando se hacen los contratos de las igualas de los profesores de la ciencia de *curar*, parece que no estaba yo con mucho cuidado, al menos por aquel año. Porque pensaba cobrar el importe de todas las igualas, de todas las que habían igualado con el nuevo profesor, como así sucedió, por más que los señores abogados Navales se opusieron. Como el número de los contratados con mi rival fueron pocos, los herreros se veían en la necesidad de haber de desembolsar una cantidad respetable hasta completar los 4000 reales consabidos. Pero para evadirse de aquella responsabilidad, hicieron perdidizo el documento que habían hecho en la reunión mencionada. De modo que el profesor cobró muy poca cosa por la temporada que les había servido. Pero este, en vista del mal proceder de los herreros, les prohibió terminantemente que no echasen una herradura. Abriendo al efecto un establecimiento para herrar, con su correspondiente personal para despachar todas las caballerías que se presentasen al herrado. Quedándose los fanfarrones intrusos a la luna de Valencia. De lo que me alegré mucho con tal no se salieran ni los herreros ni los disidentes con la suya.

Entre tanto, continué visitando en la localidad y, al llegar el tiempo del cobro de las igualas, salí a cobrar de todos los que figuraban en mi libreta como contratados. Porque los 190 vecinos arriba men-

cionados es verdad vinieron a mi casa con objeto de despedirse de mí, pero yo no les admití la despedida, porque era para últimos de noviembre, cuando ya habían transcurrido dos meses desde San Miguel de septiembre, que es cuando se piden las bajas. Siendo el resultado que, aunque con algo de repugnancia, fueron pagando todos paso a paso, excepto los mayores matones y más fieros que en número 30 se abstuvieron de pagar. Entre ellos, los señores abogados mencionados, que eran los que dirigían todo el cotarro. Encarándose contra mí sin que yo sepa la causa del porqué.

Al llegar al tiempo de los contratos en el año 1890, el nuevo veterinario, con ayuda de toda su familia y muchos de los 190 vecinos consabidos, salieron a hacer propaganda por el pueblo y una fuerte guerra contra mí. De ello resultó que, como entre ellos había personas de importancia en la población y como se daba la circunstancia de mi avanzada edad, resultó que pudo reunir sobre la mitad de los vecinos que tenían caballería.

Tal resultado me llamó a mí algo la atención, y aunque me quedaban contratos que me importaban sobre 4000 reales –medios suficientes para sostener el gasto de tres personas que entonces estábamos en casa–, sin embargo determiné marcharme del pueblo con objeto de evitar disturbios con el otro veterinario. Pero había de ser con la condición de que mi contrincante me había de agradecer una buena prima.

Al efecto, tuvimos una conferencia en la que acordamos que por marcharme de la población me abonaría 3000 reales en dos años, como así lo cumplió.

Entonces yo me trasladé a Codo con objeto de ayudar a mi hijo reciente que a la sazón se encontraba allí establecido.

Entre tanto, los treinta vecinos de Belchite que se negaron al pago de las igualas del año 89, continuaban con no querer pagar, por más que se las reclamé varias veces. Por lo que me vi en la necesidad de emplazarlos a juicio verbal ante el señor juez municipal de Belchite. Celebrándose dos juicios por acumulación de 15 deudores cada uno. No pudiendo celebrarse con uno solo porque pasaba la cantidad de 1000 reales que previene la ley para la celebración de juicios verbales ante los 11 jueces municipales.

Al señor D. Eduardo Naval no lo incluí en la lista de los citados o emplazados, porque me había prometido varias veces que cuando me pagaran los demás, me pagaría él también, añadiendo que lo suyo seguro lo tenía yo.

El juez municipal era D. Enrique Naval, hijo del mencionado D. Eduardo, que fue el mayor rival que se declaró contra mí, como llevo manifestado. Razón por la que tuvo que inhibirse de entender en los juicios, por lo que tuvo que celebrarlos el señor suplente. Pero como era lego en la cuestión de derecho, no hacía más que lo que el señor juez le dictaba, porque algunos eran íntimos amigos.

Llegamos al acto de los juicios. Yo hice la demanda, reclamando lo que cada cual me adeudaba, exponiendo su procedencia. La contestación fue diciendo que no me debían nada porque hacía tres años que no les servía. Esto era cierto, porque desde que se contrataron con mi contrincante, ya no me habían llamado. Pero yo expuse que la culpa no estaba en mí, sino en ellos, que no habían querido hacer uso de mis servicios. Porque dispuesto había estado todo el año a servir a todos los que me reclamaran. Entonces se apoyaron a la prescripción, diciendo que habían transcurrido tres años sin cobrar, por lo que había prescrito la deuda. Lo que yo rechacé con energía, porque era una soberana falsedad. Porque ellos se apoyaban desde el tiempo que intentaron despedirse de mí. Pero como yo no les admití, yo me apoyé en el tiempo que se hacen los contratos, por lo que le faltaban 20 días para cumplirse los tres años.

Para probar esto buscaron muchos testigos, que se contradecían los unos a los otros. Todo con objeto de ver si con la abundancia de declaraciones podían abrumarme. Pero yo, como me creía tan revestido de razón, solo busqué dos testigos, que dijeron ser cierto cuanto yo expuse. Pero es menester tener presente que todo lo que los demandados decían y hacían era por consejos del señor Enrique Naval.

Por fin vino la sentencia, en la que, como yo ya esperaba, fui sentenciado a perder los créditos reclamados, y condenado en costas.

Al ver tal injusticia según mi escaso conocimiento, apelé ante el señor juez de primera instancia. En el auto de los juicios, expuse muy extensamente todo cuanto había sucedido respecto a la cuestión que ventilábamos. Exponiendo principalmente el origen de ello, que era la cuestión de los herreros, apoyados por los señores Navales.

En su vista, el señor juez de primera instancia, como era un hombre muy amante de la justicia, comprendió que la razón estaba de mi parte, revocó la sentencia del señor juez municipal en todas sus partes, condenando a los demandados al pago de lo que se les reclamaba. Con lo que los dichos señores Navales llevaron el revolcón del siglo.

Sin embargo, los demandados, por consejo del señor Enrique, se resistían al pago de la deuda. Por lo que tuve que recurrir a pedir el cobro por la vía de apremio. Entonces, como se vieron amenazados con los embargos, no les quedó más recurso que satisfacer el pago.

Como ya los demandados habían satisfecho el pago, acudí a casa de D. Eduardo Naval, reclamándole me satisficiera la iguala de sus caballerías, importante de 20 pesetas correspondiente al año facultativo de 1889 al 1890, como me lo había prometido algunas veces. El que me contestó que no quería pagar mientras no lo llevase a juicio como a los demás, que se habían resistido a pagar. Pero yo comprendí que aquello no era más que una estrategia para hacerme pagar a mí los gastos que se ofreciesen, que no hubiesen sido pocos. Porque regularmente se hubiera apoyado a la prescripción, que para él ya había prescrito la deuda. Y entonces, con la mira de hacerse el bueno, regularmente me hubiera pagado la iguala, cargándome a mí los costes, que hubieran importado más que lo que hubiera recibido. Por lo que determiné abandonar las dichas 20 pesetas. Por lo que se puede decir que los señores Navales hicieron lo del Capitán Araña, que embarcó a la gente quedándose él en tierra.

Pero aunque es verdad que me causaron bastantes gastos y disgustos las dichas cuestiones, estoy lleno de satisfacciones al ver que por su triste y caduco veterinario (si bien ayudado de la razón), sufrieron los señores Navales un terrible revolcón.

En el pueblo de Codo estuvimos dos años en compañía de nuestro hijo, al que ayudé el primer año al ejercicio de la profesión para que pudiera ir y venir al Seminario de Belchite. Y al segundo año, como entró de interno en dicho Seminario, me quedé yo encargado de la visita.

A la sazón contaba yo 74 años de edad, y con un padecimiento consistente en grandes palpitations de corazón, que impedía el que pudiera estar con el cuerpo inclinado al suelo, porque se me aglo-

meraba la sangre a la cabeza, predisponiéndome a una congestión o apoplejía cerebral y, por tanto, a una muerte repentina. Y como en veterinaria se tienen que abajar tantas veces los profesores para curar las enfermedades de las extremidades, estaba muy expuesto a caerme al suelo y ser pisado de los animales, como ya me sucedió algunas veces en Codo.

Al concluir nuestro hijo los estudios de latín en el Seminario de Belchite, tuvo que trasladarse a Zaragoza con objeto de continuar su carrera eclesiástica.

Mi estancia en Codo no fue ya muy molesta porque, además de no haber más que por mitad del número de caballerías que en Belchite, reúne la favorable circunstancia de que no hay ninguna casa habitada fuera del casco de la población.

Pero en vista de mi avanzada edad y los padecimientos que me atacaban, en una reunión de familia acordamos el que nos marchásemos yo y mi esposa y una hija que teníamos soltera a Zaragoza para estar en compañía de nuestro hijo Vicente y nuestros nietos Manuel y Faustino. Así como el que pudiera asistirnos en nuestros padecimientos nuestra hija Rosalía, que estaba casada y residente en dicha ciudad.

Llegó por fin el momento de nuestra despedida de Codo y de nuestro traslado a Zaragoza, suceso que sintieron mucho aquellos habitantes. Porque también había caído yo en gracia en dicha población, como me había sucedido en todas las partes donde había estado establecido.

se pensó. Así ²²⁴ que después de ser nete
vivir con alguna ~~de~~ años de práctica,
por desecho de cuestiones de feytor dejó
la práctica de veterinaria y en su estudio
con mucha decisión y empeño la del sa-
cordio. En toda termino que sacaba si-
empre notas de sobrevaliente. Estudiaba
la carrera brava por que la larga us la po-
dia seguir por voces de recursos. Pero al
tenor onzo hijo ~~recuabida~~, con pretexto
del aumento ^{de} personal eclesiástico le dio la
gana de suprimir la carrera brava.

En tal situación nuestro hijo, tubo que un-
chor há situación al obispado de Jara la
teología y cuando ya no le faltaban
mas que unos meses para concluir la
abandono, con pretexto de que la tierra y
pueblo de dicho obispado ha muy mala
fria y helada y los pueblo muy pegados.
por lo que los curas muchos de ellos paraban
muerte dades, si por alguna otro concepto no
se buscaban medidas de vida. y que para
ellos mejor y ~~muerte~~ preferia el ser libre
y seguir la marcha de la mayoría de los



6ª ÉPOCA

CAPÍTULO 15

Nuestra estancia en Zaragoza. Sucesos ocurridos

Instalado en la ciudad, me encontré con una vida extremadamente nueva para mí. Allí ya no tenía que madrugar ni tardar si no era por mi voluntad. Se habían concluido aquellas andadas tan continuas. Aquellas molestias que me reportaban el desempeño de los partidos profesionales en donde había estado establecido.

También había terminado la impaciencia en que siempre me había encontrado con el fin de proporcionar el pan a mi familia. Porque ya habían entrado todos en su mayor edad, y se encontraban con medios para vivir.

Parecía que la divina providencia había dicho: ya ha terminado tu vida azarosa, llena de privaciones y sufrimientos. Ha llegado el momento de tu descanso y el premio de tus afanes. Tu vida sucesiva consistirá en comer-beber-dormir y pasear, con unas pequeñas obligaciones consistentes en hacer de asistente para ir a la compra de ali-

mentos y demás objetos precisos que se necesiten en casa. Al par que practicar algunas diligencias de poca importancia. Tu esposa quedará encargada del gobierno y cuidado de casa.

Efectivamente, mi vida era enteramente descansada y hasta holgazana. Porque acostumbrado toda mi vida al trabajo, me causaba mucha novedad aquel cambio tan radical. De modo que me encontraba medio vendido sin saber qué hacer. Pero como se decía que la buena vida a padre y madre olvida, me acostumbré luego a ella sin que me costase mucho trabajo.

Para poder vivir sin trabajar, se necesita tener renta o algunos ahorros. Nosotros, rentas no teníamos ninguna. Y ahorros, pudimos hacer muy pocos, en razón a los muchos gastos que nos reportó nuestra dilatada familia. Por la profesión que les dimos a nuestros dos hijos, y porque los profesores de Veterinaria acostumbran a ganar unas dotaciones muy escasas. Pero tenemos el amparo de nuestro hijo Lázaro, que además de lo que le producen las igualas del pueblo de Lécera, donde está establecido, tiene la paga de primer teniente del ejército en estado de reserva. Con lo que puede atender a los gastos de su casa, que no son pocos, a los de su hijo que está en nuestra compañía estudiando Filosofía, y a los nuestros, esto es: a los de su padre y su madre, en recompensa de los muchos sacrificios que tuvieron que hacer por él para poder darle carrera.

Guerra de Melilla

Ya que he descrito algunas pequeñas nociones de la historia de este siglo, no quiero pasar en silencio un suceso político de alguna trascendencia, sucedido el año próximo pasado entre españoles y marroquíes, o séase rifeños.

El capitán general, o sea, jefe de las fuerzas de la plaza de Melilla, estaba construyendo un fuerte en los límites del terreno que divide las posesiones de África y España. Los rifeños creyeron que se edificaba en terreno suyo y que de su construcción se les podría originar muchos perjuicios.

Al efecto, una noche derribaron la mayor parte de dichas obras. Los españoles se dieron por ofendidos. Pero por entonces se conformaron con aumentar las fuerzas de tropa por aquel punto, continuando las obras del fuerte.

Los rifeños muy pronto volvieron a las andadas de destrucción de las obras, construyendo entre tanto reductos y trincheras en su terreno, cerca de la línea divisoria y reuniendo fuerzas de guerra para combatir con los españoles y ver si podían apoderarse o destruir nuestros fuertes.

Las escasas fuerzas de Melilla tuvieron que contrarrestar las muchas agresiones de los rifeños. El general Margallo dispuso que todas las fuerzas que había disponibles bajo su mando salieran al campo a defenderse de las agresiones que los moros causaban en nuestro territorio. De ello resultaron varias escaramuzas que daban por resultado algunas bajas en ambas partes. Pero como los rifeños hacían fuego siempre parapetados y escondidos, resultaban siempre bastantes bajas a los españoles. Pero lo más sensible fue que en un reconocimiento que quiso hacer el intrépido general Margallo, fue muerto por un balazo que le dispararon los rifeños al tiempo de salir de los fuertes exteriores. Dicha desgracia produjo en la nación una consternación. Por lo que el gobierno se vio en la necesidad de organizar un ejército de 20 000 hombres que fueron al campo de la guerra al mando del general señor Martínez Campos.

Llegados que fueron allá, se emprendieron las operaciones en grande escala, lo que acobardó a los rifeños.

A la sazón se encontraba en el campo de los moros una persona muy importante de la familia imperial de Marruecos que había acudido allí con objeto de contener el desordenado ímpetu de los rifeños. Este pidió suspensión de hostilidades, con objeto de ver si entre tanto se pudieran hacer las paces entre monarquía y españoles, como así resultó.

La paz, como era de suponer, fue muy favorable para España, por ser la parte agraviada. El emperador moro dio muchas satisfacciones y promesas, tal que el castigo de los mayores culpables rifeños. Permitir la instalación de un representante español en Fez. Ensanchamiento del terreno frente a Melilla. Una fuerte indemnización de guerra y otras ventajas que en el momento no tengo presente.

De aquella guerra resultó que el general Martínez Campos la concluyó con suma facilidad, de lo que le habían quedado muy agradecidos, y él se puso otro florón más en su corona de gloria.

Guerra de Cuba

Otro levantamiento se está verificando en la actualidad en la isla de Cuba en sentido separatista. Al principio, parecía que le daba poco cuidado al gobierno. Pero como el suceso toma mayor incremento, se ha tenido que tomar el asunto más en serio. Por lo que se están mandando en estos momentos 20 000 hombres bien pertrechados y arreglados al mando del renombrado general Martínez Campos, que en estos momentos está andando para Cuba con objeto de ver si puede reducir a los rebeldes cubanos a la obediencia de España. Y ojalá que así suceda y que sea luego, con lo que se evitaría mucho derrame de sangre y muchos gastos, de lo que los españoles le quedaríamos agradecidos y él quedaría repleto de gloria.

Todos los sucesos tan favorables a dicho general no sé si son debidos a sus proezas en el arte militar o a su buena estrella. Puede ser que sea lo uno y lo otro. Pero si así sigue, dentro de poco tiempo tendrá una corona de gloria mundana con más florones que tiene la corona de la Virgen del Pilar de Zaragoza.

Los cubanos, durante este siglo, se han rebelado una porción de veces en sentido de su independencia. Durando alguna de ellas 10 años la guerra, la que costó muchas vidas y muchos millones a los españoles.

La causa de este descontento de los cubanos depende de que todos los españoles que van a Cuba con mando, ya sea militares o civiles, así como los industriales, van allí con objeto de negocio para hacerse ricos, sin reparar en los medios. Y todo a costa de los cubanos. De modo que de esto y la aprensión que se usa con ellos para gobernarlos, arranca la aversión que los cubanos tienen a España y la tendencia a su independencia. De modo que si así se les sigue gobernando y esquilmando, puede llegar un día tal vez no muy lejano en que Cuba sea de los cubanos, como España es de los españoles.

Algunas utilidades perderían los españoles con la pérdida de Cuba. Pero, por otro lado, se economizaría mucha sangre y muchas vidas españolas, no solamente por causa de las guerras, sino por el clima tan malsano y mortífero que tan mal efecto produce a los pobres soldados que van allá. De modo que Cuba se puede considerar como un cementerio de españoles.

De esto resulta que cuando a los soldados españoles les toca la mala suerte de ir a Cuba, les cuesta tantas lágrimas a ellos y a toda su familia, especialmente a sus madres, que ven a sus hijos como perdidos. Y en muchas ocasiones no se equivocan.

Otra de las grandes cuestiones por que atraviesa no solamente España, si es que la mayor parte de Europa, es la cuestión del anarquismo, cuestión que ha causado ya muchas víctimas y desgracias, y que no sé yo cuándo podrá remediarse.

Los anarquistas quieren la mancomunidad de intereses y que nadie coma sin trabajar, anatematizando la holganza y el despilfarro. Así parece debió ser al principio de la vida de los hombres. Pero hoy ha llegado la sociedad a un terreno que creo será muy difícil el conseguir el ideal del anarquismo.

Efectivamente, se ven diferencias muy enormes de fortuna y bienestar entre los hombres, unos con inmensas riquezas que les proporcionan una vida descansada y placentera, derrochando sus intereses en vinos y placeres, riquezas que a muchos de ellos no les costarán más que servicios prestados a su señor. Mientras que otros son tan desgraciados, que en medio de los trabajos corporales que desempeñan, tan apenas pueden llevarse tanto ellos como su familia un pedazo de pan a la boca. Y la verdad es que esto no es nada justo ni equitativo. Porque todos somos hermanos por ser hijos de Dios.

Traten los poderosos y bien acomodados de proporcionar pan a los obreros por medio de su trabajo. Porque pueden llegar momentos tristes, que si no lo hacen por voluntad, lo tengan que hacer por necesidad.

No soy partidario del extremo del terror y la destrucción que usan los anarquistas. Porque hay otro medio más suave y tal vez de mejores resultados, tal que las huelgas. Este es el medio por el que los obreros pueden conseguir los medios de vida, no como quiere el anarquismo, porque eso por hoy es imposible. Pero sí poder conseguir la armonía del capital con el trabajo.

Las guerras y revoluciones habidas en España, que se puede decir han sido continuas en el presente siglo, han dado lugar a la creación de un gran ejército para conservar el orden y, desde luego, un elevado número de generales y jefes que regularmente pudieran gober-

nar y dirigir los ejércitos de media Europa, por lo que el presupuesto de guerra se eleva a una cifra de muchos millones.

Pasemos ahora al presupuesto del clero, que también se eleva a una enorme suma. Efecto de haberles desposeído de sus bienes, por lo que por vía de indemnización tiene que sostenerlos la nación.

El presupuesto de la plaga de la empleomanía también importa muchos millones. Porque seguramente tendremos en España empleados para poder despachar los negocios de toda Europa.

Este exceso de empleados procede de la ambición de los grandes políticos. Los que principian por querer ser diputados, y para poderlo conseguir tienen que hacer muchos ofrecimientos para atraerse electores.

Estos, conseguido el fin deseado de sus patronos, se agarran a los faldones de sus levitas pidiendo colocaciones. Porque, además, en España se ve la tendencia general a querer ser todos empleados, aunque solo sepan mal leer y escribir, con el objeto de comer del presupuesto y darse una buena vida, comiendo sin trabajar. Y digo sin trabajar porque hay muchos de ellos que van a la oficina y no necesitan manguito para limpiar la pluma, porque no la han usado para trabajar. Ocupándose en hablar de política, de teatro, de cuestiones amorosas y otras tonterías de muy poca importancia. Pero, por fin, estos aún son dignos de alguna alabanza, porque al fin han ido a las oficinas. Peor son muchos otros que no van más que a echar alguna firma y a cobrar las nóminas.

Pasemos ahora a las clases pasivas, y nos encontraremos con un enorme presupuesto. Porque son muchos los que se encuentran en tal estado siendo hombres que podrían desempeñar muy bien sus destinos por el buen estado de su salud y, sin embargo, están jubilados dándose una buena vida a salud de los contribuyentes.

De todo esto se desprende que la nación tiene que sostener un presupuesto enorme que no puede conllevar y, si no, díganlo los miles de fincas que el gobierno tiene embargadas a los contribuyentes por no poder pagar las contribuciones.

Así es que, si no se trata de poner luego remedio a tal estado de cosas, haciendo todas las economías posibles, y se sigue por ese derrotero, muy pronto, muy pronto, llegará la bancarrota y la per-

dición de la nación. Pero lo peor del caso es que por ahora no se vislumbra el menor rayo de luz que pueda poner remedio a tantos males. Porque todos demuestran patriotismo y piden economías, pero para el que le llega algo de frente ya no hay caso. Todos piden economías, pero no para su sueldo.

da pasar un día á tantos males. Porque todos de
nuestro patriotismo y piden reconocimientos, pero para el
que le llega algo de frente ya no hay caso. Lo son
piden reconocimientos, pero no para ser sueldo.

Capítulo 16

Historia de Joruel

Joruel, pueblo antiquísimo, situado á cua-
tro leguas de la antigua ciudad de Alcañiz, en
una colina de una cordillera de montañas, que
forma del maestrazgo de Morilla, y termina en
Los primeros tramos españoles, atravesados por el
río Ebro. Pertenece al oportuno judicial de Val
debarra hay agregado al de Alcañiz, en la al-
fonsada y desatendida provincia de Teruel.

Villa que si hoy es de poca importancia histó-
rica, en tiempos nuevos regularmente cuando el
reino gozó de la dominación romana, y ha prin-
cipio de nuestra ^{era} cristiana, fue población im-
portante, porque contaba sobre 2.800 habitantes.

Segun se acredita en documentos escritos en por-
galeses, con letras de oro y rubro que per-
den de los esfuerzos de dichos portugueses. Los
que estan redactados, en lengua latina y góti-
ca, si bien hay algunos que se ace como uno de



CAPÍTULO 16

Historia de Fórnoles

Fórnoles, pueblo antiquísimo, situado a cuatro leguas de la antigua ciudad de Alcañiz, en una colina de una cordillera de montañas que arranca del Maestrazgo de Morella y termina en los Pirineos franco-españoles, atravesadas por el río Ebro, pertenece al ex partido judicial de Valderrobres, hoy agregado al de Alcañiz, en la olvidada y desatendida provincia de Teruel. Villa que, si hoy es de poca importancia histórica, en tiempos remotos, regularmente cuando el mayor apogeo de la dominación romana, y a principios de nuestra era cristiana, fue población importante porque contaba sobre 2800 habitantes, según se acredita en documentos escritos en pergaminos, con sellos de cera y madera que penden de los extremos de dichos pergaminos. Los que están redactados en lengua latina y gótica. Si bien hay algunos que hace poco más de un siglo que fueron escritos en lengua castellana que entonces se usaba, en los que aparece que los caballeros de la Orden de Calatrava, que habitaban en la ciudad de Alcañiz, en recompensa de los buenos servicios que les prestaron los habitantes

de dicho pueblo en las guerras que sostenían para sus conquistas y defensas, les dieron el pueblo y sus términos para que lo poseyeran y disfrutaran para sí y sus habientes derecho a perpetuidad, con los fueros, de cultivarlos, roturarlos, deslindarlos, lo mismo los campos cultivados que los montes, con mojones que siempre se conservan. Con el derecho de prohibir el cortar ninguna clase de árboles ni leña, así como el pastar los ganados, sin la licencia de los amos. Si bien en los montes y campos cultivados sin arbolado se permite pastar a los ganados lanosos. Pero no al cabrío, en tales términos que hace muy poco tiempo se suscitó una cuestión judicial sobre si podía el ganado cabrío entrar a pastar en los montes particulares, y lo han perdido los cabreros.

Al hacer la donación la Orden arriba citada a los habitantes de Fórnoles, solo se reservaron un pinar, con objeto de poder hacer uso de sus maderas para el servicio de sus casas de Alcañiz, y seis arrobas de aceite por la cesión del molino aceitero, y para su consumo, en razón de ser de primera calidad por estar las plantaciones en tierras delgadas, bien ventiladas y de secano. Pues el poco terreno que se siega, proceden las aguas de fuentes que manan en los mismos barrancos de sus términos.

Del mencionado monte pinar, reservado regularmente, no hicieron uso nunca. Por lo que era un bosque impenetrable que servía de albergue a las fieras. Pero hoy, a consecuencia del desbordamiento de los pueblos, se encuentra totalmente destrozado.

La renta de las seis arrobas de aceite mencionadas se ha venido pagando hasta poco tiempo. Pero hoy se ha perdido el derecho. Últimamente los cobraba el señor administrador del señor D. Francisco de Paula, hermano del rey D. Fernando VII, a cuyas manos había pasado lo que llamaban la Encomienda de Monroyo, con los grandes privilegios de cobrar todos los diezmos de la mencionada encomienda. Hoy totalmente perdido por efecto de los cambios políticos por que ha atravesado la nación española.

Que el pueblo de Fórnoles era de muchos habitantes lo prueba el que la mayor parte de los montes que hoy son pinares, carrascales y arbustos, en otros tiempos han estado cultivados. Porque existen muchas ruinas de edificios y calzadas antiquísimas. Además lo prueba el que por los alrededores del pueblo se encuentran muchos solares

y restos de paredes, que regularmente han sido casas habitadas, y hoy son campos que se cultivan, los que producen grandes productos. Y otros se han convertido en corrales y pajares para encerrar animales y conservar la paja.

Además hay otro indicio de su mayor población, consistente en que aún existen vecinos de un castillo fundado en un elevado y fuerte peñasco, que en otros tiempos sería de mucha importancia. El que estaba rodeado de un recinto de casas, todas aspilleradas con objeto de arrojar los proyectiles que entonces se usaban. Cuyos aspilleros o luceras existen aún hoy algunos de ellos.

En corroboración de su mayor población, existe un dato según la tradición, de que en su día y en una misma calle se verificaron siete matrimonios, que por la tarde salieron montadas las siete parejas en siete mulas blancas para ir a visitar el santuario de la Virgen de Monserrate de Fórnoles, costumbre que hasta hace poco tiempo se ha conservado. Santuario que dista tres cuartos de hora de la población. Este suceso demuestra que para que en un pueblo se puedan celebrar siete matrimonios en una sola calle y salir montadas las parejas en siete mulos blancos, es preciso que haya muchos habitantes y muchas caballerías.

Otra prueba de su mayor grandeza es que la procesión del patrón San Blas se verifica aún hoy por una calle que solo cuenta cuatro o cinco casas. Pero que en otro tiempo fue la calle Mayor, y por este recuerdo conservan la costumbre de la mencionada procesión. [La causa de su decadencia fue a la página 204]¹.

Fórnoles hoy tan solo cuenta 816 habitantes. Y, sin embargo, se dan por muy satisfechos. Porque en los años de 1830 al 1840 constaba tan solo de 550 a 560 habitantes. Y la prueba de que el pueblo ha aumentado en personal está en que en los mencionados años había muchos campos incultos que no se podían trabajar por falta de brazos. Y hoy no tan solo se trabajan todos los campos incultos, sí que hasta algunas partes de los montes.

1 Anotación añadida con posterioridad a la redacción y escrita en letra más pequeña. Remite a la página siguiente del manuscrito, donde –como podemos ver– continúa hablando de la decadencia del pueblo en el párrafo que empieza «Se me olvidaba manifestar...».

Pasemos ahora a la cuestión más interesante para la vida del hombre. Tal que el fruto que produce la tierra.

En dicho pueblo se recolectan: cereales, aceite, vino, legumbres verdes, frutos y algo de ganado. Pero todo en poca cantidad, efecto de la estrechura del terreno cultivable. Así es que tan apenas produce para el abasto de la localidad. Excepto el aceite, que es algo abundante y de superior calidad, con el que sus habitantes tienen que atender al pago de todas las gabelas que les imponen los gobiernos a todos los demás, gastos que se tienen que sostener en las familias.

Hasta hace poco tiempo, la exportación del aceite les costaba muy cara, porque no tenían camino por donde pudieran transitar los carros. De modo que se tenía que sacar todo a carga. Pero hoy se saca con mucha facilidad. Porque los vecinos, a costa suya, han hecho una carretera bastante nueva que a tres cuartos de hora enlaza con la que conduce de Alcañiz a Morella.

Se me olvidaba manifestar que, según la tradición, la gran decadencia del pueblo mencionado, según cuenta la tradición, fue debida a las muchas guerras que en aquellos tiempos tenían que sostener sus habitantes, y a una gran peste contagiosa que arrebató más de las dos terceras partes de sus habitantes.

Para acabar de exponer los percances de mi vida diré que, además de los peligros a que estuve expuesto por los efectos de la guerra, he sufrido muchos percances que han puesto mi vida en peligro.

En mi juventud sufrí muchos golpes y caídas de los árboles y paredes. Porque era muy aficionado a andar por vericuetos, poniéndome muchas veces en peligro de la vida. También recibí algunos golpes y pedradas en riñas con otros niños.

De profesor, he sufrido varias veces pares de coces, mordiscos y manotazos, que me han producido graves daños. En términos que algunas veces me ha costado la curación estar muchos días en cama.

También he estado muchas veces enfermo de diferentes enfermedades. Entre ellas, una fiebre tifoidea en el año 35, cuando contaba 16 años de edad, que la gente creía no podría vencer. Y sin embargo de toda una vida bastante azarosa, me ha conservado Dios hasta la fecha 10 de abril de 1895, que me encuentro con la pluma

en la mano escribiendo estas mal pergeñadas líneas, contando la edad de 76 años y medio.

Aunque sea como por vía de apéndice, voy a manifestar que de un pueblo de tan escaso vecindario y bastante pobre, han salido en todos tiempos y especialmente en últimos del siglo anterior y en el presente de 1800 una porción de hombres ilustres y de buena inteligencia que no solo han dado lustre y nombradía a su pueblo natal, sí es que también se han hecho algunos de ellos muy memorables, elevándose a ocupar puestos que muchos de los que se precian de sabios no habrán podido obtener.

Cuéntase entre ellos al ilustre fray Joseph Nicolás Bosque y Zapatero, nacido en la villa de Fórnoles el 3 de julio de 1672. Fue rector jubilado del Orden de los misioneros de San Francisco de Paula. En 1721 fue co-rector de un convento de Zaragoza, regente de estudios, y después colega general, nombrado por el M.I.J.P, quien le hizo visitador general de las provincias de España. Su tenor de vida fue siempre devoto. Escribió *Devoción de los tres viernes de San Francisco de Paula*.

D. Andrés Piquer nació en Fórnoles el 6 de noviembre de 1711. La distinción de su linaje consta de un papel que él mismo imprimió en Madrid el año 1767. En la villa de Fresneda estudió la gramática latina y la retórica, y en la Universidad de Valencia la filosofía, recibiendo el bachillerato; se dedicó a la medicina, se hizo doctor de dicha ciencia en 1731, dando muestras de su erudición en dicha ciencia, demostrándolo con su gran conocimiento, no solo en medicina, sí es que también en la instrucción de lenguas, de matemáticas y física, como lo manifestó en su *Medicina cretus et nova*, que dio a luz en 1735, la que le valió el nombramiento de Académico de la Real Médico-Matritense. Contrajo matrimonio con la hija de un médico famoso valenciano, de quien obtuvo sucesión. Fue catedrático de Anatomía en la Universidad de Valencia, con notable erudición, escribiendo algunas obras que aún se estiman.

Estando desempeñando su cátedra y profesión, fue nombrado con fecha 28 de abril de 1751 por el Marqués de la Ensenada médico de cámara supernumerario de Su M. En 1752 fue nombrado por S. M. protomédico, comisionándole también de vicepresidente de la Real Academia Médica Matritense, y otros destinos estimables.

Falleció en Madrid el 3 de febrero de 1772, siendo sepultado en el convento de Agustinos Recoletos de dicha corte, como lo había dispuesto en su testamento. La dedicación de lápida decía:

D. O. M. S.
Hic requies eit Corpus
Andrea Piquer i [...]²

D. Braulio Foz nació en el mismo pueblo en el año de 1791. El que sus padres lo dedicaron al estudio así que tuvo edad suficiente para ello, demostrando poca aplicación en sus principios. Pero así que fue entrando en conocimiento, demostró un talento y aplicación a las letras que rayó hasta lo sublime y erudito. No me extiendo más en su biografía porque lo he hecho ya al hablar de mi familia.

Fray Francisco Gimeno nació también en Fórnoles de padres honrados aunque de poca fortuna. Estudió la carrera eclesiástica en los escolapios de Alcañiz. Profesó la religión franciscana de San Francisco de Asís. Entre otros conventos, estuvo en el de franciscanos de Alcañiz y Maella, en donde se encontraba de prior el año de 1836 cuando la exclaustación de los frailes. Fue famoso orador sagrado, el que adquirió nombradía en la materia. Por lo que sus superiores le concedieron permiso que solicitó para pasar a América con objeto de explicar la gran doctrina de Jesucristo. Lo verificó en México y en el Perú, en donde con su elocuencia se hizo memorable y muy apreciable entre aquellas gentes, convirtiendo a muchos infieles a la religión cristiana.

A la exclaustación de los frailes, se retiró a su pueblo para estar con su familia. En donde murió a una edad bastante avanzada.

Además de las personas que acabo de describir, ha dado Fórnoles muchas otras personas científicas que, en honor de la brevedad, no haré más que manifestar sus nombres y la profesión que ejercían y ejercen los que viven.

SACERDOTES: D. Francisco Blasco – D. Feliciano N. – D. Ramón Foz, del que ya he hecho una mención al hablar de mi familia –

2 El apellido que figura en el original es ilegible. En todo caso, no dice «Arrufat», que era el segundo apellido del Dr. Andrés Piquer [N. de los transcritores].

D. Francisco Serres – D. Joaquín *Roch* – D. Joaquín Mach – D. Antonio Vidal – D. Gabriel Villoro – D. Manuel Foz. Y un religioso en un convento de Lérida, que ignoro su nombre.

VETERINARIOS: D. Francisco Herrero – D. Tomás Sancho – D. *Adán* Serres, y el que escribe estas líneas.

NOTARIOS: D. Francisco Pallarés – D. Joaquín Gimeno, y otro que no tengo presente el nombre, de apellido Miralles, y D. N. Bosque.

FARMACÉUTICOS: Dos que ignoro los nombres y apellidos.

CIRUJANOS: D. Bernardino N. y D. José *Blanc*.

LITERATOS: El nombrado D. Braulio Foz, D. Pedro Martín y D. Miguel Bel.

JEFES MILITARES: D. Pedro González, que fue comandante en el ejército.

MÉDICOS: D. Julio González.

MAESTROS DE NIÑOS: N. Foz, D. Agustín Serres, D. Genaro Mascanta y D. Francisco Foz.

SACERDOTES	9
VETERINARIOS	4
CIRUJANOS	2
MÉDICOS.....	1
LITERATOS.....	3
JEFES DE EJÉRCITO	1
MAESTROS DE NIÑOS	4
FARMACÉUTICOS	2
Total.....	26

De todo cuanto llevo manifestado en estas memorias, se puede sonsacar el siguiente corolario:

1.º Que la villa de Fórnoles se halla situada en un extremo montañoso, accidentado y algo pobre en la olvidada y poco atendida provincia de Teruel.

2.º Que de dicha pequeña población han salido una porción de hombres ilustres y bien educados que han dado realce no solo a su pueblo natal, sí es que también han sido útiles a todos sus semejantes.

3.º Que mi venida al mundo fue ya algo desgraciada por haber perdido tan joven a mi señor padre. Pero que por medio de mis asiduos trabajos, he podido conseguir buena dirección a mi familia, proporcionándoles medios de vida algo decentes.

4.º Que el partido carlista, por efecto de la constancia en sostener sus opiniones, merece ser elogiado. Porque se ha lanzado muchas veces al campo con las armas en la mano para defender su causa, por más que todas ellas han sido vencidos por los liberales. Pero nunca se dan por desengañados. Por lo que se pueden comparar a un niño que conocí yo en mi juventud, que más tarde fue íntimo amigo mío. Este era muy travieso y muy fuerte de genio. Su madre era también de un genio sui generis, la llamaban la tía Moisona, apodo que le sabía a peste el que se lo dijeran. Esta muchas veces se veía en la necesidad de haber de castigar a su hijo con objeto de corregir sus travesuras. Este, viendo que no podía defenderse de los castigos que su madre le propinaba, por ser madre y más fuerte en fuerzas, se encaraba contra ella diciéndola: «Moisona, más que Moisona». En mi vista, una de las veces que lo tuvo que castigar, lo ató con una soga rodeada al cuerpo por debajo de los brazos, principiando a descenderlo con lentitud a un pozo muy hondo que tenía en su casa, diciéndole: «Si me llamas Moisona, te dejaré caer al fondo del pozo de donde no saldrás más». El chico, sin embargo de la amenaza, y viéndose hasta en peligro de su vida, prorrumpió con mucho brío: «Se apodará mi madre Moisona, más que Moisona». Así sucede a los carlistas. Porque, por más que en sus muchas intentonas han sido siempre derrotados, Moisona más que Moisona.

Pero hoy se encuentran en un estado muy deplorable, porque además de estar fraccionados por lo menos en dos bandos, las órdenes que reciben del pontífice romano de que acaten las instituciones

españolas los han aplastado, echándoles una losa de plomo encima, que difícilmente se la podrán sacudir. Por lo que por efecto de su tenacidad en sostener su causa y los muchos perjuicios que han causado a la nación, tanto en vidas como en intereses, son merecedores de fuertes censuras.

5.º Que en el partido republicano sucede lo que en el monárquico, viéndose entre ellos la tendencia de querer mandar y ser jefes, con el objeto de chupar del presupuesto de la nación, por lo que han hecho jirones a la República, habiéndose llevado un retazo cada uno de los mandarines. De ello resulta que mientras viva el elemento viejo y no entre un elemento nuevo, y traten de unir los jirones en que hoy está destrozada la bandera republicana, muy lejos está su tiempo. Y si no, dígalo el desbarajuste que reinó en la temporada que fueron poder los republicanos. Por lo que los monárquicos bien podrán disfrutar con sosiego las dulzuras del presupuesto.

6.º Que entre los monárquicos, también ha habido siempre dos bandos, y algunas veces tres, apodados Fusionista y Moderado, hoy Conservador (y en otro tiempo, otro llamado Unionista), bajo las jefaturas de Cánovas y Sagasta. Pero que, sin embargo, siempre hay aspirantes a ser jefes. Por lo que se ve que los liberales monárquicos están divididos en diferentes facciones. Debido todo a la ambición de mando y de riquezas, pero con disfraz de patriotismo.

Respecto a los Sres. Cánovas y Sagasta, parece que exista un convenio en el que se permitan bajar el uno para subir el otro. Para que, de este modo, los que suben puedan redondearse de la escualidez que han sufrido cuando han estado abajo y sin fuerza. Estos dos señores parece que a lo mejor se regañan, pero nunca se muerden.

Los efectos de las cesantías solo los sienten los subalternos de baja esfera. De ahí las muchas necesidades que se observan entre ellos cuando están caídos y la gran ansiedad para que sean colocados inmediatamente cuando hay un cambio de gobierno. Siendo estos los que la mayor parte de las veces revuelven el cotarro.

7.º Que el excesivo número que hay de empleados en todos los ramos, como ya hemos manifestado, reporta un aumento de mucha consideración en el presupuesto de la nación.

8.º Que los levantamientos de la isla de Cuba, en sentido separatista, son debidos a la mucha opresión y falta de libertad en que los espa-

ños los han gobernado. Así como a la ambición de dinero para hacerse ricos los que van a Cuba, aunque sea por medios inmorales y a costa de los cubanos. Y además, por la protección que les prestan los Estados Unidos de América.

9.º Que yo, en medio de mis penalidades y cabildeos, he podido conseguir en mi vejez obtener una vida muy tranquila y sosegada en compañía de mi esposa, que también cuenta en la actualidad 72 años de edad, llevando 58 de matrimonio.

10.º Y último: que la villa de Fórnolés, pueblo de mi nacimiento, tiene una historia curiosa y azarosa, que aunque no es de mucha resonancia general, honra altamente a los que han sido y hoy son sus moradores.

Si en el tiempo que me queda de vida suceden acontecimientos de importancia, los pondré en el apéndice.



APÉNDICE

La pérdida del buque *Reina Regente*

Como ya llevo manifestado arriba, los moros del Rif, o, mejor dicho, los bárbaros del Rif, atropellaron y destruyeron unas obras de defensa que los españoles construían en los límites del territorio entre España y Marruecos, en la parte de Melilla y el mencionado Rif, creyendo que se construía en su territorio. Esto dio lugar a una guerra que si al pronto no fue más que de escaramuzas, dio lugar al derramamiento de sangre y a la pérdida de algunas vidas apreciables de españoles, entre ellos la del intrépido y desgraciado general Margallo.

En su vista, el gobierno español organizó un ejército de 20 000 hombres, que al mando del general Martínez Campos fueron al campo de la guerra con objeto de vengar la osadía de los rifeños. Estos, al ver las fuerzas que los españoles habían mandado para su defensa y venganza, se acobardaron, proponiendo luego la paz. Paz que fue convenida entre las dos naciones. Uno de los pactos fue una fuerte indemnización de guerra que Marruecos había de pagar a España.

Transcurrido algún tiempo, el emperador marroquí mandó a España una embajada con objeto de arreglar las condiciones y forma de pago de dicha indemnización. Estuvo en España muchos días, siendo bien recibida y obsequiada por los españoles. Para regresar a su país, se les proporcionó por el gobierno español uno de los mejores buques que poseía España, llamado el Reina Regente. Llegaron a las costas de Marruecos con toda felicidad. Pero al regreso del buque para España, les acometió una terrible tormenta de mar que el buque no pudo resistir, sumergiéndose en las aguas debajo Acciteras a la derecha del estrecho de Gibraltar (según se cree). Pereciendo sobre 600 personas españolas sin que se pudiese salvar ninguna. Además el mucho valor del buque, porque era uno de los pocos acorazados que tiene España, y todo cuanto acontecía dentro y lanchas anejas, que asciende a muchos millones.

Todo esto podemos agradecerles los españoles a los bárbaros rifeños. Y si por fin solo fuera esto, nos podríamos dar por conformados. Pero no pararán aquí las cosas. Porque los moros continuarán haciendo siempre salvajadas contra los españoles y otras naciones. Efecto de la falta de civilización en que se encuentra aquel imperio. Demostrándolo las continuas guerras salvajes que tienen entre los mismos.

Por lo que son merecedores de que se unieran algunas potencias europeas, tal que España, Francia, Inglaterra y algunas otras, lanzándose a la conquista de Marruecos para imponerles la civilización moderna europea. De esta manera se remediarían muchos de los males que hoy sufrimos los europeos de las hordas incivilizadas de los marroquíes.

Efecto de la gran pérdida del mencionado buque y su tripulación, han quedado muchas familias desamparadas y con miseria. Pero los españoles, que siempre hemos sido tan amantes de socorrer y amparar necesidades, están haciendo en la actualidad suscripciones y donativos, principiando por la Reina regente, que ha hecho un donativo de 10 000 pesetas para socorrer algún tanto las lágrimas y miserias de las familias que a causa del dicho naufragio han quedado en la indigencia.

1896. Cuba y Martínez Campos

La parte de gente de Cuba que llaman cambises, se levantaron el año pasado en rebelión contra sus dominadores los españoles, recla-

mando la independencia de Cuba o, al menos, las libertades que disfrutaban los españoles, y en mi modo de entender, nada más justo que eso, porque tan españoles son ellos como los mismos peninsulares. Pero que con ello regularmente perderían en sus intereses los españoles que van allí con objeto de medrar.

Al estallar la rebelión, se encontraba allí de jefe superior de la isla el general Calleja, que bien por falta de táctica militar o porque a él le conviniera la revolución cubana, no supo o no quiso reprimirla.

Al objeto, se le destituyó del mando y se nombró al tan afortunado general Martínez Campos. Digo afortunado porque desde la traición de Sagunto contra el gobierno instituido republicano hasta que fue a Cuba, le fue la fortuna muy favorable, concluyendo la guerra republicana, la carlista y la que entonces existía en Cuba por las mismas causas que la actual, la de Marruecos, o sea la del Rif, lo que le llenó de laureles y de gloria. No sé si por su buen tacto militar o por la prodigalidad del oro español. Se cree que fue lo segundo. Ello es que se elevó a una encumbrada altura que pocos hombres alcanzaron.

Al relevo de Calleja de jefe de la isla de Cuba, fue nombrado para reemplazarle el dicho Martínez Campos, esperando España de él la pacificación de la guerra, pero por desgracia no ha sucedido así; bien por falta de pericia militar, o bien porque ha usado de mucha benignidad con los rebeldes, lo cierto es que en menos de un año que ha estado allí ha aumentado la rebelión de un modo considerable, causando los insurgentes muchos daños a la isla y muchos millones de gastos a la nación, con más (que es lo más sensible) mucha sangre y preciosas vidas de los españoles.

Al ver su fracaso, Martínez Campos solicitó su relevo, el que le admitió el gobierno, nombrándole para consolarlo presidente del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, el que no ha admitido, para que no se diga que lo había admitido por despecho de su desgracia. Pero lo cierto es que con lo sucedido en Cuba le ha caído una losa de plomo encima que difícilmente se la podrá sacudir. Eclipsándose por lo tanto su refulgente estrella de gloria militar.

Al desembarcar en La Coruña de su regreso de Cuba, fue recibido con algo de frialdad, pero al entrar en Madrid se le recibió por el

pueblo con alborotos, silbidos y rechiflas, por lo que la guardia civil se vio en la necesidad de hacer fuego contra un pobre obrero, que al no dejarse prender y echar a correr, le causaron la muerte con tres disparos que le hicieron regularmente, con mucha satisfacción de los del sombrero encandilado. No sé si por ello les darán algún premio por su valentía.

Lo cierto es que a Martínez Campos le ha sucedido lo que sucede a muchos: que con méritos o sin ellos, se encumbran en poco tiempo a grandes alturas, de donde con la mayor facilidad descienden con violencia, estrellándose contra el suelo, de donde ya no pueden levantarse jamás.

En reemplazo de Martínez Campos, ha ido a Cuba el general Weyler; dicen que es el envés de la medalla de Martínez Campos, porque es muy sanguinario. No sé el resultado que esto pueda dar. Es muy fácil no sean buenos, por aquello de que todos los extremos son malos. Al menos, a mí así me lo parece, porque soy muy amigo de los extremos medios.

Nuestro hijo Lázaro en Barcelona

Como Lázaro es primer teniente del ejército en estado de reserva y a la par profesor en Medicina, por causa de la guerra de Cuba que hay en la actualidad, tuvo miedo le empiece la mala suerte de ser allí enviado. Por lo que al darse la orden de guerra, todos los médicos civiles que desearan desempeñar las plazas de médicos militares que quedaban vacantes por los médicos militares destinados a Cuba, las podrían obtener por medio de oposición. Al efecto, pues, se presentó solicitando una plaza en la península, habiéndola obtenido de 2.º médico, en el 2.º Batallón del Ejército de Infantería de Almansa, destinándolo a Barcelona.

Aunque es verdad que desde allí nos asiste a mí y a su madre con seis reales diarios, no nos sirve de tanto consuelo como cuando estaba en Lécera, porque entonces lo veíamos con frecuencia, y ahora no sabemos cuándo lo podremos ver. Muy bien puede suceder no lo podamos conseguir hasta la terminación de aquella desastrosa guerra. Ojalá termine luego. Pero por ahora, 12 de febrero de 1896, tiene trazas de tirar de largo.

Nuestro hijo Vicente deja la carrera de cura y se casa

Aun cuando nuestro hijo Vicente es de buenos sentimientos, es muy variable en sus modos de pensar. Así es que después de ser veterinario con algunos años de práctica, por despecho de cuestiones de festejos dejó la práctica de veterinaria y emprendió con mucha decisión y empeño la del sacerdocio. En tales términos, que sacaba siempre notas de sobresaliente. Estudiaba la carrera breve, porque la larga no la podía seguir por carecer de recursos. Pero al señor arzobispo Benavides, con pretexto del aumento de personal eclesiástico, le dio la gana de suprimir la carrera breve.

En tal situación, nuestro hijo tuvo que marchar a estudiar al obispado de Jaca la teología, y cuando ya no le faltaban más que cinco cursos para concluirla, la abandonó, con pretexto de que la tierra y pueblos de dicho obispado era muy mala, fría y mísera, y los pueblos muy pequeños. Por lo que los curas muchos de ellos pasaban necesidades, si por algún otro concepto no se buscaban medios de vida, y que para estar sujeto y necesitado, prefería el ser libre y seguir la marcha de la mayoría de los hombres, llevando las leyes de la naturaleza. Así lo ha hecho, enlazándose con una mujer de escasa fortuna, pero muy honrada, de muy buenas condiciones y muy aplicada al trabajo de sastresa que ejerce. Ganándose con ello muy bien la vida.

Nosotros estamos en compañía de ellos y por el presente muy conformes, porque seguimos con mucha armonía. Cosa que pocas veces sucede entre suegros y nuera. Ojalá que esto sea duradero. Porque en medio del chasco que nos ha dado el hijo con su travesura, nos queda el consuelo de las buenas cualidades que reúne para nosotros nuestra hija política.

Después de escrito lo que antecede referente a la historia de Fórnoles, he adquirido datos respecto a la aparición de la Virgen de Montserrat de Fórnoles y sucesos milagrosos que se cree son debidos a la intercesión de la madre de Jesucristo.

Según la historia, dicha imagen fue aparecida a un pastorcito en el año 839, encontrándola sobre un enebro en el punto donde hoy existe el gran edificio que se levantó a su devoción, a tres cuartos de hora de

Fórnoles. Como la imagen es de pequeño tamaño, la introdujo en su zurrón con la intención de llevarla a casa de sus padres. Pero al ir a sacarla observó que había desaparecido. Su devoción o curiosidad le indujo el ir a buscarla al otro día, quedando admirado al ver que otra vez estaba sobre el mismo enebro. La tomó otra vez, y para que no se escapara cosió la boca del zurrón con un fuerte cordel, y con la misma intención de llevarla a sus padres. Pero cuál sería su sorpresa al ver que otra vez se había escapado. Al ver tal portento, dieron parte del suceso al cura párroco, el que lo puso en conocimiento del municipio, acordando todos que debía irse a buscarla en procesión, y llegados al punto que les indicó el pastorcillo, la encontraron en el mismo punto. Con alegre devoción la condujeron al pueblo, colocándola sobre su altar en la iglesia con objeto de deliberar sobre el punto que debía colocarse para lo sucesivo. Pero al abrir la iglesia al otro día, había desaparecido, encontrándola en el enebro mencionado. Al ver tanto portento, comprendieron que Dios quería que dicha imagen permaneciese en el indicado puesto. Con lo que principiaron a levantar una iglesia y casa para albergarse el ermitaño y los fieles que acudiesen a visitarla. En esta forma permaneció el edificio, hasta que transcurridos 210 años, por causa de una fuerte sequía, acudieron nueve pueblos en procesión a un mismo tiempo pidiendo el auxilio del agua, sin que se hubiesen avisado de unos a otros, cuya rogativa por la intercesión de la Virgen consiguió el fin que deseaba. Porque aquella misma tarde les fue concedido el beneficio de una copiosa lluvia.

Los pueblos que acudieron en dicha procesión fueron: Fórnoles, Valdeltormo, Valjunquera, Valdealgorfa, Torrecilla de Alcañiz, Castelserás, Codoñera, Torrevejilla y Belmonte. Dichos pueblos, agradecidos por tal beneficio, continuaron acudiendo todos los años a dicho santuario en procesión. A causa de que por efecto de la multitud que acudían, se suscitaban cuestiones y peticiones, se les señaló un día para cada pueblo. Devoción que se ha ido sosteniendo hasta que poco a poco la han ido dejando, en tales términos que hoy solo asiste la de Fórnoles, que lo verifica el 4 de mayo, día en que sucedió la venida de las nueve procesiones nombradas.

La devoción a dicho santuario fue en aumento, en tales términos que las limosnas que los fieles hacían bastaron para levantar un gran edificio compuesto de nueve grandes habitaciones para los nueve pueblos mencionados con objeto de que pudieran guarecerse y

podieran guisar en ellos los principales personajes de cada pueblo, con más una buena casa para el capellán de una capellanía que se fundó sobre dicho santuario. Cuyas habitaciones están fundadas sobre una colección de porches al estilo de los de la calle de la Independencia de Zaragoza, si bien no tan lujosos, dejando una plaza en medio, que se pueden formar dos batallones de tropa. Además, levantaron dos grandes corrales para nuevos ganados.

Mucho más podría alargar la narración de los portentos obrados por la intercesión de la Virgen con el nombre de Montserrat de Fórnoles, pero basta con lo manifestado para comprender que por la intercesión de dicha imagen consiguen los fieles el remedio para sus males y sus necesidades.

Una lápida

En el día 5 de marzo de 1896 se colocó una lápida de mármol con letras doradas en la fachada de la casa de Nicolás Foz de Fórnoles, en conmemoración del ilustre D. Braulio Foz por haber nacido en dicha casa el mencionado señor Foz en el año 1791, muriendo en Borja en 1869. La descripción de la lápida es como sigue:

En el año 1791 nació en esta casa D. Braulio Foz. Fue catedrático de literatura griega y latina y esclarecido escritor. Murió en Borja el 20 de abril de 1869.

El coste de la lápida solo fue de 26 pesetas, porque el porte y su colocación lo hicieron gratis los operarios. Sin embargo de ser una cantidad tan exigua, regularmente la tendré que pagar yo toda por negarse a contribuir a dichos pequeños gastos los demás de la familia del mencionado señor D. Braulio Foz, llevados de una miserable mezquindad. Así agradecen los muchos favores que toda la familia hemos recibido de él.

La fiesta del Corpus

Me ha llamado algo la atención esta fiesta porque yo la creía tan antigua como la ascensión de Jesucristo a los cielos, y resulta que en el siglo XIII fue inspirada una jovencita religiosa hospitalaria llamada Juliana para que se instituyera una fiesta al Santísimo misterio de la transustanciación del pan y vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo. No lo manifestó hasta después de 20 años que lo hizo a un célebre

sacerdote, quien lo notició al papa Urbano IV, a quien le pareció bien dicha fundación. Pero que no llegó a ser fiesta hasta después de 40 años, que fue aprobada por el Concilio de Viena siendo papa Clemente IX. Esto es, hasta últimos del mencionado siglo XIII.

En 6 de julio de 1896 nos fuimos a Caspe a vivir en compañía de nuestra hija Basilia, porque el hijo Vicente decía que con 6 duros mensuales que nos pasaba el hijo Lázaro no nos podía mantener. Al efecto nos pasa 11 pesetas mensuales, que con las 31 que nos pasa nuestro hijo Lázaro son 42 pesetas. De las que le damos 40 a nuestra hija Basilia para que nos mantenga, quedándonos 2 para atender a la compra de alguna prenda de calzar o vestir.

Filipinas

En el mes de agosto de 1896, estalló una sublevación en Filipinas contra el dominio de los españoles, unos dicen que debido a los masones, otros a la intolerancia religiosa por los frailes españoles que allí existen, y por fin, otros a la mala administración de los intereses filipinos por los españoles. Porque allí sucede lo que en Cuba, que mandan allí a los hombres de importancia política que se encuentran tronados por sus despilfarros, y tratan de redondearse luego a costa de los isleños y de la nación, sin mirar medios, con tal consigan su objeto de mando y de medro.

Se han dado ya algunas escaramuzas, habiendo sido rechazados y batidos los rebeldes por el capitán general Blanco. Se dice que regularmente serán luego extinguidos los rebeldes, porque se mandan refuerzos de España y allí se organizan fuerzas voluntarias para extinguirlos. Muy bueno sería esto. Pero hubiera sido mejor haberlo remediado al principio, supuesto el general Blanco era sabedor de ello, según noticias particulares y de la prensa. Por lo que pueda suceder le cueste el empleo a dicho general, como le costó al general Calleja por causa idéntica en Cuba. Estamos a 7 de septiembre de 1896 y lo de Cuba sigue en estado grave, costando miles de vidas del ejército español y muchos millones a la Marina.

El 28 de diciembre del mencionado año murió el segundo jefe cabecilla Antonio Mano en una acción que se dio en la provincia de La Habana en Cuba. Desde entonces, *para* que la cuestión de la guerra cubana se declara favorable a los españoles.



Índice³

	Página
Prefacio	1 [47]
<hr/>	
1 ^a ÉPOCA	
CAPÍTULO 1	
Mi nacimiento y mis ascendientes	3 [49]
<hr/>	
CAPÍTULO 2	
Mi infancia y primera educación	8 [53]
<hr/>	
2 ^a ÉPOCA	
CAPÍTULO 3	
Mi casamiento y sucesos consiguientes	17 [59]
<hr/>	
CAPÍTULO 4	
Preliminares de la guerra civil de 7 años	23 [63]

3 Reproducimos el índice facilitado por Francisco Foz al final de su manuscrito. Las páginas corresponden al original y entre corchetes figuran las de la presente edición.

CAPÍTULO 5	
Se prosiguen los sucesos históricos de la guerra	25 [65]
CAPÍTULO 6	
Sucesos de la guerra civil	35 [73]
CAPÍTULO 7	
Cabrera y sus hechos más notables	46 [81]
CAPÍTULO 8	
Cabañero, sus evoluciones políticas, entrada en Zaragoza	71 [95]
3ª ÉPOCA	
CAPÍTULO 9	
Sucesos revolucionarios después de la guerra	89 [107]
CAPÍTULO 10	
Mis sucesos desde el año 40 al 54	97 [113]
4ª ÉPOCA	
CAPÍTULO 11	
Mis estudios y sucesos ocurridos durante ellos	114 [123]
5ª ÉPOCA	
CAPÍTULO 12	
Mi estancia en Obón. Sucesos ocurridos	144 [141]
CAPÍTULO 13	
Mi estancia en Montalbán. Sucesos ocurridos	156 [149]
CAPÍTULO 14	
Mi traslado a Plou, Belchite y Codo. Acontecimientos que sucedieron	172 [159]
6ª ÉPOCA	
CAPÍTULO 15	
Nuestra estancia en Zaragoza. Sucesos ocurridos	189 [171]
CAPÍTULO 16	
Historia de Fórnoles	199 [179]
APÉNDICE	217 [189]



C. S. I. C.

Las *Memorias* de Francisco Foz, nacido como su tío Braulio Foz en la localidad turolense de Fórnoles, constituyen una narración fiel de los acontecimientos históricos más relevantes que tuvieron lugar en la España del siglo XIX, especialmente del desarrollo de las guerras carlistas en las comarcas del Bajo Aragón, Matarraña y Maestrazgo. Pero, sobre todo, este excepcional texto autobiográfico ofrece el relato de una vida azarosa, casi novelesca, la de un hombre que luchó en todo momento por buscar los medios con los que sacar adelante a su familia y cuyo extraordinario afán de superación le llevó a los treinta y seis años, ya casado y con tres hijos, sin apenas estudios, a abandonar su pueblo natal para cursar Veterinaria en Zaragoza. Se convirtió en un excelente veterinario que recorrió en el ejercicio de su profesión distintas poblaciones aragonesas, publicó varios trabajos, como el *Tratado del diagnóstico ó sea conocimiento de las enfermedades de los animales domésticos*, del que se conserva un ejemplar en la Biblioteca de la Facultad de Veterinaria de Zaragoza, y llegó a ser Académico Honorario de la Academia General de Veterinaria tras obtener la medalla de plata en el concurso celebrado en 1868.

